

Semblanza de Julio Ramón Segura Moneo, archivero municipal de Tudela

Biography of Julio Ramón Segura Moneo, municipal archivist of Tudela

Beatriz PÉREZ SÁNCHEZ
Archivo Municipal de Tudela



Sumario: I. Introducción II. Semblanza de J.R. Segura Moneo en un contexto socio cultural de Tudela, su ciudad natal. III. Publicaciones. IV. Testimonios

Resumen: Como el título significa, el objetivo del artículo es conocer a Julio Ramón Segura Moneo, archivero municipal de Tudela, de una manera global. Para ello se dispone de un recurso importante como son los testimonios de personas que lo han conocido en diferentes ámbitos. No obstante, se pretende que sirva de hilo conductor y protagonista de la historia de su ciudad, Tudela (Navarra), que tanto obsequió y difundió a través de su fuente documental, el archivo municipal.

Palabras clave: Segura Moneo, Julio; archivero municipal; cultura; Tudela (Navarra); Ayuntamiento de Tudela (Navarra)

Abstract: As the title indicates, the article aims to present Julio Segura Moneo, municipal archivist of Tudela, in a comprehensive manner. It has been used an important resource of the testimonies of people who knew him in different areas. However, it is intended as a guideline and leader of the history of their city, Tudela (Navarra), both presented and distributed through its source documentary, the municipal archives.

Keywords: Segura Moneo, Julio; municipal archivist; culture; Tudela (Navarra); Municipality of Tudela (Navarra).

I. Introducción

El título de este artículo puede crear cierta confusión ya que parece va dirigido a un conocimiento de Julio R. Segura Moneo de manera plana, informando de su actividad, sus cualidades personales o profesionales. Sin embargo, el objetivo es más ambicioso, se quiere conocer a Julio como protagonista de la historia y sociedad que le tocó vivir, sobre todo en su ciudad natal, Tudela. Servir como un hilo conductor, donde el contexto pasa a un primer plano para determinar al protagonista.

Para poder conseguir este objetivo se dispone de un recurso importante como son los testimonios de personas que lo han conocido y vivido con él en diferente momentos

de su vida, en aspectos diferentes y, lógicamente, con puntos de vista diversos. Lo que se pretende es conseguir una imagen completa a partir de pequeñas o grandes teselas que forman un todo.

Los testimonios me parecen frescos, originales y nada convencionales, con un corte personal y subjetivo; algunos de ellos más cercanos al ensayo literario.

Son fuentes próximas y directas que viven los hechos como referentes válidos para comprender en este caso la semblanza de un gran hombre.

El Departamento de Geografía e Historia de la Universidad Pública de Navarra¹ desea adherirse a este homenaje y testimoniar el talante siempre entusiasta y colaborador de Julio en los trabajos de investigación desarrollados por sus profesores y alumnos. Por mi parte, también expresar mi reconocimiento a Angel García Sanz, catedrático de esta Universidad y director de la revista, por su iniciativa y hacer realidad este proyecto.

II. Semblanza de Julio Segura Moneo en un contexto socio-cultural de Tudela, su ciudad natal

Para iniciar esta vida que transcurre desde el 4 de febrero de 1945 hasta el 5 de abril de 2009, debemos hacer referencia a los datos contenidos en su currículum presentado al Ayuntamiento de Tudela cuando optaba a obtener el puesto de archivero municipal, cuyo nombramiento se realizó por el Pleno Municipal el día 29 de septiembre de 1972. *La Voz de la Ribera* de 14 de octubre de 1972 se hace eco de la noticia, dando la enhorabuena al futuro archivero.

Nacido y residente en Tudela, hijo de Bernardino Segura Miranda (18-2-1906), maestro nacional) y M^a Mercedes Moneo Navarro (22-9-1910), naturales ambos de Tudela.

Sus raíces y naturaleza de Tudela será durante toda su vida un gran valor que le acompañará e impulsará durante su trabajo, su familia, su ocio, en cada momento de su vida.

El condicionado² para la provisión de la plaza de una manera muy somera establece las funciones, en el que además de sus competencias específicas de archivo, se le atribuyen funciones relacionadas con la actividad cultural. La cultura será otra de las constantes de su vida, en aspectos y ámbitos diferentes.

1. Muy especialmente de Juan Carrasco Pérez, Catedrático Emérito, que contó con la colaboración inestimable de Julio Segura.

2. Apartado 4º del Condicionado para la provisión de la plaza de archivero del M.I. Ayuntamiento de la ciudad de Tudela:

“4º.- Como funcionario encargado del Archivo Municipal, atenderá primordialmente la custodia y ordenación de los documentos y expedientes del Ayuntamiento, tanto administrativos como de orden histórico, corriendo igualmente a su cargo los servicios culturales dimanados o que pudiera encomendarle la Institución Príncipe de Viana, de la que, percibiría la compensación económica que esta Institución pudiera establecer”

Es muy curioso comprobar, quién era el opositor que optaba también a la plaza de archivero municipal, Javier Otano. No muchos años más tarde se encontrarán de nuevo en el Ayuntamiento y continuarán durante toda su vida una relación que se convertirá en una entrañable amistad, tal como lo confirma Javier en su testimonio.

Cursó el bachillerato en el Colegio San Francisco Javier de Tudela hasta su ingreso en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza el año 1964, donde obtuvo la licenciatura en la especialidad de Historia.

Para sus primeros años tenemos los testimonios de sus amigos Angel Cornago y Joselo Catalán, así como Ana, su mujer, y Alberto Sánchez. Son años que pueden parecer sin relevancia para un artículo en una revista científica, como *Huarte de San Juan*, pero sin embargo condicionan y pueden ser el principio de lo que luego será una vida. La muerte de su madre tan joven (57 años) supuso un mayor acercamiento a su tío, Julio Segura Miranda, con quién inició sus prácticas de conocimiento y labor de archivos en el año 1962, ayudándole en la ordenación del mismo archivo histórico del que él se hizo cargo 10 años más tarde, así como del archivo de protocolos y archivos eclesiásticos de Tudela.

Como él mismo señala en su currículum, fue esta afición e interés en adquirir los conocimientos técnicos precisos los que orientaron sus estudios a la especialidad de Historia y donde se inició, bajo la dirección del doctor Carlos Corona y del profesor José María Lacarra, en los primeros esbozos de la investigación histórica sobre Navarra. Como nos indica Luis Campoy, durante su transcurso en el Colegio Pignatelli y Facultad también hay que tener en cuenta la influencia de Rafael Olacoechea con quién compartían sus ideas.

Su tesis de licenciatura sobre “La Sociedad Económica de Amigos del País de Tudela” ha servido y sirve a los muchos investigadores que han desarrollado sus estudios e investigación sobre este mismo tema.

Del esfuerzo personal que le supuso cursar y finalizar sus estudios universitarios, los dos cursos de doctorado realizados en el curso académico 1971/72, así como de sus aficiones a la lectura y a la música que mantendrá durante toda su vida y que serán también importantes signos de su propia identidad, nos hablan además de Ana y su primo Alberto, amigos tan entrañables como Antoni Morell, Carlos Idoate, Charo Lazcano y Augusto Pérez Coca.

Este espíritu inquieto e incansable le lleva a otro gran valor de su vida, la enseñanza. El mismo nos informa sobre su docencia en el Colegio San Francisco Javier de Tudela, Escuela Técnico Industrial y dirección de un centro de estudios llamado “Academia Nova”, entre 1969 y 1974, según nos señala Ana, su mujer. Javier López, al igual que Julio, impartía clases de Historia en Jesuitas a los cursos de bachillerato; Enrique Mateo recibió sus clases de literatura en este mismo centro; para Ana Figueras fue profesor de literatura en la Escuela Técnico Industrial (ETI), nocturno; Milagros Rubio fue una de las profesoras en la Academia que como él tenía gran vocación por la docencia; Jesús Roce recibió sus clases de lengua en este mismo Centro.

Nieves Munárriz apunta una actividad que Julio impulsaba con los escolares y además disfrutaba de ella, el teatro. Alfonso Verdoy lo localiza en una interpretación sobre el drama de Sancho VII, entre otros.

Su vocación y dedicación por la enseñanza, aunque dejó de impartirla en los años 1983-1984 por incompatibilidad con su vida laboral, ha sido otra constante durante toda su vida ya que siempre ha aprovechado cualquier oportunidad y ha posibilitado siempre actuaciones de difusión tanto de la historia de Tudela como del archivo municipal en los distintos centros escolares de Tudela.

Julio heredó en 1972 la labor realizada por sus antecesores: Juan Antonio Fernández, Yanguas y Miranda, Francisco Fuentes que valoró y continuó con su trabajo de organización, descripción y conservación del patrimonio documental de nuestra ciudad, llevado por uno de los principios que siempre dirigió su tarea profesional: conseguir un archivo abierto a los ciudadanos y disponible como fuente documental que facilitará cualquier estudio e investigación sobre nuestra ciudad en cualquier ámbito. Muchos testimonios lo confirman desde Juan José Martinena como compañero archivero hasta usuarios e investigadores como Emilio Majuelo o Fermín Pérez-Nievas.

Todos los testimonios coinciden en su gran preocupación por salvaguardar el patrimonio cultural de Tudela y su presencia, de una manera más o menos directa, en cualquier evento o acontecer cultural.

En 1973, aparecen ya proyectos que pueden sorprendernos por haberse convertido en realidades futuras. Se hablaba ya de la necesidad de un centro cultural y se valoraba como posible el edificio Castel Ruiz, así como la creación de un centro escolar en solares del Monte San Julián y la cesión del campo de deportes de Griseras para la construcción de otro centro escolar de 16 unidades.

En ese mismo año, se convocó y celebró el I Concurso de Cuentos “Ciudad de Tudela”³.

Fue designado como jurado, junto a Rafael Añón y Victoriano Bordonaba, en el premio “Ribera”, organizado por la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona en febrero de 1973.

En este mismo año, el Ayuntamiento aprobó un Reglamento de Honores⁴ para regular el nombramiento de Hijos Predilectos, Hijos Adoptivos y Medalla de oro de la ciudad a aquéllos que por sus méritos se hagan acreedores de estos honores. Su aplicación no se hizo esperar, Francisco Salinas Quijada y Fernando Remacha fueron nombrado Hijos Predilectos en sesión de 23 de julio y 27 de octubre, respectivamente.

Aparece como secretario de la denominada entonces “Comisión de Protección Estética, Turismo y Cultura Popular”. En la Comisión M. Permanente celebrada el día 15 de marzo de 1974, donde, como primera encomienda, se le encarga un informe sobre el emblema heráldico municipal. Curiosamente, como lo confirma su compañero y amigo Joselo Catalán, también será sobre los emblemas de la ciudad uno de los últimos

3. Se inició con dos premios, de 25.000 y 5.000 pesetas, con el siguiente jurado: Ismael Sánchez Bella, Ladislao Gil Munilla y José Javier Uranga Santesteban. En ediciones posteriores se incrementó el montante de los premios y, conforme se va consolidando, se buscan jurados de renombre nacional e internacional como Francisco Induráin, Julio Caro Baroja y Jesús Torbado en su IV edición (año 1976) y Camilo José Cela en la IX (1981). En 1980, se procede a la publicación de los cuentos galardonados durante los años 1973-1979 y en 1984, los premiados entre el 1980 y 1984.

4. AMT LA, n° 117. Acuerdo del Pleno del Ayuntamiento de fecha 9 de febrero de 1973

informes que emitió, intentando resolver un problema que ha durado más de 70 años y que creó cierta polémica desde José Joaquín Montoro y José Ramón Castro (1940 y 1968/69).

Desde entonces su participación es activa en casi todas las actuaciones culturales de carácter municipal, como el intento del Pleno de 27 de diciembre de 1974 de protección del patrimonio histórico en el que se pretendía:

“Todo hallazgo de interés histórico, artístico, arqueológico, procedente de obras y derribos será comunicado al Ayuntamiento y pasará a formar parte del patrimonio artístico municipal siendo depositado en el Museo Municipal, así como emblemas heráldicos de fachadas”

En esa misma línea, se realizan actuaciones como el ornato de la Plaza de los Fueros con cinco emblemas heráldicos de los apellidos Lizaso, Guenduláin, Maisterrena, Huarte y Pérez de Laborda, que se llevará a efecto en 1976⁵ por el ceramista Anselmo Jiménez; el revoco y ornato de las fachadas de la calle Calderón (actual Calle Muro)⁶; así como la concesión de ayudas por obras de adecentamiento y restauraciones exteriores en fachadas del Casco Antiguo y el establecimiento de un premio anual.⁷

El 7 de diciembre de 1975 se conmemora el IX centenario del nacimiento del poeta tudelano judío Yehuda Ha-Levi. Es el inicio de una serie de proyectos y actividades que se organizarán sobre la presencia judía en nuestra ciudad, de las que Julio será su mentor, promotor e incluso, en algún caso, protagonista. Muchos testimonios hacen referencia a esta sensibilidad que siempre ha dispensado al estudio y difusión de la cultura judía, como la realización de la Primera Semana de Estudios Sefardíes⁸, celebrada del 23 al 29 de abril de 1984, con un amplio programa que durante siete días acercó a Tudela, la historia, el arte y la cultura judía y también supuso la recuperación histórica de judíos tudelanos como Benjamín de Tudela, Ben Ezra, Yehuda Ha Levi, así como la colocación de un monumento a Benjamín de Tudela, en la Plaza San Salvador, realizado por la escultora Martine Lasry⁹. Se culminó el proyecto con la creación de una beca de investigación dotada con 2 millones de pesetas. Se concedió en el mes de noviembre a Juan Carrasco Pérez por su proyecto “Los judíos de Tudela y su Albala. Siglos XIV y XV” y a Tov Assis y José Ramón Magdalena Nom de Deu por su trabajo sobre “La Navarra Judaica”. Juan Cruz Alli, además de una bonita disertación sobre las raíces y personajes judíos de nuestra ciudad, habla “*de cuando Julio se convirtió en Benjamín de Tudela*”. Fue a través de un lienzo pintado por César Muñoz Sola quien le pidió posara para él, muy a pesar de Julio, ya que no era amigo de fotografías ni protagonismos. No

5. Acuerdo de la Comisión M. Permanente del Ayuntamiento de 12 de marzo de 1976.

6. Acuerdo de la Comisión M. Permanente del Ayuntamiento de 29 de octubre de 1976.

7. AMT LA CMP, nº12. Acuerdo de la Comisión M. Permanente del Ayuntamiento de 24 de mayo de 1978.

8. AMT LA, nº 121. El Pleno Municipal de 1 de octubre de 1983 aprueba la celebración, en años alternos, de la Semana Sefardí y Semana Hispano-Árabe. Esta última no se celebró en las fechas previstas, realizándose en 1988 por el Centro Cultural Castel Ruiz.

9. La importancia del hecho no será apreciado en su justa dimensión si no se tiene en cuenta que hasta el 17 de enero de 1986 no se establecieron relaciones diplomáticas entre España e Israel.

obstante, su imagen perdurará a través del tiempo como Benjamín de Tudela y no veo mejor homenaje ni reconocimiento para este historiador que ha querido rescatar del olvido la historia, cultura y costumbres judías en Tudela.

José Luis Molins nos referencia un proyecto donde participó Tudela desde su creación en el año 1995, “La Red de Juderías”, junto con otras ciudad de influencia judía¹⁰. En este caso, la participación de Julio fue de gestión y preparación, ya que no participó en el momento de su formación oficial. En el tema judío, considero interesante mencionar el intento fallido de crear una casa-museo judía por la Asociación de Amigos Sefardíes de Tudela (AASEF)¹¹ en un edificio de la Calle San Julián, nº 3 (judería vétula). Las gestiones fueron realizadas directamente por Julio y el fracaso del mismo vino motivado más por cuestiones internas de la propia Asociación que por un desinterés municipal¹².

José María Frauca y Francisco González de Castejón nos recuerda los actos celebrados en 1978 con motivo del bicentenario de la creación de la Real Sociedad de Amigos del País de Tudela. Esta misma Sociedad del Bien Público, el 15 de marzo de 1982, organizó la celebración de una conferencia con motivo del II Centenario del nacimiento de Yanguas y Miranda.

Javier Otano nos abre una nueva etapa en su encuentro con Julio en 1979, al incorporarse en el primer Ayuntamiento democrático como Concejal de Cultura y Educación. Este cambio político, como en otros aspectos, supuso el inicio y desarrollo de un proyecto cultural más progresista y más participativo. No obstante, también se supo continuar y potenciar proyectos ya iniciados como las ediciones siguientes del Concurso de Cuentos “Ciudad de Tudela” y la construcción y puesta en marcha del colegio público Monte San Julián.

La denominación de la Comisión cambió, dependiendo de los organigramas municipales, llamándose a partir de entonces Comisión Municipal de Cultura y Educación, que extendía sus competencias a Festejos, Deportes y Juventud, continuando Julio como secretario de la misma.

Los primeros años de esta legislatura no estuvieron exentos de ciertas confrontaciones ante la incorporación de nuevas fuerzas políticas¹³.

10. Creadas con el fin de difundir y promover actividades culturales y turísticas de una manera global y coordinada por las ciudades integrantes del proyecto.

11. La Junta Directiva de esta Asociación formada por: H. Menir Sokkar, M. Sassot, S. Toledano Benzaquen, J. Segura Moneo y A. Gredilla Zazo, aprobó en sesión de 18 de julio de 1994, aceptar la cesión del palacio de San Julián.

12. AMT LA, nº 135. Acuerdo de Pleno de 30 de mayo de 1994, cediendo gratuitamente a la AASEF el edificio sito en Calle San Julián, 3.

13. Desde la Comisión de Cultura y Educación, ante la propuesta de la representante por el Partido de los Trabajadores de Euskadi, se reparó y adecentó la fachada de la Casa Consistorial, considerando oportuno la supresión de los signos existentes de “Viva Cristo Rey”, “Viva España”, “Viva Navarra” para antes de finalizar octubre de 1979. Esto provocó cierta reacción que supuso la presentación de firmas en contra.

En la sesión de 6 de octubre de 1980, cuando se procedió al cambio de denominación de bastantes calles de Tudela con el fin de “[...] recuperar el nombre de calles que histórica y tradicionalmente, han

La promoción y regulación de la Banda Municipal de Música fue uno de los primeros proyectos que se llevaron a cabo por este nuevo Ayuntamiento: con la compra de instrumentos; se aprobó su Reglamento, así como la provisión y nombramiento de un director¹⁴.

El panorama cultural cambió. El incremento de actividades dirigidas a la población fue notable. Si antes eran puntuales aunque no carentes de significado e importancia, a partir de entonces eran habituales¹⁵.

No quiero olvidar, según el testimonio de Alfonso Verdoy, el curso para adultos que Julio, junto al equipo que trabajaba en la investigación de archivos municipales de la Merindad de Tudela, impartió sobre la historia de nuestra ciudad a principios del año 1982¹⁶.

La preocupación por la conservación de nuestro patrimonio artístico se mantuvo concediéndose ayudas, por un montante similar al impuesto municipal, para la restauración de fachadas del Casco antiguo de la Ciudad. Se compró la casa parroquial de Santa María Magdalena, por un montante de 2.418.750 pesetas¹⁷ y se encargó el proyecto de restauración del edificio Castel Ruiz¹⁸.

El Pleno de la Diputación Foral de Navarra, de 1 de abril de 1982¹⁹, define las utilidades del edificio Castel Ruiz que albergará el Conservatorio de Música, Banda, Escuela de Jotas y Escuela de danza; así como del Palacio Marqués de Huarte que albergará el Archivo Municipal, Biblioteca junto con un Museo de la Merindad, en su

conservado su identidad en el Casco Histórico de la ciudad [...] suprimir en lo posible confusionismos [...]”. Como nos informa M. Rubio, en estos años de cambio donde se mantenía cierta pugna entre el poder existente que se “resistía a aceptar el paso a la democracia” y las nuevas fuerzas de izquierda que accedían al poder, la gestión cultural quedó en algún momento en entredicho. La transparencia y resolución de Julio consiguió que no quedara empañada esta gestión que siguió con una labor intensa y continuada.

14. AMT LA nº 120. El 20 de julio de 1979 se aprobó su regulación y compra de instrumentos. El 8 de febrero de 1980, se aprobó su Reglamento. La convocatoria para la provisión de plaza fue aprobada por acuerdo de Pleno Municipal de 6 de octubre de 1980. Un año después, el 9 de octubre de 1981, se nombró a Jaime Aldas Ruiz, director de la Banda Municipal de Música de Tudela.

15. Actuaciones de teatro por grupos como “El Lebrél Blanco” o El “Teatro Estable de Navarra”. Una de las primeras actuaciones fue la de la compañía GRP D’Accio con la obra de Valle Inclán “la cabeza del dragón”. También la música y danza se benefició desde un principio; desde la más erudita, como el concierto en homenaje a Fernando Remacha celebrado el 19 de mayo de 1979, las actuaciones de la Orquesta Santa Cecilia de Pamplona y del ballet clásico del Conservatorio Navarro “Pablo Sarasate” realizado el 6 de marzo de 1981; hasta la tradicional como el apoyo al I Concurso Provincial de Jotas, organizado por la S.D.R. Frontón; y la popular, como el refuerzo de personal e instrumentos a la Capilla de Música de la Catedral. El Conservatorio Elemental de Música se creará en 1982.

En colaboración con el Ministerio de Cultura, se organizó en Tudela, la misión cultural “Goya y su tiempo”, del 28 de abril al 2 de mayo de 1980 y la muestra antológica de la “Obra gráfica de Picasso. Años 1900-1971”, que se celebró del 11 al 23 de enero de 1982. En 1980, se inicia la colaboración con los librerías para la celebración del Día del Libro el 14 de abril y se escucha al poeta sudamericano Alban el día 29 de abril.

16. AMT LA, nº 17. Acuerdo de la Comisión M. Permanente de 9 de enero de 1982.

17. AMT LA, nº 121. Acuerdo de Pleno Municipal de 23 de julio de 1980.

18. AMT LA, nº 120. Acuerdo de Pleno Municipal de 14 de diciembre de 1979.

19. *La Voz de la Ribera*, semanario. 10/4/1982, p. 5. Tudela.

planta baja. En este mismo año, la Oficina de Turismo se instalará en la locales de la planta baja de la Casa del Reloj.

Ante la imposibilidad de enumerar todas las actuaciones, quiero destacar el impulso a las diferentes asociaciones y entidades sociales, culturales y deportivas de la ciudad, bien a través de ayudas por la celebración de actividades; bien concediendo locales para facilitar su funcionamiento²⁰. También en 1980, se organizaron diferentes festejos y actividades culturales con motivo del 450 aniversario del Patronato de Santa Ana²¹.

En el ámbito deportivo y dentro del Plan de Acción Comunitaria, se proyectó la construcción del Polideportivo Municipal actual²². Se crea el Consejo Municipal de Deportes²³ quién se encargará a partir de entonces de gestionar toda esta actividad.²⁴ En momentos tan fructíferos para el desarrollo cultural y social de la ciudad, no quiero olvidar el testimonio de Jesús Roce y Nieves Munárriz, sobre los trabajos de catalogación del Archivo de Protocolos de la Merindad de Tudela desarrollados por un equipo bajo la dirección de Julio y su traslado desde el edificio Castel Ruiz al Palacio de San Adrián, del 26 al 31 de octubre de 1981. Desde este mismo edificio se trasladó la Biblioteca Pública “Yanguas y Miranda” al Colegio de Jesuitas en este mismo año.

En 1983, con la llegada de las segundas elecciones democráticas, el compromiso de Julio con la sociedad y la ciudad de Tudela es mayor al asumir inicialmente responsabilidades que se extienden a Servicios Sociales, Sanidad, Consumo, además de educación, cultura, juventud y deportes, donde queda integrado también el Archivo Municipal.

Edurne Juanarena es una de las personas que participaron con Julio en un cambio de concepto obligado sobre los servicios sociales y de atención al ciudadano y su testimonio ayuda a clarificar esos años de cierta incertidumbre estructural. En tanto, se consolidaban los nuevos servicios, la intervención de Julio fue intermitente, ya que sus responsabilidades iniciales en el Área de Servicios fueron asumidas en ciertos momentos por Alberto Mazo y R. Ezcurdía.

20. Los locales de las Escuelas Santa Ana (antiguas Escuelas Protegidas), en Ribotas, se convirtieron en la sede de bastantes de ellas: Grupo Erribera Taldea, Grupo Teatro Tertulia, Fraternidad de enfermos y minusválidos, Orden del Volatín, Club Ciclista Santa Ana, Club Ajedrez, S.D.R. Frontón, Radio Club Ribera, Club Ciclista Muskaria, Footing Club Correcaminos. De este apoyo, resultó la primera Semana de la Juventud, organizada por diferentes asociaciones juveniles. De nuevo es M. Rubio quién se hace eco de este apoyo a los grupos de base y participación ciudadana.

21. AMT LA, nº 121. Acuerdo de Pleno Municipal de 8 de noviembre de 1980.

22. Se aprueba su inclusión en el Plan de Acción Comunitaria en Pleno Municipal de 16 de febrero de 1980. El encargo del proyecto se realiza al arquitecto Manuel Blasco Blanco en el Pleno de 20 de mayo de 1981.

23. AMT LA, nº 122. Acuerdo de Pleno de 20 de mayo de 1981.

24. Se celebra el 31 de diciembre de 1979 el primer cross San Silvestre, organizado por la Peña “El Cordobés” y C. D. Lourdes y en 1982. El Consejo Municipal de Deportes, organiza la primera edición de La Vuelta a la Mejana (ambas actividades se siguen celebrando todavía en la actualidad). Finaliza la legislatura con la inauguración del Polideportivo Municipal en marzo de 1983 y las actividades que se programaron por tal motivo.

Para el seguimiento de las actuaciones municipales desarrolladas durante los años 1983-1987, se dispone de una guía-memoria publicada por el propio Ayuntamiento²⁵.

En 1985, se retoma el Jumelage de Tudela con la ciudad francesa de Mauleón ya iniciado en 1965, a iniciativa del Ayuntamiento y con el apoyo de la Peña Beterri. En septiembre de 1986, es con la también ciudad francesa de Mont de Marsan con quien se inician relaciones para un nuevo Jumelage con Tudela. En el contexto de la Semana Sefardí, se plantean relaciones también con la ciudad de Tiberíades en Israel.

La gestión e intervención de Julio Segura es decisiva en la adquisición, el 18 de abril de 1984, del Palacio de los Marqueses de San Adrián y solares contiguos, por 40 millones de pesetas, que incluye además el depósito de la Carroza del Marquesado de Castelfuerte (actualmente en el Palacio Marqués de Huarte), así como de la Biblioteca y Archivo de la familia Magallón. También, durante 1986, en la rehabilitación del edificio del antiguo seminario para su uso como Centro de Salud-Oeste, la consolidación del edificio del “Molino” y en las obras de mantenimiento del edificio de “La Obra”, así como en la restauración de la Capilla Santa Ana.

Es Luis Javier Fortún quien nos hace referencia a su intervención y dirección en la restauración y rehabilitación del Palacio de los Marqueses de Huarte, inaugurado el 25 de abril de 1987, que custodia el Archivo Municipal y Biblioteca Pública²⁶.

Belén Esparza nos acerca a otra de las grandes constantes de Julio Segura en el estudio y evolución urbanística de su ciudad, a través de la fuentes del Archivo. Colaboró de manera activa en la elaboración del Plan Especial de Protección y Reforma Interior del Casco Histórico de Tudela (PEPRI), iniciado en 1983.

Siempre preocupado por la investigación de nuestro pasado, se da un gran impulso a la realización de importantes trabajos arqueológicos²⁷.

25. En el ámbito cultural, es de destacar la semana de inauguración del Centro Cultural Castel Ruiz en el mes de octubre de 1983, donde se celebraron conciertos como la interpretación por el Orfeón Pamplonés de Carmina Burana de Carl Orff o exposiciones como la antológica de artistas tudelanos, la de Andrés Coello y “Guernica y Picasso”.

Anteriormente, en septiembre de este mismo año, se celebra el homenaje a D. Pedro Castejón y Salazar, así como el del bicentenario de la Diócesis de Tudela.

Al igual que en años anteriores, la actividad cultural es notable y diversificada. Desde celebraciones con motivo de distintas festividades, como el Día de Santa Cecilia, el Día Internacional de la Música con la actuación de Lluís Llach, Semana Prefiestas, Festivales de Navarra o Día de Navarra hasta actuaciones singulares como la actuación del escritor y poeta Antonio Gala o el cantautor Benito Lertxundi. El fomento del teatro se plasma en la celebración de las campañas de Teatro Primavera y Otoño con la participación de distintos grupos, algunos ya habituales como “TEN”, “Mandrágora” o “Tertulia”.

Se mantiene el apoyo a grupos y se amplían la cesión de locales en Ribotas (antiguas Escuelas Protegidas) a Radio Club “Ribera de Navarra” y Teatro Mandrágora.

26. A la espera de la terminación de esta obra en 1983 se traslada el archivo municipal del Ayuntamiento al Palacio de San Adrián, donde se llevó a cabo la tercera fase de catalogación de protocolos notariales de Tudela del siglo XVI. En 1985, el Gobierno de Navarra formaliza un convenio con el Ayuntamiento sobre la gestión de la Biblioteca Pública que incluye, entre otros, la puesta a disposición de locales, así como su mantenimiento.

27. Como el de la Necrópolis de “El Palenque” en 1984. En este mismo año, “se descubre una bodega en la calle Roso y se realiza una excavación en una torre circular del Cerro Santa Bárbara perteneciente a un fortín carlista”. Al año siguiente, en 1985, se continúan excavaciones en el Cerro Santa Bárbara que

Desde la inauguración del Centro Cultural Castel Ruiz, la actividad cultural es gestionada por ese Centro y su Junta de Gobierno, quedando bajo la gestión de la Comisión de Cultura y Educación otras actividades de carácter más institucional. No obstante, Julio tampoco fue ajeno al funcionamiento de Centro Cultural, ya que en la segunda mitad del año 1986 (a partir del 14 de julio de 1986) se hizo cargo como Coordinador del Centro y a partir de febrero de 1987 queda designado para realizar labores de control desde su Jefatura del Área de Educación, Cultura, Juventud y Deportes²⁸.

Una actuación destacada relacionada con la juventud que nos comenta Patxi Sanjuan es la implantación del Taller de Radio Castel Ruiz (emisora municipal), en noviembre de 1985. Es instalado en un principio en dependencias del Centro Cultural Castel Ruiz para ser trasladado al edificio Lestonnac, bajo la dirección de la actual periodista municipal Inmaculada Audera. Siguiendo el testimonio de Patxi Sanjuan y también bajo la supervisión de esta periodista, se inicia la publicación el día 17 de octubre de 1983 del Boletín Municipal de información “Mercadal” que contó con la participación y colaboración de Julio.

No fueron menores las actuaciones en el campo educativo. Como una pieza más de la participación ciudadana, se constituyó el Consejo Municipal de Educación, en octubre de 1983²⁹.

Un proyecto muy querido por Julio que impulsó fue la implantación del Programa de Educación Compensatoria en el edificio La Obra. Se inició en el curso 1983/1984. En este mismo año se cedieron locales de las Escuelas Protegidas al Gobierno de Navarra para el desarrollo de Talleres Profesionales.

La actividad deportiva es abundante y se desarrolla desde todos los niveles (infantil, juvenil, tercera edad, carreras populares, deporte espectáculo). Destacaré la construcción de patinódromo municipal, junto al Colegio Griseras, así como la ampliación del recién inaugurado polideportivo municipal, así como el inicio del servicio de medicina deportiva en el año 1984, mediante la contratación de un médico deportivo

Como menciona Eburne Juanarena, a partir de 1983, se produce un cambio importante en los servicios sociales “superando el viejo esquema de beneficencia”³⁰.

continuarán hasta 1986 y Torre Monreal. En 1986, se realizan excavaciones en el entorno de la Iglesia Magdalena y “se hace seguimiento de las obras de remodelación del Mercado de Abastos, donde aparecen restos del desaparecido Convento de la Merced”. Al siguiente año, 1987, se realizan excavaciones en Cortapelairens, 1, con la ayuda de estudiantes voluntarios dirigidos por J. José Bienes, contratado por el Ayuntamiento en septiembre de 1986.

28. Datos recogidos del expediente personal que obra actualmente en las oficinas municipales de Personal.

29. Son destacables la construcción y obras en centros escolares como “la construcción del Parvulario Griseras que se inicia en el año 1983, culminando en 1986 con la apertura del mismo” y las ampliaciones de los colegios públicos de “Elvira España” y “Virgen de la Cabeza”.

30. En diciembre de ese mismo año se aprueba la Ordenanza Municipal de Servicios Asistenciales. En un principio, se planteó la elaboración de distintos trabajos y estudios para conocer la situación existente y problemática social en los diferentes sectores de infancia y juventud, tercera edad y situación de la mujer en Tudela. Se implantaron nuevos servicios para dar respuesta a la demanda social detectada: Albergue de Transeúntes, Centro Comarcal de Tratamiento de Minusvalías, Equipo de prevención de la

Desde el 8 de enero de 1988 y hasta el 1 de julio de 1992³¹, Julio mantiene el compromiso adquirido y asume la Jefatura de la Sección de Promoción Ciudadana, Social y Sanitaria del Ayuntamiento de Tudela.

Los servicios dependientes del Área se encuentran ya consolidados y por tanto desarrollando ya funciones y celebrando actividades ya asumidas. En el ámbito de Bienestar Social, E. Juanarena apunta hacia la asunción definitiva por parte del Ayuntamiento de los servicios sociales³². En relación a los asuntos de sanidad, se clausuró el Matadero Municipal el día 15 de enero de 1990³³.

El testimonio de I. Gómez nos acerca a los proyectos conseguidos durante estos años en el ámbito educativo. Proyectos importantes que completaban la oferta educativa de nuestra ciudad, como la construcción del gimnasio Griseras o la ampliación de parvulario del colegio “Monte San Julián”. La inauguración de la Escuela Oficial de Idiomas ha marcado un hito importante en nuestra ciudad, donde se ha ido incrementando la oferta educativa ante una gran demanda de toda la población. En el desarrollo de estos proyectos, al igual que la creación de la Escuela Taller “El Molinar”³⁴, la participación de J. Segura ha sido determinante y, me atrevería a decir, que realizada con sumo agrado. Añadiré el ambiente propicio que desde 1988³⁵ se vivía en la ciudad para la implantación de estudios universitarios en Tudela, dependientes de la Universidad Pública de Navarra, así como la Comisión de seguimiento creada para el estudio de implantación de los mismos.

Todo el bloque cultural se encontraba ya bajo la influencia del Centro Cultural Castel Ruiz. No obstante, en 1990 se eleva a grado medio el Conservatorio de Música “Fernando Remacha”³⁶.

En todo este tiempo, aún cuando su ámbito de actuación y responsabilidad es mucho más amplio, comparte sus funciones con la de archivero municipal, puesto que el archivo dependía del Área donde se encontraba cultura y educación. Es a partir de este año 1992, cuando el archivo municipal se considera ya una función transversal y pasa orgánicamente a depender de Secretaría.

inadaptación psico-social en infancia y juventud, Centro de atención a la mujer (marzo de 1987), así como el Centro básico de Servicios Sociales, construido en la huerta del antiguo seminario, subvencionado en su totalidad por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. La creación de la Oficina Municipal de Información al Consumidor (OMIC), abierta el mes de junio de 1984, es otro proyecto municipal que se ha consolidado y existe actualmente.

31. Datos recogidos del expediente personal que obra en las oficinas municipales del Ayuntamiento.

32. AMT LA, nº 132. Acuerdo del Pleno Municipal de 5 de abril de 1991: Transferencias del centro básico de servicios sociales que se regularon mediante Real Decreto de 1881/1990, de 28 de diciembre. Previamente, se había firmado un convenio entre el Gobierno de Navarra, Instituto Nacional de Servicios Sociales y Ayuntamiento, mediante el cual se asumía la dirección, coordinación y gestión del centro por la entidad local. En esa misma fecha de abril de 1991 se aprobó también la transferencia del Servicio de Asistencia a Domicilio (SAD), que actualmente se mantiene como competencia municipal.

33. AMT LA, nº 130. Acuerdo del Pleno Municipal de 24 de noviembre de 1989.

34. AMT LA, nº 129. Acuerdo del Pleno Municipal de 11 de noviembre de 1988.

35. AMT LA, nº 130. Acuerdo del Pleno Municipal de 13 de febrero de 1989 y de 23 de junio del 1989.

36. AMT LA, nº 131. Acuerdo del Pleno Municipal de 7 de junio de 1990.

Desde este momento, Julio ya liberado de otras tareas y de una manera plena, dedica todo su tiempo a los archivos de Tudela. No sólo al Municipal, sino también a los archivos eclesiásticos ya que colabora de una manera muy activa con Vicente Ilzarbe (recientemente fallecido), canónigo archivero de la Catedral de Tudela y cuyo testimonio nos lo confirma.

En 1995 y ante la inminente restauración del Palacio Decanal, se preparó y trasladó al Palacio Marqués de Huarte para su custodia parte del fondo documental de la Catedral y del archivo diocesano. Fue en este momento cuando Julio informó sobre su marcha al Gobierno de Navarra en calidad de Jefe de Gabinete del Presidente de Navarra, Javier Otano. Su permanencia en este puesto fue desde el 29 de julio de 1995 hasta 18 de septiembre de 1996. Es Juan José Martinena quién se hace eco de este hecho.

Desde esa fecha volvió a su trabajo como archivero, su gran vocación, con grandes proyectos de conservación, difusión y modernización³⁷. A pesar de todos estos compromisos y tareas desarrolladas en todos estos años, Julio nunca se olvidó ni dejó a un lado su archivo; siempre sacaba tiempo de dónde no lo había para poder atenderlo, incluso durante su estancia en Pamplona.

J. Segura junto con V. Ilzarbe son los interlocutores que gestionan y median entre las diferentes administraciones para la viabilidad el proyecto de restauración del Palacio Decanal³⁸. En 1995, se suscribe un convenio por Fernando Sebastián Aguilar por parte de la Diócesis de Tudela, Jesús Javier Marcotegui Ros por parte del Gobierno de Navarra y Luis Casado Oliver por parte del Ayuntamiento de Tudela para la restauración del edificio “y su posterior destino a una serie de funciones y actividades de tipo pastoral y funciones y actividades de tipo cultural y la regulación de su funcionamiento posterior”³⁹.

37. Desde su incorporación plena al archivo municipal y hasta la puesta en marcha del Palacio Decanal de Tudela, además del desarrollo de las tareas propias del archivo municipal, se iniciaron los primeros pasos para la implantación de nuevas tecnologías aplicadas a técnicas archivísticas, así como para la catalogación de fondos bibliográficos. Como M. Terrén nos indica, ella formó parte de un equipo que se dedicó a estas tareas de catalogación de fondo antiguo de la Biblioteca del Seminario y fondos bibliográficos de los Marqueses de San Adrián, actualmente en depósito.

38. “Estatuto por el que se rige el Palacio Decanal de 1 de marzo del 2000”. Apartado 1: Historia: “El Palacio Decanal es un edificio adquirido a finales del s. XV. En el s. XVI se dedicó para vivienda del Deán de la Catedral. En 1830 se compraron unas casas hacia la plaza San Jaime, que se le añadieron. En el terreno añadido se construyeron unas dependencias nuevas usadas por cuatro obispos, entre 1785-1842 y varios deanes a continuación”

39. El citado convenio de 4 de julio de 1995 se desarrolla en 11 estipulaciones. Una vez culminada la restauración del inmueble y su correspondiente financiación, procede concretar y desarrollar aquellas cláusulas en las que Diócesis y Ayuntamiento de Tudela se comprometen acerca de los posteriores usos y mantenimiento del inmueble y que son las siguientes:

“SEGUNDA.- Las funciones que albergará el Palacio Decanal serán las siguientes:

- *Funciones de tipo pastoral, en las oficinas y salas necesarias para la vida pastoral de la Diócesis de Tudela.*
- Funciones de tipo cultural, en los locales destinados a archivo de la catedral y la Diócesis, biblioteca y museo”.

Restaurado el Palacio, el Ayuntamiento y Diócesis, mediante otro acuerdo de fecha 31 de enero del 2000⁴⁰, ratifican las cláusulas del convenio anterior y concretan las funciones que albergará este edificio.

Tal como nos indica V. Ilzarbe, uno de los proyectos que se llevarán a cabo será la creación del Museo de Tudela.

La demanda social de un museo en nuestra ciudad, se remonta a fechas muy anteriores. Ya en 1978, se decide destinar locales de la planta baja del edificio Castel Ruiz para instalar un Museo Municipal. En 1982, la Diputación Foral de Navarra concede subvención al Ayuntamiento para la adquisición del Palacio Marqués de Huarte, con el fin de destinarlo a Museo comarcal. Tras estos intentos que por causas diversas no llegaron a efecto, es posible hubiera llegado el momento de ver la luz este proyecto y crear el Museo de Tudela en el nuevo edificio Palacio Decanal⁴¹.

También en este mismo convenio del año 2000 se crea una “[...]Comisión de Seguimiento formada por el Responsable máximo, Director del Museo, dos personas por parte de la Diócesis de Tudela, dos por parte del Ayuntamiento de Tudela y una persona por parte del Gobierno de Navarra, Servicio de Patrimonio Histórico de la Institución Príncipe de Viana [...]”

J. Segura ejerció como Director del Museo de Tudela, desde 4 de febrero del 2000 al 27 de septiembre del 2002. Él fue quien se encargó de su montaje y puesta en marcha, con “[...]la incorporación de objetos diversos, aportados por Catedral, Parroquias, Ayuntamiento, instituciones privadas como Hospital Nuestra Señora de Gracia, Real Casa de Misericordia, etc. [...]”, así como “[...]Elaboración de fichas catalográficas y de inventario de todas las piezas del Museo de Tudela [...]”⁴²

-
40. Convenio de 31 de enero del 2000: [...] Consiguientemente el presente convenio tiene por objeto:
- Dar cumplimiento a las cláusulas estipuladas en el convenio referido, suscrito el 4 de julio de 1995 entre Gobierno de Navarra, Diócesis y Ayuntamiento de Tudela.
 - Desarrollar de forma más pormenorizada las funciones que albergará el Palacio Decanal de Tudela y que se concretan en la cláusula 2ª de las estipulaciones referidas.
 - Desarrollar y concretar aspectos de uso práctico, financiación, personal, organización y funcionamiento del edificio.
 - Mediante un esfuerzo común, agrupar en un único museo, aquellas piezas de carácter civil y religioso que la ciudad y Diócesis de Tudela, conservan en su patrimonio público o privado. [...] Distribución de usos y actividades del edificio [...]

a) Museo

Se denominará “MUSEO DE TUDELA” y ocupará las zonas que se concretan en el plano.

En él tendrán cabida piezas histórico-artísticas de origen arqueológico, pictórico, escultórico y artes menores que procedan, bien sea de la diócesis de Tudela, instituciones religiosas, fundaciones sociales, bien sea de la administración pública, municipal o depósitos privados seculares.

Las piezas serán colocadas sin necesidad de separarlas según su origen, que deberá señalarse en la ficha o reseña de identificación, si bien, con carácter general, se asignan para disponer piezas religiosas las zonas destinadas a Museo en planta baja y entreplanta; y para piezas de origen municipal o civil, en las zonas destinadas a Museo en sótano y primera planta [...]

41. Por Resolución 806/2010 del Director General de Cultura por la que se reconoce como museo, con carácter transitorio, el Museo de Tudela sito en el Palacio Decanal.

42. Expediente personal de J. Segura Moneo que obra en las oficinas de Personal del Ayuntamiento de Tudela.

En su labor como archivero, desde su incorporación a la plaza en 1972 hasta su desaparición en 2009, es patente su vocación y devoción a la profesión, tal como lo confirman un gran número de testimonios que es imposible de enumerar. Es algo tan evidente, que igual lo observaba su familia, sus compañeros de profesión, sus amigos, investigadores o políticos que les ha tocado gestionar actividades que nada tenían que ver con las prácticas archivísticas. Julio aplicaba su forma de trabajo y metodología a cada documento o suceso de su vida: observaba, estudiaba, meditaba, documentaba, conservaba y difundía.

III. Publicaciones

Libros o colaboraciones en obras colectivas

- *Navarra. Historia y Arte-Tierras y Gentes*, Redón Huici, F. (dir.). Segura Moneo, J., p. 372, 376-377. Pamplona, CAN, 1984.
- *Inventario del Archivo de Protocolos Notariales de Navarra*. Idoate Ezquieta, Carlos y Segura Moneo, J., Pamplona, 1985
- *Casas Consistoriales de Navarra*. Miranda, Francisco; Molins, José Luis; Segura, Julio; La-beaga, Juan Cruz; Castillejo, Emilio. Pamplona, 1988
- Diversas voces en la *Gran Enciclopedia de Navarra*, 1990.
- *El Palacio Decanal de Tudela*. García Gainza, M.C.; Segura Moneo, J; Blasco Blanco, M. Pamplona, 2000.
- *Tudela 1200. Retrospectiva y Futuro (802-2002). Urbanismo*. Bienes, J.; Miqueleiz, J.; Segura, J.; Munárriz, E.; Blasco, F. Ayuntamiento de Tudela. 2003.
- “Aproximación desde la Historia” en Esparza, B. (coord.), *Una Historia de rehabilitación urbana. El casco antiguo de Tudela 1983-2003*. Pamplona, 2003, pp. 19-29.
- “La Ciudad y el Templo. El patronato de Santa Ana”, *La Catedral de Tudela*, Pamplona, 2006, pp. 63-77.
- *Procesos: 1400-1886*. Segura Moneo, Julio R., Archivos Eclesiásticos de Tudela. Documental I. Pamplona, 2007.

Colaboraciones en revistas de Investigación

- “Convento de San Antón en Tudela”, *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, nº 8, Tudela, 1993, p. 45-59.
- “El archivo municipal y los archivos eclesiásticos de Tudela”, *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, nº 7. Pamplona, 2000, pp. 71-82.
- “Herejía del Molinosismo en Tudela. Siglo XVIII”, *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, nº 15. Tudela, 2007, pp. 73-89.
- “Emblemas y sellos de la Ciudad de Tudela (Navarra)”, *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela*, nº 15. Tudela, 2007, pp. 117-139.
- “Mecenazgos y patronazgos en la Colegial de Tudela”, *Cuadernos de la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro*, nº 2. Pamplona, 2007, pp. 349-373.

Colaboraciones en prensa periódica y otras de carácter divulgativo

- “Iglesia Parroquial de San Juan Bautista de Cintruénigo”. *El Pensamiento Navarro*. 09/10/1970, 10/10/1970.
- “Estado y conservación de Productos Vinícolas en Tudela y Navarra en el Siglo XVIII”, *La Voz de la Ribera*. 14/10/1970.
- “Industria Textil y manufactura en Tudela en la segunda mitad del siglo XVIII”, *La Voz de la Ribera*. 24/10/1970.
- “Tudela. Situación de otros oficios y ramos de la industria a finales del siglo XVIII”, *La Voz de la Ribera*. 14/11/1970.
- “Tudela: La Catedral. Conjunción de estilos y testigo silencioso de la Historia de Tudela”, *Muthiko Alaiaik. Fiesta del Rey de la Faba*. Tudela, 06/01/1971.
- “Los Amigos del País en el segundo centenario de su iniciación”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1973
- “Hace 60 años”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1974.
- “Reses bravas de Valtierra”, Programa Oficial de Fiestas de Valtierra, 1974.
- “Hace casi 200 años”, Programa Oficial de Fiestas de Valtierra, 1976.
- “Gigantes y Cabezudos”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1977.
- “Se fue como la Casa de las Comedias”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1978.
- “Nacen los Carriquiri”, Programa de Fiestas de la peña Los Camastrones, 1979.
- “Tierras tudelanas”, Banco Guipuzcoano, s/f
- “Reseña histórica de las fiestas de Tudela”, *Deia*, 28/07/1979.
- “La parroquia de San Juan en el siglo XVI”, Programa de Fiestas del barrio San Juan, 1980.
- “El Toro de Fuego”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1983.
- “Fiestas y Toros”, *Crónica de la Ribera*, 24/07/1983.
- “Castel-Ruiz, San Jorge y la Compañía”, *Revista Mercadal*, 17/10/1983.
- “La Manta de Tudela”, *Revista Mercadal*, 07/04/1984.
- “De la vieja Tudela musulmana”, Programa Oficial de Fiestas de Tudela, 1984.
- “Tudela, en el VI Centenario como Ciudad”, Programa Oficial de Fiestas, 1990.
- “Tudela”, *Caminos de Sefarad*. Folleto divulgativo, Salamanca, 1995, p. 85-89.
- “Judíos y juderías”, *Revista Euskal Herria*, agosto-septiembre 2003.
- “Tuterako judutar auzoa”, *Nora Euskal Herria*, 11.zenbakia (2008ko abendua).

Otros trabajos

— *La Sociedad Económica del Amigos del País de Tudela*. Tesis de Licenciatura. 1978 (Inédita).

IV. Testimonios

José Catalán Moreno

Delineante, Ayuntamiento de Tudela

Viendo este escudo en el que intervino de manera muy activa, mi querido amigo “Julito”, me viene a la memoria toda mi vida relacionada con él.

Nuestra vida ha transcurrido paralela desde los 5 años, ya que fuimos a párvulos del Colegio “la Enseñanza” *juntos*.

A partir de aquí, nos pasamos la vida alternando su casa con la mía.

Mi familia tenía una confitería y a él le encantaba el “obrador” donde siempre que entrábamos “Caía algo”.

Nuestros padres eran amigos y tenían la guasa típica del carácter tudelano, que heredamos los dos, acrecentándolo seguramente.

Quizás nuestra compenetración se debía a nuestra particular manera de ser. Él era abierto y extrovertido, mientras que yo era tímido y cerrado, posiblemente, por esta diferencia saltaba ese chispazo mágico de nuestra amistad.

Nuestra vida transcurría alegremente, por la calles de nuestra querida Tudela, con ciertas travesuras muy graciosas, que siempre se encargaba de ejecutarlas él, aunque mantenía que las discurría yo.

Después fuimos a los “Corazonistas” donde estudiamos dos o tres años, siempre *juntos*.

La vida seguía alternando momentos buenos con otros peores.

Posteriormente, llegamos a “Los Jesuitas” siempre *juntos* donde hubo de todo. Allí recién llegados, por su talante abierto, le dieron un papel en una pequeña comedia, en la que hacía de profesor con una sotana de jesuita...

Creo que estaréis de acuerdo, todos los que le hemos conocido, que nos ha privado de su presencia, su buen carácter y amistad, excesivamente pronto.

Julio (hace unos cuatro años) se me presentó en mi mesa de trabajo, y me dijo como si le corriera prisa, que le tenía que diseñar el escudo de Tudela, con cotas y colores, con nomenclatura oficial. Yo le hice una pequeña modificación en la corona, con la que estuvo totalmente de acuerdo. Ese escudo es el que tienes ahora en tus manos. Quizás el mejor homenaje a Julio fuera darle oficialidad, cuanto antes pueda.



Ángel Cornago Sánchez

Licenciado en Medicina

Julio y yo comenzamos a convivir como compañeros cuando teníamos unos diez u once años, en el colegio de Jesuitas. Pertenecíamos al grupo del los “externos”, en un centro donde los alumnos eran la mayoría internos, pertenecientes a la burguesía vasca y en todo caso hijos de gente adinerada, al contrario que nosotros que pertenecíamos, la mayoría, a familias humildes y estudiábamos en aquel centro con becas o con importante sacrificio de nuestros padres.

Dentro del grupo de los “externos”, por afinidades, había subgrupos y el nuestro estaba formado por Julio, Dado (¡entrañable Dado!), ambos fallecidos recientemente, Molinos, “Morico”, Del Río, Lopez de Carlos y otros que se unían al grupo con menos

asiduidad. Durante aquellos años, compartimos juegos y peleas en el “campo de fuera”. No éramos muy aficionados al fútbol, al contrario que los internos que se pasaban el tiempo libre jugando al deporte rey, por eso, de nuestra generación, salieron varios jugadores que militaron en equipos punteros de primera división; a nosotros nos gustaba más dirimir y probar nuestras fuerzas en peleas ficticias, a las que nos entregábamos con tanto ardor que a veces nos ocasionábamos lesiones. Uno de esos días, al lanzar un palo a modo de lanza, se lo clavé a Julio inmediatamente encima de la rodilla; recuerdo que me asusté mucho porque no fue un simple rasguño, sino un orificio amplio de más de un centímetro de profundidad. Eran heridas de guerra y, en nuestros códigos, casi un orgullo tener cicatrices de aquellas luchas.

Más tarde nos civilizamos, con gran alivio de los curas, que pensaban que los externos, la mayoría, éramos unos salvajes, tal vez influidos por la forma de ser de nuestra tierra, según ellos. En los largos y numerosos recreos, en vez de pelear, mientras los internos seguían jugando al fútbol, nosotros nos dedicábamos a filosofar. Ahí estaba Santi Del Río que, con sus largas peroratas argumentales, nos dejaba a todos fuera de combate. Durante los últimos cursos el colegio se nos quedaba pequeño, y salíamos fuera en los recreos, con frecuencia al bar de Calera a tomarnos un vino entre clase y clase. Inimaginable hoy; y luego hablamos de los chicos de ahora. Menos mal que entonces no existían los “porros”. En nuestro grupo el aprovechamiento fue bueno y todos terminamos el bachiller con más o menos brillantez.

Después, coincidí con Julio en el Colegio Mayor Pignatelli, y también en Zaragoza, con Del Río, Morico y alguno más. Nuestra relación siguió siendo de buenos colegas y compañeros. En general Julio era más formal que el trío que formábamos Del Río, Morico y yo que, con frecuencia, salíamos por Zaragoza de día y de noche.

Unos años más tarde, después de terminada la carrera, volví a compartir con Julio, con Dado, Ignacio Puras..., inquietudes sociales dentro de aquel mundo atosigante que representaba la dictadura. Todos compartíamos una idea común, unos perteneciendo a partidos en la clandestinidad, y otros, como yo, desde la independencia, pero con la misma convicción de que había que cambiar aquel sistema político. En casa de Julio compartimos muchas conversaciones y, también allí y en las salidas nocturnas por los bares de Tudela, muchos momentos de esparcimiento y buena camaradería. Tengo un recuerdo imborrable de aquellos años. Éramos una juventud sana, con ideales; queríamos cambiar el mundo y, supongo que entonces y en los años posteriores, algo contribuimos, cada uno a su manera.

Guardo especial recuerdo cuando en momentos complicados de mi vida, tanto Julio, como Ana su mujer, me prestaron su apoyo y colaboración en lo que les necesité.

Julio fue siempre un hombre honrado, humilde, consecuente con sus ideas, comprometido, desprendido, amigo de sus amigos. Ana fue una excelente compañera para él, y de ambos siempre he guardado y guardaré, un excelente recuerdo. De Ana espero que siempre me siga considerando amigo suyo.

Fallecido Julio y Dado, algo se va difuminando, algo se va destruyendo de mis años de juventud, años limpios, sanos, todavía no contaminados, plagados de ilusiones e ideales. El tiempo, en muchos casos nos va doblegando, pero es algo universal que nos pasa a muchos, y nuestras referencias, las hace desaparecer el destino.

Alberto Sánchez Moneo

su primo

Es muy difícil para mí escribir sobre Julio. Ya lo había intentado hacer casi desde el primer momento. Nunca pude. Solo evocar su nombre, ordenar ideas, refrescar recuerdos, anudaba mi garganta y humedecía mi mirada. Además, han sido muchas las personas, con mejores palabras que las mías, que tras la primera manifestación de duelo y de respeto han ensalzado su persona, han glosado su dedicación y su entrega por un lado al trabajo que ocupaba buena parte de su vida y por el otro, a su familia, a sus amigos, siempre con pasión, cariño y satisfacción de todos. Simplemente me parecía imposible añadir nada nuevo que pudiera sumar a tantas horas tristes, a tanta rabia contenida a tanto dar vueltas y más vueltas tratando de entender lo inentendible y de aceptar lo inaceptable. Llegó por fin el día, casi dos años después de que Julio ya no está con nosotros, en que nuestra querida Ana me pidió que escribiera unas líneas con mis recuerdos. Me resistí al principio pero finalmente acepté con gusto. Se lo debo a ella. Se lo debo a él. Todavía después del tiempo ya transcurrido, queremos seguir teniéndolo con nosotros. Sabemos que eso no es posible pero nos aferramos a recordarlo con la palabra escrita.

Mis primeros recuerdos personales son de los veranos en Acedo, donde él vivía con su familia porque su padre era el maestro. Hará medio siglo de eso. Recuerdo que siempre estábamos en la calle, en el campo, casi era lo mismo. El me enseñaba a subir a los árboles, a descubrir los nidos de los pájaros, a conducir las yuntas de bueyes, a ordeñar a las vacas. Yo le envidiaba y admiraba porque él sabía y podía hacer todo aquello que, además de ser tan fascinante, estaba fuera de mi alcance. Fueron veranos inolvidables pero nunca volví a Acedo quizás pensando que es mejor no visitar los lugares del ayer y salir de ellos añorando lo que se fue para siempre.

Unos años más tarde recuerdo las horas dedicadas enseñándome a tocar la guitarra. Julio aprendió pronto, le gustaba y la manejaba bien; después, esa afición le sirvió para enrolarse en la tuna universitaria de la facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza y viajar un poco. A mí me maravillaba cómo era capaz de hacer aquello y lo divertido y atractivo que era. Debía poner yo cara de mucho asombro porque él poco tardó en tomar la iniciativa para enseñarme. Sin duda que fueron mayores sus ganas e interés en que yo aprendiera que los resultados obtenidos: nunca fui capaz de pasar de las primeras notas.

Pasado un tiempo, cuando él ya terminó su carrera, estuvo viviendo una temporada en mi casa. El empezaba a buscar su hueco en el mundo profesional mientras yo terminaba el bachiller. Sus inicios dando clases particulares, sus primeras ilusiones puestas en una academia que montó, clases en jesuitas y en la ETI. Desde el principio le gustó la enseñanza, el contacto con los aún más jóvenes, algo que mantuvo a lo largo de toda su vida. Pero su verdadera pasión era la investigación en documentos y legajos para la que se le abrió una oportunidad cuando se convocó la plaza de archivero del Ayuntamiento de Tudela. Vivimos muy de cerca en aquellas fechas sus esfuerzos para conseguirla, no exentos de dudas, incertidumbres y zozobras ante su resolución. También optaba su más tarde inseparable amigo Javier. La plaza la con-

siguió Julio, fue el inicio de su auténtica vida profesional, la amistad entre ellos dos, profunda sincera e inquebrantable, para siempre. La alegría de todos nosotros por su éxito, desbordante.

El verdadero estrechamiento de nuestra relación se forjó más adelante ya entrados en la cuarentena. El vivía en Tudela y yo me había desplazado a Madrid para estudiar, donde definitivamente me he quedado. Yo visitaba el pueblo con regularidad para ver a mi madre y cada vez más su casa y sus amigos eran mi casa y mis amigos. Compartimos comidas, viajes, cenas y tertulias con sus amigos siempre trabando una relación cada vez más próxima y entrañable. En las tertulias, justo es reconocer que él siempre era el más condescendiente con las posturas de los demás y también el más apasionado defendiendo la suya. Ana decía muchas veces “es muy cabezón, no lo conocéis bien...”.

Hace una veintena de años hicimos una casita en Horcajo de la Sierra, en Madrid. A Julio le gustaba mucho ir allí. En aquellos parajes, y bien provisto de lectura que cuidadosa y abundantemente preparaba con tiempo, disfrutaba del paisaje, de los paseos con Ana y con la perra, de la comida, de excursiones a los pueblos próximos de la Castilla profunda, pero sobre todo de la lectura. Todo ello con calma y sosiego, pero a fondo. El vio crecer año a año los arcos que más adelante cobijaban, con su sombra, su lectura y los generosos y excelentes aperitivos que Ana preparaba para todos. También desde allí veía las huellas que dejaban en el jardín los topillos que tan estupendamente describió Pepe. Fueron días y ocasiones de compartir, de disfrutar, de vivir. Yo sé que Julio fue feliz allí a donde continuó yendo con regularidad hasta bien avanzada su enfermedad.

Cómo no recordar las navidades en su casa. Allí acudíamos toda mi familia, mi mujer, mis hijos, mi madre, todos los años. Era una cita fija, inviolable. Ana decía, con guasa, que éramos nosotros más que ellos. Cantábamos, charlábamos, reíamos, luego venían los amigos de sus hijos, aquella era casa de acogida para todos, pero no solo en navidad, la verdad es que lo era en cualquier momento.

Cómo no traer también a la memoria lo que él se ocupó y cuidó de mi madre en Tudela hasta el mismo día de su fallecimiento. Cuantas veces me dijo que Julio era un hijo para ella. Así era porque, con el paso de los años y cada vez más, Julio fue un hermano para mí, ese hermano que yo nunca tuve y al que con el paso de los años añoramos más, bien que lo sabemos los que somos hijos únicos. Yo tuve la suerte de encontrarlo, bien cerca estuvo desde el principio. También he de decir que tuve la mala suerte de perderlo pronto y que todos los que lo hemos querido nos hubiera gustado disfrutarlo muchos años más.

Sigues con nosotros Julio, aunque de otra manera. Hasta siempre.

Ana Pérez Zabalza

su mujer

Conocí a Julio en 1965, en el único punto de reunión que teníamos los jóvenes en esos años, “El Tazón”, hoy Palacio Decanal. Acudíamos después del colegio o del trabajo a

compartir juegos de mesa, parchís, damas, dominó... hablábamos mucho, preparábamos nuestras fiestas, nuestros guateques y, sobre todo, acudíamos a ver a los chicos y chicas que nos gustaban especialmente. Julio caía muy bien. Jugábamos al parchís de seis y las partidas eran batallas campales porque sabíamos la inmensidad de trampas que nos hacía, pero lo cierto es que nunca lo pillábamos.

Así, día tras día, fuimos compartiendo miradas especiales, paseos y escapadas. Me acompañaba a casa casi todos los días y allí nos quedábamos un buen rato hablando de muchas cosas, hasta que un día se atrevió a darme el primer beso, lo que sería el comienzo de ocho años de noviazgo.

Se marchó a Zaragoza a hacer la carrera y empezamos un trasiego de cartas de ida y vuelta, llenas de ilusiones, de deseos, de proyectos, de amor, que acortaban la distancia de una forma increíble.

Julio trabajó para costearse la residencia, servía la comida a sus compañeros y proyectaba el Cine los fines de semana, excepto los que podía cambiar a algún compañero para venir a verme. También utilizó unos cuantos veranos para hacer Milicias en Lérida y Tarragona.

En 3º de carrera sufrió el golpe más fuerte de su vida: la muerte de su madre a los 57 años de edad. Julio se hundió de tal manera que no quería seguir con la carrera, quería venirse a casa para estar con su padre y ponerse a trabajar. Pero su padre no se lo permitió, así que decidió hacer 4º y 5º en un solo año. No olvidó nunca el ofrecimiento de su compañero y amigo Toni para hacerlo con él, animarlo y acompañarlo a preparar ese cúmulo de asignaturas y exámenes. Lo hicieron a base de noches en blanco, a puro de mucho sacrificio y pastillas para mantenerse despiertos.

Cuando acabó la carrera, estuvo un tiempo trabajando en Carcastillo, y más tarde vino a Tudela, impartiendo clases en el Colegio de Jesuitas y en la E.T.I.

De 1969 a 1974, montaron una academia entre varios compañeros.

En 1971 murió su padre; Julio entró en una profunda tristeza, se sintió solo, pues sus hermanas vivían fuera, y se refugió en mí y en mi familia.

En octubre de 1972 sacó la plaza de Archivero y, en diciembre de ese mismo año, nos casamos. Reanudar una vida de familia y tener su casa eran cosas que no se creía. Ya podía ofrecer algo a sus amigos, y nuestra casa se convirtió en la casa de todos, no le importaba si pasábamos apuros económicos, pues era feliz teniendo siempre amigos en su casa.

Tuvimos dos hijos: Julio y Alfonso.

Ocho años de noviazgo, treinta y siete de casados, toda la vida compartiendo lo bueno, lo menos bueno, las alegrías y las tristezas; pero con Julio ha sido un lujo vivir, porque con él aprendí a disfrutar de todo, la lectura, la música, el teatro, el arte y la historia. Conocí las Bardenas, el barrio Judío, las distintas culturas de nuestra ciudad, me enseñó todo Navarra, disfruté con él de la poesía...

Los fines de semana durante mucho tiempo nos íbamos al edificio Castel Ruiz y entre los dos catalogamos el Archivo Notarial. Era la manera de poder estar con él, acercarme a su trabajo, a sus aficiones, a su saber.

Puedo decir con orgullo que le debo lo que sé.

Julio ha sido un hombre apasionado por su trabajo, entregado y muy responsable, no tenía horas suficientes para los archivos, para el museo, para todo lo que le pedían, jamás sabía decir que no.

Cuando tuvimos los hijos, esa entrega a su trabajo nos costó más de alguna discusión. Yo le recriminaba porque a sus hijos y a mí nos robaba ese tiempo. Lo entendía, pero su trabajo era superior a él.

Julio ha sido un hombre generoso con todo, con su tiempo, con el dinero al que nunca dio valor alguno.

La discreción le hacía estar ajeno al mundo de las vanidades, nunca quiso el protagonismo, quería pasar inadvertido, no salir en la foto nunca, y no permitía la crítica contra las personas que no estuvieran presentes para poder dar su versión y defenderse.

Con Julio no podías enfadarte, decía *“vamos a hablarlo, las cosas no pueden encontrarse, se solucionan y fin”*.

Era muy queredor de los amigos, confiaba en las personas, a veces demasiado, lo que en alguna ocasión le llevó a decepciones muy grandes.

No se me olvidará nunca cómo cuidó y quiso a mis padres y cómo enseñó a quererlos y respetarlos. A nuestros hijos les decía *“en esta casa, lo primero es que a los abuelos no les falte de nada, aunque tengamos que prescindir nosotros de algo”*.

Julio nos ha dado una lección de vida y una lección de valentía, al normalizar la enfermedad siendo consciente de lo que había y de su limitado tiempo.

Cuando se vive con un hombre así, es difícil afrontar la vida sin él, superar muchas cosas, tomar decisiones, prescindir de esas excursiones de fin de semana donde no necesitábamos más que su palabra. Mirar su sillón y encontrarlo vacío, entrar a media noche en su despacho y no verlo, pasar por el Archivo y no poder hacerle una llamada para que se asomara para vernos, dar continuidad a las cenas los sábados con los amigos y no oírlo hablar o discutir de todo, poniendo siempre esa chispa que le caracterizaba.

No compartir con él esas maravillosas vacaciones en La Sierra, con nuestras lecturas, la música, debajo de los arcos, los silencios que sólo rompíamos cuando yo, y no él, me daba cuenta de que se había pasado la hora de las comidas.

Recoger sus flores todos los febreros en El Buste, aquellos narcisos silvestres, que después daban olor y color al Archivo, a la biblioteca, a nuestra casa y a alguna amiga especial.

He sido muy afortunada, te he querido con locura y, mientras mi cabeza no me juegue una mala pasada, te querré, te recordaré y me quedo con lo mejor de ti.

Gracias Julio, por haberme permitido disfrutar de ti, por elegirme, por nuestros hijos, por nuestros nietos, a los que sólo a Irene conociste un poco, pero que suavizan mi día a día para seguir.

Lamento mucho no poder hacer contigo el último recorrido de mi vida, y ya nada será igual.

Antoni Morell i Mora

Escritor y embajador extraordinario y plenipotenciario del Principado de Andorra ante la Santa Sede (2005-2010)

“SCRIPTA MANENT, VERBA VOLANT”

No tuve hermano. Sí hermana. Y así transcurrieron casi 23 años de mi vida.

Llegué a Zaragoza, un día del Pilar, es decir el 12 de octubre, acompañado por Ramón e Inés, mis padres, dentro, yo iba en la parte de atrás, de un Volkswagen-escarabajo, un poco asmático ya, el coche, claro. ¿Por qué aterricé en Zaragoza? Tuvieron mucho que ver, y mucho, Elidà Amigó –antigua alumna de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza– y su marido Marc Vila, a la sazón, Secretario General del Consejo General del Principado de Andorra, a los que Julio Segura conoció posteriormente...

Mi primera intención después de terminar Teología, en el Seminario Conciliar de Barcelona, era trasladarme a Brujas, a la escuela diplomática. Y de allí a U.S.A y... Pero la vida, como de costumbre, da bandazos. Y cambié de rumbo y me dirigí a Zaragoza, gracias a los amigos citados, y a un gran “maestro” tanto de Julio como mío, Rafael Olaechea. Recuerdo que alquilamos dos habitaciones en el Paseo Independencia, en una pensión. Zaragoza estaba abarrotada. Al día siguiente, mis padres se largaron en el Volkswagen asmático hacia Andorra. Yo me quedé solo. No conocía a nadie, excepto Olaechea, pero tenía 21 años, es decir tampoco no era un mozalbete y sabía administrarme. Encontré habitación de estudiante universitario, en la calle Lagasca, subiendo a la izquierda por Fernando el Católico.

Al cabo de poco tiempo, ya tuve habitación en el Colegio Mayor Pignatelli. Antes, sólo iba allí a desayunar y a comer. Luego, a la pensión, a leer y a reestudiar. Sí, sí, reestudiar!

Yo era, por eso me había matriculado de Comunes (1º y 2º a la vez) de Filosofía y Letras, era, repito, de los más viejos. Pero, pronto con Pascual Marteles, José Miguel Delgado, Rafa Olaechea, el “clan de los vascos”, Jesús Torrent, Carmen Arduña, e Ignacio Puras, conocí a Julio Segura.

Nervioso, sentimental por los poros, solícito, y con un afán de aprender y de vivir excepcionales. ¡Curiosa la vida! Las habitaciones que nos habían correspondido eran contiguas. Poco a poco, como una lenta telaraña –subíamos juntos a la Facultad, muy a menudo con Víctor González de Zarate, jesuita que también cursaba Comunes– se inició una amistad, sobretodo a partir del segundo año, es decir faltando tres años de carrera. Después, disciplina a disciplina, asignatura a asignatura, terminamos la Licenciatura juntos.

Yo que provenía de otra “cultura” me sorprendió (por no haberlo oído nunca) que cada día escribiera a Ana –su novia–, a Tudela. Y que, a su vez, ella le respondiera, también, diariamente. Conocí, posteriormente, a Ana y comprendí el porqué, que cada día, sí, sí, Ana se mereciera una carta. Y Julio, otra.

Empezamos a hilvanar cosas, recuerdos, familias, lugares, estudios, vidas y muertes. Él vino a Andorra. Yo estuve en el entierro de su padre. Él, sus hermanas, sus amores, designios, querencias enormes, hombre solo, salvo Ana, y algún que otro amigo. Y un indeleble amor por su tierra, sus gentes, Tudela... Su tío canónigo. Su mundo empezaba en Tudela, pasaba por Zaragoza, llegaba a Andorra, a veces, y después al mundo.

Porqué Julio Segura, él sí, era persona del mundo, porqué precisamente tenía orígenes, raíces, su ancestral y mítica ¡Tudela!

Archivos, librerías, la “Tuna”, también Andorra, y fines de semana en Tudela. Largas escaleras para llegar a su casa. Arriba, su hermana, su padre, amores y encuentros. Y el andorrano bien aceptado y querido. Y catedráticos que dejaron poso: Canellas, Corona, Lacarra, Ferrer Benimelli..., el “gurú” sobre la Masonería, jesuita, también.

Y Julio, nervioso siempre, enamorado de la vida, y del reto de su vida. Para mí, Julio es, fue y siempre lo será, desde el punto de vista físico, una persona más bien delgada, nariz un poco sefardí, y con una capacidad de querencias extraordinaria, al tiempo que de búsquedas y aventuras, anhelando aire, nuevos vientos.

Me llamaron desde Andorra. Yo estaba en Roma, como Embajador de mi país ante la Santa Sede. “Julio se fue”. Una voz interior me dijo: “¡Ya!” Yo estaba con “gentes”. No podía moverme. Hablé por teléfono, con su hijo mayor, Julio. ¿Con Ana? ¡No!

Regresé a Andorra. Pasaron días y noches y no me atrevía a hablar con Ana. Al cabo de un tiempo, me mandó una carta, ella. Tardé en responderle.

El tema –¡aún hoy vuelve!– es que perdí el hermano que nunca tuve. Era eso: Julio Segura, paz, soledades y solitudes, mesa bien puesta, enormes y terribles esfuerzos para que la vida ganase. ¡Mi hermano! Dijiste muchas veces que yo te ayudé. Digo y afirmo que tú me ayudaste y mucho para que fuera compañero de retos de muchas vidas y de algunas muertes.

Zaragoza, Tudela, Andorra... espacios que nos hicieron posibles, y que han decidido que hoy yo, modestamente, escriba sobre la “casa de la memoria”, donde Julio Segura no necesita ninguna llave. Es su casa, y un poco la mía. La de los dos.

Amigo para siempre, secreto devorador de la historia de tus gentes y de tus mundos. Largas noches de diálogo, yo no soy nadie, me enseñaron que más allá de un excelente, espléndido historiador, fuiste, eres mi hermano, el que nunca tuve.

Sí, sí, tengo miedo que el viento y la nieve de Andorra destruyan mis palabras, por eso, las escribo, para siempre: “scripta manent, verba volant”. ¿Verdad, Julio?

Luis Campoy Zueco

*Psicólogo y político navarro*⁴³

A mi amigo Julio

Me gustaría escribir sobre Julio algo vivo aunque fuera imperfecto. De lo que queda del tiempo que compartimos, porque eres el recuerdo que dejas en los demás. Experimentamos una sensación indefinida del pasado. Es como la nostalgia de ese tiempo en el que aparecen mezcladas las esencias del recuerdo y la esperanza.

Quisiera reconocer su amistad y su trabajo para que perduren, porque sintió intensamente aquello a lo que aspiró. En Julio, el nosotros era más importante que el yo.

Le conocí en Zaragoza. En la Universidad y en la Residencia Pignatelli, y sentí el calor de su cercanía. Días de trabajo y noches intensas estudiando y compartiendo

43. Alcalde de Tudela desde 1995 hasta 2003, entre otros muchos cargos públicos.

ideas con Rafael Olaechea, profesor de historia de la facultad. Fue una magnífica etapa de formación. Recuerdo la jovialidad de Julio en múltiples ocasiones, con trazos que nunca olvidaría, ni en los momentos más cruciales de nuestra vida posterior. Fue una etapa que recuerdo con nostalgia. Celebramos con Ana, su mujer tiempo después, y con M^a Carmen, también mi mujer más tarde, su paso del ecuador. Fue una fecha que ha quedado en mi mente como algo magnífico e imborrable.

Volvimos a encontrarnos como profesores en Jesuitas de Tudela e intensificamos nuestra amistad. Fue un tiempo de entrenamiento y desarrollo de sus cualidades más definitorias. Recuerdo cómo le querían sus alumnos por su entrega y por ese “don”, que él tenía, de animación.

Me consultó su posible examen para archivero municipal. Le animé, porque era la misión con la que “soñaba” y para la que se había preparado. Aprobó y comenzó la vida para la que había nacido. Nos separó la distancia y la ocupación.

Nuestro nuevo punto de reunión fue el Ayuntamiento de Tudela. Compartimos días de zozobra y de intensa relación, tanto en tema generales, como del archivo municipal.

A partir de su entrada en el Ayuntamiento es ya consciente de hacía donde debía dirigir sus pasos de archivero y cuales eran los valores fundamentales en torno a los que debería guiar su labor. Centrarse en los temas de Tudela para hacerlos patentes a los ciudadanos de hoy. Recuerdos que dedica a tal época, esclarecimiento de un acontecimiento, apoyo a las personas que indagan en el ayer, conmemoración de acontecimientos, su contribución en la preparación del 1.200 aniversario de la fundación de Tudela...

Su vida la dedicó a que el “pasado” tudelano fuera conocido y amado, y perdurase en todos nosotros. Julio fue una mezcla de memoria y pensamiento, conocimiento y humanidad.

Le encomendé la formación y dirección del Museo eclesiástico del Ayuntamiento en el Palacio Decanal. Labor que ejecutó con intensidad y primor.

Queda su obra. Perdimos un estilo de hombre de buena fe y de muy preciosa generosidad de su amistad. Fue una persona que supo estar dónde debía y con dignidad. Una fidelidad total a la responsabilidad de estar en el mundo. Fue un gran humanista. Un hombre válido, cuyo recuerdo vale por la cantidad de vida que condensa.

Tenemos su recuerdo como ente reparador. El pasado no se pierde. Es necesario vivir y sufrir por cuenta propia.

Decía Shelley “nuestros cantos más dulces son los que expresan los pensamientos más tristes”

Milagros Rubio Salvatierra

Concejala de Izquierda-Ezkerria en el Ayuntamiento de Tudela

Julio Segura. A modo de recuerdo

Todo sucede demasiado rápido. Los años pasan dejando fogonazos de memoria, a través de los cuales hacemos nuestros los tiempos pasados. Cada cual tenemos los propios y con la memoria colectiva construimos los comunes. Solamente si alguien es capaz

de investigarlos, conservarlos y transmitirlos, los denominaremos historia. La nuestra, la de Tudela, la conocemos gracias a personas que la han hecho en unos casos, y que la han atesorado y difundido en otros. Hay quien, como Julio, pertenece a todas esas categorías. Pero quizás, lo más profundo de la historia, lo más humano, lo más nuestro, lo que nos hace conocer mejor a quienes ya forman parte de nuestra memoria colectiva, son sus historias diminutas, diseminadas, plurales y únicas, la intrahistoria.

Es ahí donde sitúo mi relación con Julio. Aunque no fue asidua ni particularmente estrecha, fue positiva y peculiar. Comenzó bastantes años antes de mi llegada al ayuntamiento. No recuerdo por qué se interesó por mí para dar clases en su academia. Quizás supo de mi vocación por la docencia, y que la ejercía desde niña con otros niños y niñas menores que yo. La cuestión es que fue él quien me buscó, y comencé a dar clases en su academia. Entonces, él era joven y yo más. Empecé a conocer su personalidad: riguroso, respetuoso, arbitrando márgenes amplios de libertad y contenidos de calidad a la hora de impartir nuestras clases. Disfruté esa etapa. Más o menos por entonces comenzaron mis compromisos sindicales, y no llevaba bien el hecho de que hubiera algunas personas con dificultad para encontrar trabajo, mientras yo ejercía el mío en una empresa y completaba la tarea con las clases en la academia. Me costó renunciar porque disfrutaba dando clases, pero le conté a Julio mi decisión de no tener dos fuentes de ingresos mientras otras personas carecían de empleo. Él mostró su sorpresa argumentando que, en su opinión, aquello no era pluriempleo, ya que mis ingresos con esas clases eran mínimos, que eso no era un puesto de trabajo. Me pidió que siguiera. Era discutible, pero mis razones hicieron que mi respuesta fuese negativa. La decisión estaba tomada. Y asomó el Julio que había empezado a conocer: respetó, sin compartir, mi postura; me ofreció volver cuando quisiera, agradeció el tiempo que había estado, y se dio la vuelta discretamente. No volvimos a hablar de ello.

Nos encontramos años después donde menos pensábamos que iba a suceder. Él como trabajador municipal. Yo, como concejala del primer ayuntamiento democrático. Tuvimos acuerdos y diferencias, pero primó la confianza mutua. Aunque ilusionantes, eran tiempos difíciles en el funcionamiento municipal. Todo era desconocido para las nuevas corporaciones y casi todo estaba por hacer. Aunque ahora parece tan lejano, la izquierda, dividida nada menos que en cuatro candidaturas diferentes con representación municipal, ganó las elecciones por goleada. Además, formaban parte del ayuntamiento concejales de la derecha divididos en dos grupos, uno UCD, y otro un grupo local con mentalidad procedente del franquismo que se resistía a aceptar el paso a la democracia. No lo digo con ánimo polémico; ni tampoco quiero herir su sensibilidad porque aquel era un momento muy particular respecto al que todos hemos evolucionado. Pero es pertinente la descripción de aquel momento, para explicar lo sucedido con respecto a Julio. Las recién llegadas concejalas y concejales, aprendíamos democracia en la clase acelerada que era poner en marcha el nuevo ayuntamiento. Pero, para hacerse una idea del ambiente que vivíamos, si a nuestro grupo municipal le parecía que el ayuntamiento era uno de los lugares donde abordar todo tipo de temática y poco menos que la institución donde darle la vuelta al capitalismo, al grupo aludido anteriormente le ofrecía una plataforma donde intentar torpedear la consolidación de la nueva institución democrática. ¿Y qué tiene que ver todo esto con Julio Segura? Julio era entonces el

responsable técnico del área de Cultura del Ayuntamiento, presidida por Javier Otano, concejal independiente del PSN, un buen concejal de Cultura, sensible a los grupos de base y a la participación ciudadana. Como era una de las áreas estrella del gobierno municipal, en la que además se ponían en práctica modelos democráticos participativos, a mi juicio, la derecha radical los tomó a ambos como diana de una acusación destructiva que no podía sostenerse en argumentos razonables. Y apoyándose en pequeños errores, hicieron toda una confabulación presentándolos como irregularidades en el área de Cultura. La cuestión quedó finalmente en nada pues las acusaciones resultaron totalmente desacreditadas por absolutamente injustificadas. No es mi intención detenerme en este capítulo, pero quiero dejar claro que desde el principio confié en que la gestión de Cultura era correcta, tal como quedó demostrado posteriormente. Sé que Julio sufrió con ese capítulo de injusto asedio, y que agradeció mi apoyo incondicional que nadie me había solicitado. Una vez más, caminábamos en opciones distintas, con un nexo de empatía que funcionó siempre entre nosotros.

Si bien no formé parte del área municipal en la que Julio trabajaba, al igual que el resto de la corporación me beneficié de su trabajo e investigaciones. Quiero destacar, aparte de su trabajo más específico en el Archivo, la promoción de las semanas sefardí y árabe (esta última, incomprensiblemente en desuso), los informes de Julio acerca de la capilla de Santa Ana y sobre el escudo de Tudela. Siempre riguroso en su trabajo, cercano ante la solicitud de información, puntual en su ofrecimiento. Absolutamente atento y amable ante cualquier requerimiento. Esa fue mi experiencia en el trabajo con él.

Quedan presentes en mi memoria nuestras conversaciones durante su enfermedad, con un paralelismo que ni puedo ni quiero ocultar, respecto al proceso que vivió el que fue mi compañero de viaje durante tantos años, Jose Mary Lacarra. Ambos, Jose Mary y Julio, enfermaron de diferentes cánceres con una diferencia de pocos años. Ambos lo afrontaron con optimismo. Ambos parecieron actuar como si todo fuese a pasar pronto y una larga vida les esperase por delante. Ambos fueron a trabajar cada día con su mejor salud, con miradas de cariño, con ánimo de darlo todo en su puesto. Fue impresionante la paz y naturalidad con la que trabajaron durante esos últimos años de su vida.

Este ha sido un breve relato de esa intrahistoria que hace posible la historia. Una historia de trabajo por Tudela, que se ha visto refrendada mediante la donación que la familia de Julio hizo al ayuntamiento de buena parte de su rica biblioteca. Estas son algunas de las cuestiones por las que recuerdo a Julio con afecto y nostalgia. Es un honor para mí plasmarlas en un papel que contribuya a mantener viva su memoria.

Ana Figueras Castellano

Trabajadora de S.K.F. y Parlamentaria de Navarra (2003-2011)

Recuerdo a Julio Segura

Cuando me piden que escriba sobre un amigo que ha fallecido, me vienen a la memoria las cosas interesantes que me aportó. Julio es de esas personas con la que te encariñas inmediatamente. Lo conocí nada más llegar a Tudela por el año 74 del siglo pasado. Daba clases de Literatura en la ETI en nocturno. Las clases eran divertidas y eminen-

temente prácticas, porque la edad del alumnado permitía ciertas libertades que hacía que los comentarios de texto resultaran divertidos por la forma de enseñar y las ocurrencias que tenía. Y en el mismo curso impartía clase de Matemáticas un gran amigo suyo que, por azar de la vida, se convirtió en mi compañero durante 31 años.

Esta circunstancia hizo que frecuentara la casa de Julio y Ana casi todos los fines de semana. Me viene a la cabeza la que montamos un sábado por la tarde cuando me hice pasar por su mujer ante un médico de urgencias con apenas experiencia y recién aterrizado en Tudela, amigo de una persona de la cuadrilla. El galeno no sabía que hacer ante el numerito de mi aparente esposo que no hacía otra cosa que repetir lo fatal que estaba yo, pese a llevar el rimel en el ojo. Acabamos cenando todos juntos y con el nuevo médico girando el fonendoscopio y acordándose de nuestra madre.

Era la típica persona que hacía fácil la amistad. Tanto es así que al ser archivero del Ayuntamiento y persona dada a ayudar a quien lo solicitara, su casa se convertía en lugar de peregrinaje para todo político que deseara conocer, contrastar o simplemente pedir opinión de cualquier tema relacionado con la institución. Esa actitud suya, desprendida ante la vida, le costó más que un disgusto, y cabe recordar que todos sus amigos y personas que lo querían, no dudaron en hacerle un homenaje de reconocimiento por su trabajo y labor en el Archivo en momentos de cierta dificultad y cuando alguien intentó complicarle la vida.

Compartir ratos con Julio y su familia era una gozada, porque, sin faltarnos nunca algo de beber y de comer, siempre aprendíamos algo de los archivos, las iglesias o los pueblos que él visitaba. Lo mismo te amenizaba la noche cantando que tocando la cítara, que no estoy segura de si lo hacía bien o no, es lo de menos, él era un curioso incansable, un coleccionista de cosas bellas.

Sus amistades no tenían edad ni condición, se enrollaba con cualquiera y en cualquier sitio. Hay que recordar que su trabajo de archivero por el que tenía devoción lo compatibilizó durante bastante tiempo con la enseñanza. Así que salir con él significaba hacer mil paradas y en muchas ocasiones perderlo en el camino. Recuerdo unos sanfermines que fuimos las dos parejas a Pamplona y, como era una auténtica zarza y se paraba con todo el mundo, enseguida nos perdimos y como habíamos subido con su coche tuvimos que bajar en autobús a las 8 de la mañana siguiente sin dormir y helados de frío.

La suerte que tiene Julio es que sigue presente de diversas formas en nuestra ciudad. Las calles de Tudela le deben parte de la recuperación histórica de nombres y denominaciones de términos agrícolas. “Julio –le decía a veces–, será importante recuperar el nombre, pero alguno se las trae”. Siempre había una explicación y unas risas ante su empeño por recuperar esa parte historicista para la ciudad.

Con su enfermedad nos acabó dando una lección de valentía, de coraje y dignidad. Vivió hasta el final su vida lo más normalizada posible, sabiendo ofrecernos buenos ratos sin dar muestras de flaqueza; imagino que los malos se los reservaría para él.

Cuando recuerdo a las personas que han dejado huella en mí y que no están, quiero imaginar qué estarían leyendo, que música estarían escuchando, que viaje programarían si todavía estuvieran con nosotros. Porque compartir inquietudes, ilusiones o aficiones con los demás me hace más feliz, supone experimentar emociones con otras

personas que me enriquecen día a día. Estas vivencias conforman parte de mi vida y esta vida mía en estos momentos siente una amputación, un hueco enorme, porque me faltan estos amigos y compañero tan importantes. Para ellos mi recuerdo.

Nieves Munárriz Hernández / Jesús Roce Martínez

Auxiliares Técnicos de Archivo

Nos piden que escribamos sobre Julio nuestro jefe, maestro y sobre todo amigo. Fue la enseñanza la que propició nuestro primer encuentro, aunque no en las mismas circunstancias; a uno, en su academia Nova le impartió clases de latín y griego, y a otra, en el colegio de Jesuitas, donde la aleccionó en las artes escénicas (teatro) y en el que durante bastantes años impartió clases. “A ver si éste año apruebo COU”, solía decir con esa socarronería tan característica suya.

En el año 1980 nuestros caminos se juntaron cuando la Diputación Foral de Navarra, a través del Departamento de Cultura, concedió al Ayuntamiento de Tudela una subvención para iniciar la catalogación del Archivo de Protocolos de la Merindad de Tudela. Este archivo, ubicado en el edificio de Castel-Ruiz, estaba organizado por localidades de manera alfabética, y dentro de cada localidad por notarios cronológica y alfabéticamente también. Formamos parte de un equipo bajo la dirección de Julio, que inició ésta tarea y donde nos explicó y aleccionó en todo lo relativo al archivo de protocolos. Del volumen ingente de legajos existente, se priorizó la elaboración de fichas de notarios de Tudela del S. XVI. Nos sorprendió comprobar su apabullante habilidad para recordar fechas, nombres y pequeños detalles de nuestro pasado. De vez en cuando Julio nos planteaba excursiones, comida incluida, para conocer diferentes lugares donde nos instruía profundamente sobre el lugar visitado: Bardenas Reales, nacimiento del río Queiles, monasterios de Suso y de Yuso...

Posteriormente, el Ayuntamiento de Tudela procedió al desalojo del edificio de Castel-Ruiz para su rehabilitación y se nos encargó a este mismo equipo, el traslado de este archivo de protocolos a su nueva sede en el palacio del Marqués de San Adrián. Se numeraron los legajos y cajas que los contenían, se hizo el desmontaje y ulterior montaje de estanterías, colocación de tabloncillos debajo de ellas para nivelarlas; Fueron semanas de trabajo físico al que ninguno de nosotros estaba acostumbrado, asesorados por el Jefe de la Brigada Municipal Miguel Iñigo y el operario Jaime Buñuel cuya ayuda fue fundamental. Al finalizar el trabajo Julio –como no– encargó un asado al horno “Coscolín” al que dimos buena cuenta entre todos.

A finales de 1981 la Diputación Foral de Navarra encargó al Archivero Municipal la realización del Inventario de los Archivos Municipales de la Merindad de Tudela. Previo contacto con los diferentes Ayuntamientos, los secretarios nos indicaban el depósito de la documentación, para luego proceder a su inventario y ordenación. La tarea se dividía en dos apartados, primero lo que él denominaba la “tarea de campo” que consistía en la recogida y agrupación de la documentación, muy dispersa y posterior ordenación de la misma, y segundo, la tarea de despacho consistente en mecanografiar todos los datos. Esta la desarrollábamos en su casa. Nos acordamos especialmente de Felisa, que

trabajaba en ella, quien a media tarde, cuando Julio venía de dar clase en Jesuitas, nos servía un café acompañado de algo dulce, y el consabido cigarro. En invierno nos acompañaban sus suegros: Carmen e Isidro, éste liando sus cigarros nos contaba anécdotas de su juventud y de cuando era sastre en la calle Carnicerías de Tudela.

La última tarea consistía en llevar los inventarios al Monasterio de Nuestra Señora de la Caridad de Tulebras para su encuadernación, labor que realizaba M^a Pilar, y que siempre se oía de boca de Julio con tono jocoso: “Esto para ayer”. Nunca faltaba la repostería que se encargaba de llevar para endulzarles el trabajo

Durante los desplazamientos a las diferentes localidades, eran muy frecuentes las paradas para contarnos todo lo relativo a los lugares por donde pasábamos, como las excavaciones que llevó a cabo con alumnos de Jesuitas en Calchetas, etc. Una de las visitas culturales que más recordamos es la de la Iglesia de San Juan Bautista de Cintruénigo. De ella supimos sus medidas, iconografía e historia que conocía como la palma de su mano. El motivo de esta explicación tan exhaustiva fue porque en parte le sirvió para aprobar la asignatura de 5^o de carrera de Historia del Arte de la que tuvo que realizar un trabajo de investigación inédito. Según nos contaba, esta asignatura impartida por el Dr. Abad, fue el azote de muchos de su promoción que les impidió finalizar la licenciatura. Siempre nos dijo que tuvo la ayuda de su amigo y posterior compañero de trabajo, el delineante Joselo Catalán. Muchas veces le insistíamos que publicase todos sus conocimientos. Su respuesta era siempre la misma: una sonrisa. Julio, carente de afán de protagonismo y notoriedad, nos hacía caso omiso. No obstante, siempre en pro de la difusión de la historia y las costumbres de su ciudad, facilitaba a investigadores, o a cualquier otro ciudadano, todos los datos y hechos que él conocía aunque le “pisasen” posibles publicaciones.

Posteriormente hemos tenido la oportunidad de continuar nuestra relación de trabajo en el Archivo Municipal igual de aleccionadora y gratificante que siempre. Nuestra relación personal nunca la hubiéramos perdido con él. Han sido muchas las vivencias, anécdotas, y momentos con Julio. Queremos terminar con una frase en latín que nos dedicó en su último libro “Procesos”: “Quod amicitiae nostrae memoriam spero sempiternan goce”.

Julio muchas gracias por haber podido disfrutar de tus conocimientos y de tu amistad.

Javier López Ariztegui

Vicecanciller-Presidente del Consejo de Gobierno de la Universidad de Deusto

En memoria de Julio Segura

Julio es de esas personas que, una vez que la conoces, se instala en la amistad con una fidelidad imborrable. Todavía, y muy a menudo, le recuerdo presente. No pertenece al pasado. Está ligado no sólo a los paisajes tudelanos, a casi todos, ya que asoma detrás de cada rincón de la ciudad, sino que, sobre todo, pertenece a los paisajes del alma: sonrisa, interés sincero, calidad humana, conversación, entereza, honradez, generosidad, finos detalles, amistad, puertas abiertas...

Es mucho más que pergaminos por viejos que fueran y que Julio desentrañaba con increíble facilidad, mucho más que historia, mucho más que cultura, incluso, mucho más que una vida.

Te encuentras y, aunque sea de tanto en tanto, no hacen falta prólogos, vas directamente al fondo, donde están instalados los amigos verdaderos.

Julio me convocó a su despacho, casi al mediodía, había precedido una llamada telefónica: “quiero comentarte algo personalmente”. “Esto va muy en serio” me dije. Esas intuiciones... Me impresionó su serenidad, nada trágico, lúcido, sin aspaviento ninguno, directo, cercano. Saboreamos una vez más la amistad y la confianza. Tras una dura lucha y una espectacular recuperación, al cabo de dos años, una segunda llamada.

Julio era un amante de la vida en todas sus manifestaciones: la naturaleza, las personas, la cultura, el arte, la historia, la música, comprometido con la ciudad y sus gentes, lleno de iniciativas, trabajando en el archivo hasta el último día.

Recuerdo las clases que dábamos en el Colegio San Francisco Javier, del que él había sido también alumno. A veces, en nuestra clase de Historia de España, en los últimos cursos del bachillerato, juntábamos los grupos en un aula grande e impartíamos clase “al alimón” con comentarios desde dos puntos de vista... o los exámenes orales con tribunal solemne que ponían un poco nerviosos a nuestros alumnos. Creo que comunicamos algo, al menos pasión y cercanía. Pasión por el pasado y sobre todo por el presente y por el futuro que, al cabo, todo el tiempo es uno. Y pasión por las personas. Todo lo demás sobra.

Julio tenía el gusanillo de la enseñanza y es que lo que se vive se quiere comunicar. Después de su jornada en el Archivo venía, muchas veces sin comer, a dar sus clases de historia. Los maestros necesitan tomar el pulso de la vida y de las nuevas generaciones, dar y recibir. Traer el pasado y sus gentes, hacerlos hablar, involucrarlos en nuestra existencia, ampliar nuestro nivel de pensamiento, de interlocución y de sueños. Tudela es una ciudad habitada de mucha historia, de mucha vida y riqueza que no nos podemos perder.

Cuando caminas por las calles –y por las calles de tu existencia– muchas voces te llaman, si has cultivado la sensibilidad y has tenido la suerte de encontrar un maestro que te abra los ojos y los oídos, que te ha conducido al lugar preciso donde se descubre un rayo de luz o se puede oír el canto de un pájaro o se desvela un misterio. Eso es lo que quiso vivir Julio. Yo le vivo y le encuentro, con tantos amigos, en un presente constante y al tiempo sorprendente.

No hacen falta fotos para el recuerdo, bastan las imágenes del corazón. Es curioso, Julio aborrecía las fotos. Con todo, conservo algunas reliquias maravillosas en mis álbumes: un viaje a San Sebastián cerca del mar, las fiestas colegiales en las que todo el claustro solía disfrazarse. En una ocasión estábamos vestidos como en una boda y Julio, con sus barbas, ejercía de novia. Un espectáculo. Sigo recordándole con bigote, con barba, sin barba, hasta pintado en un cuadro de Benjamín de Tudela. Yo le veo siempre invariablemente joven de cuerpo y espíritu, jugando al fútbol, a caballo, en moto... incluso hasta el final, cuando ya no le daba el fuelle. Un espíritu de cuerpo entero.

Tuve el penoso honor de presidir su misa funeral, y le visité con nuestro común amigo Josemi dos días antes de su fallecimiento, en su casa, en un encuentro final que los tres agradecemos profundamente, sin drama añadido, dejando el protagonismo a la pura amistad y al afecto.

Revivimos las cenas en casa de Julio, con los finísimos detalles de Ana, su esposa. Eran totales, sin prisas, disfrutando la vida y el momento, celebrándola, con música de fondo, suave, de la buena música de la que Julio disfrutaba.

El retrato de Julio es de una pieza. Por supuesto, tanta luz tiene que tener alguna sombra. Muchas de nuestras mejores virtudes, miradas del revés, son nuestros mejores defectos. Bondad y fe en las personas que en su tanto puede resultar inocente, amistad tan entregada que quizá descuida algo lo propio, éxitos y optimismo que puede suscitar envidias, constancia y fidelidad en las creencias que puede dejarle a uno plantado en un lugar del que otros han huido a tiempo...

Son las sombras las que marcan el relieve y nos hacen humanos, y así es como nos quieren los que más nos quieren.

No contaré anécdotas, que para mí son sentimientos y son propios y no se pueden vivir de prestado. Cruzaos con él en cualquier esquina de Tudela a la que amó, en cualquier página de la historia que rescató para nuestro disfrute, reconocedle en sus mejores obras: en su familia, en sus alumnos, en sus amigos, en los compañeros del archivo... en todos los que hemos tenido y tenemos el privilegio de su amistad.

Enrique Mateo Sanz

Secretario del Ayuntamiento de Tudela

*Recordando a Julio Segura Moneo
(Arquivero Municipal de Tudela 1972-2009)*

Recientemente, en la celebración que venimos realizando con carácter anual los antiguos alumnos del colegio de Jesuitas de Tudela, coincidían todos los compañeros de curso en referirse a Julio como una buena persona, que tenía infinita paciencia con todos nosotros en las lógicas travesuras y comportamientos a veces inadecuados de jóvenes de aquella época.

Ese fue mi primer contacto con Julio, en el colegio de Jesuitas de Tudela en el que impartía clases como profesor de Literatura. Ya en aquellos momentos en lo personal tuvimos una especial relación, pues recuerdo que además seleccionó una de mis redacciones para un certamen que se celebraba por aquél entonces a nivel nacional.

La cercanía con los alumnos y el apoyo permanente eran las actitudes habituales de Julio en las clases y fuera de ellas, participando junto a sus alumnos en un buen número de actividades extraescolares (a modo anecdótico se acompañan algunas fotos en las que se le ve participando en la organización de una obra de teatro). Tanto sus clases como el contacto personal con él se caracterizaban siempre por la cercanía y rigor en sus explicaciones, que conjugaba con una permanente comprensión hacia sus alumnos.

Las distintas trayectorias que posteriormente llevamos cada uno hicieron que casi veinte años después volviéramos a coincidir con ocasión de mi incorporación al Ayuntamiento de Tudela en el año 1992. A partir de entonces comenzó en lo personal una estrecha relación de amistad, que se vio acompañada de una cercana relación profesional dada la permanente predisposición de Julio a colaborar y ayudar en cualquier tarea o trabajo que se le comentase o encomendase.

En lo personal esa amistad no hizo sino reafirmarse a lo largo de los años, especialmente cuando más apoyo y calidez humana queríamos transmitirle cuantos le apreciábamos en los momentos difíciles que le tocó vivir, haciendo frente a su enfermedad y sobre todo cuando era consciente ya de la irreversibilidad de la situación.

Fue en esos meses anteriores a su muerte cuando todas esas impresiones y apreciaciones se pusieron si cabe más de relieve, pues con su actitud y dignidad de comportamiento no hizo sino dar ejemplo tanto en lo personal hacia sus amigos y familia, como en lo profesional hacia sus compañeros y al propio Archivo Municipal.

En esta faceta personal, que trato de resumir desde mi propia apreciación, poco más me queda destacar, más allá de decir que era amigo de sus amigos, generoso en la ayuda y con un permanente afán de servicio, sin olvidar el amor por su familia, Ana y sus hijos, que tan cerca de él estuvieron en todo momento y cuya compañía y cariño seguro que tuvo mucho que ver en el ejemplo que nos dio a la hora de hacer frente a su enfermedad.

Ya en el ámbito profesional, probablemente existirán otros testimonios más cualificados sobre su trayectoria al frente del Archivo Municipal, pero me siento en la obligación cuando menos de hacer referencia a alguno de los aspectos que me parece deben destacarse.

En primer lugar creo que la gran virtud de Julio con respecto al Archivo Municipal fue la de querer desde el primer momento abrirlo a la sociedad, hacerlo más accesible, acostumbrado como se estaba a que los legajos, pergaminos y demás documentación que conformaban los distintos archivos se consideraran poco menos como reliquias del pasado que sólo interesaban a los estudiosos e historiadores.

Esa labor, y la divulgación y promoción que se ha venido efectuando durante todos estos años, ha permitido que numerosas personas hayan tenido acceso a un ingente número de documentos y reseñas históricas, que nos facilita hoy en día conocer mejor nuestro pasado más inmediato y valorar con una mejor perspectiva los acontecimientos más destacados que vivió nuestra comunidad. La cercanía y el interés con que Julio atendía a todo el que se acercaba al Archivo Municipal contribuyeron sin duda a ello.

Pero no sólo eso, sino también su preocupación por modernizar y dotar con medios adecuados el Archivo Municipal, ha sido otra de las líneas de actuación prioritaria de Julio a lo largo de su trayectoria como Archivero. La labor de microfilmación y digitalización de fondos documentales del archivo histórico, especialmente en la década 1998-2008, con el trabajo previo de organización, ordenación y numeración; la informatización de los distintos procesos de archivo y la normalización de descripción conforme a normas homogeneizadas; o la aprobación del Reglamento del Archivo Municipal y de su Cuadro de Clasificación, son algunas de las muestras significativas del ingente trabajo realizado en esa dirección.

Todo ello ha llevado a conseguir una importancia y destacado nivel del Archivo de Tudela, que lo ha colocado como referente provincial y nacional en muchas de sus actuaciones, y que se ha visto también correspondido con la confianza y reconocimiento que representa la entrega al mismo de una serie de depósitos documentales para su custodia, como es el caso del Archivo Fotográfico de Nicolás Salinas, la Biblioteca y Archivo de los Marqueses de San Adrián, Archivo del Marqués de Huarte, Hemeroteca

de José Ángel Pérez Nievas, Archivo y Biblioteca de la Real Sociedad de Amigos del País, Archivo del Hospital la Milagrosa y de la Real Casa de Misericordia, etc.

El propio Julio, dando ejemplo de generosidad y coherencia en lo que tanto luchó por conseguir, llevó a cabo una más de esas acciones propias de él, donar toda su colección bibliográfica a su Ciudad para que pudiera ser consultada en el que ha sido su lugar permanente de trabajo, el Archivo Municipal.

La pasión por Tudela y sus gentes la cultivó a través de un considerable número de colaboraciones y estudios sobre su Ciudad, así como en el trabajo realizado sobre diverso patrimonio documental existente en Tudela, como es el caso del Archivo Diocesano, al que prestó su especial apoyo tras el traslado al remozado Palacio Decanal, o los trabajos que se han venido realizando también en los fondos históricos relacionados con el Archivo de Bardenas Reales de Navarra.

En definitiva un importante legado y ejemplo que Julio deja para las generaciones futuras y que es obligado reconocer, pues además hasta los últimos días se sintió en la responsabilidad de finalizar las tareas más importantes en que estaba involucrado, en una muestra más de su profesionalidad y dedicación a la labor que ha sido la pasión de su vida, tal y como lo reconoció su viuda Ana en el merecido acto de agradecimiento que el Ayuntamiento de Tudela tributó a Julio el 10 de julio de 2009, tres meses después de su fallecimiento, por la donación de su colección bibliográfica a su Ciudad.

Las palabras de Ana en ese sencillo homenaje, creo que glosan a la perfección la forma de ser de Julio y el sentimiento hacia su trabajo, *“Julio nunca hizo gala de su saber, pero yo, que tengo el lujo de haber compartido 43 años con él, sé que Tudela, plasmada en sus archivos, tiene una labor histórica en la que invirtió horas de entrega y amor. Por otra parte, Tudela y su archivo hicieron que Julio gozara de su trabajo durante 37 años”*.

¡Que mejor testimonio para guardar vivo el recuerdo de Julio a través de su trabajo!

Alfonso Verdoy Blanco

Profesor de Filosofía de Enseñanza Media

Julio Segura: una lección de vida

Conocí a Julio cuando él tendría unos trece años, un día ventoso en el que llevaba con penosos esfuerzos el estandarte del rosario de la aurora, allá por un mes de mayo de los años cincuenta. Nos hizo gracia su decisión y desparpajo, características que nunca le abandonaron y que le llevaron a disfrutar siempre con buen humor, lo mismo en una comida de amigos que en una fiesta, sin importarle realizar alguna chirigota con quienes compartía su amistad.

Más tarde tuve continuos contactos con él por motivos culturales, entre los que destacaría un curso para adultos que él impartió sobre la historia de nuestra ciudad, y la supervisión en el rodaje de unos cortos sobre la Tudela sefardí, en uno de los cuales actuó como intérprete. El amor que siempre tuvo por el pasado de nuestro pueblo le llevó igualmente a participar como actor en un drama sobre Sancho VII que escribió Jesús Romé, y que se representó junto a la iglesia de la Magdalena durante cuatro noches, al principio de los años noventa. También se preocupó de organizar homenajes a tudelanos de reconocido

prestigio en el terreno del arte y de la cultura, siendo el último el de Fernando Remacha, al que asistió pese a sentir en sus propias carnes que su final estaba muy próximo.

El puesto de archivero que consiguió coincidía plenamente con su vocación, por lo que más que un trabajo fue su propia realización personal y el punto de mira desde el que consideró la vida. Tomó conciencia plena de su importante función, nada menos que ser el guardián de la historia de Tudela, mantenerla pulcra y preparada para que en el futuro estuviera siempre a disposición de quien lo requiriera. Se dio cuenta de que su ocupación tenía un carácter trascendental, que exigía emplear todas sus fuerzas y el máximo respeto. Por eso centró en ella todos los momentos de su vivir y se identificó plenamente con su trabajo.

No sólo puso ilusión y esfuerzo en lo que fue su verdadera vocación, sino también como profesor en el colegio de Jesuitas durante unos cuantos años; allí supo transmitir a sus alumnas y alumnos el amor por la Historia y la alegría por el momento presente, pues su carácter fue siempre alegre y sincero, aun cuando supo que la muerte, a la que miró de frente, con gallardía y sin desesperación, le tenía cercado sin posibilidad de escapar.

Archivero de profesión y vocación, trató a su vida con el orden detallista y preciso del que sabe que, igual que los documentos, encierra un mensaje único y valioso que no debe perderse en el olvido. Lo hacía con sumo desvelo, ya que como profesional sabía que se necesita tener los archivos siempre a mano para repasarlos a menudo y reflexionar sobre su contenido, pues aunque estén cerrados no están comprendidos por completo, sino que se entenderán del todo más tarde, quizá nunca. Ése es el misterio de la vida. Por eso el tiempo y la historia nos permiten ir profundizando más y más en los legajos y en las personas desaparecidas

Y es que los mensajes y las personas no sólo transmiten lo que en ellos se lee o lo que en ellas se ve, sino sobre todo lo que entre líneas insinúan, lo que sin pretenderlo sugieren; porque ambos, mensajes y personas, son un pozo insondable del que apenas nos es dado contemplar más que la superficie. Quién sabe si es necesario cerrar los archivos y que las personas mueran para que empecemos a descubrirlas de verdad.

Acudió a su trabajo mientras tuvo fuerzas, hasta unos días antes de cerrar los ojos. Y es que estaba ordenando su obra, la del Archivo y la suya propia, para que se conservara con todo detalle. Así que tendremos que echar un vistazo a su particular carpeta y abrirla de vez en cuando; recordaremos, entre otras muchas cosas, su amor por la vida, la generosidad de su vocación y su bizarría ante la adversidad. Lo iremos descubriendo poco a poco, y podremos aprender tan magistral lección. Hasta siempre, Julio.

José Francisco González de Castejón y Hernández

Marqués de Velamazán

Mis inicios fueron con su tío, canónigo archivero de la catedral, Rvdo. Julio Segura Miranda, de vasta cultura, trato sencillo y amable.

Para enlazar la historia, debo remontarme en el tiempo contando brevemente el devenir histórico de mi familia: los González de Castejón, instalados en la villa de Agreda (Soria), aunque con una relación continua con la ribera navarra. En el siglo XVIII se

aposentan definitivamente en Tudela, sin mácula hasta mi progenitor, que une por su madre otro apellido notable en la historia navarra: Gaytán de Ayala.

Mi padre, encontrándose debilitado, me plantea su intención de aposentarse de nuevo en Tudela, su ciudad de origen, primeros estudios y juventud, donde desea morir y ser enterrado. En continuas visitas voy entrando en la vida de esta ciudad, siendo en 1978 con motivo de las celebraciones del bicentenario de la Sociedad Tudelana de Amigos del País, cuando establezco una mayor relación de intercambio cultural con Julio Segura Moneo.

Este conocimiento se afianzó en el año 1983; muerto mi padre acudo a un homenaje que la Marina de Guerra española celebra en Tudela en la figura de mi antepasado D. Pedro González de Castejón y Salazar, hijo insigne de la ciudad, Teniente General y Ministro de Marina en el reinado de Carlos III, en uno de los momentos más gloriosos de nuestra Armada. La lápida conmemorativa colocada en su residencia, le denomina siguiendo el léxico de la época “Secretario de Estado y de Derecho Universal de la Marina”, es decir reitero: Ministro de Marina, lo que para el pueblo le degrada hoy al considerarle simple secretario.

Este homenaje y la circunstancia recién referida me llevó a escribir una biografía de éste mi pariente con frecuentes visitas al archivo tuledano que va afianzando la incipiente amistad con Julio.

De nuestras numerosas conversaciones, surge una nueva idea: aprovechar los libros y documentación heredada de mi antecesor D. Felipe González de Castejón y Tovar, promotor y primer director de la Real Sociedad Tudelana de Amigos del País, para escribir un libro sobre este organismo. Julio ofreció su ayuda complementaria dado que había sido el objeto de su tesina. Tuvimos un amplio intercambio intelectual tanto en su despacho como de sobremesa en el restaurante Iruña. Julio me pidió que si el libro se editaba, llevara en la portada la estampa de la época que tenía en su despacho, proveniente de la casa de Magallón, por lo que me mandó una foto.

El libro esta escrito, posteriormente corregido en parte para hacerlo más asequible al lector actual, añadiéndose algunos capítulos, permanece inédito en espera de mejores tiempos.

Rafael Manero Francés

Licenciado en Medicina

Una rosa blanca para Julio

Nació para ser archivero de la Ciudad de Tudela; para que nuestra historia tuviera quien la guardara y la contara con entusiasmo, con humor y con rigor científico. Todo nuestro pasado estuvo en sus manos, que acariciaron con mimo lomos de preciosos incunables; en sus ojos, que supieron descifrar el enigma de pergaminos antiquísimos; en sus labios, que acertaron a contar, con chispeante gracejo, con casticismo de buena ley, las peripecias y quisicosas de nuestros antepasados, observados por él minuciosamente en su grande y en su pequeña historia. Daba la impresión de que él era la reencarnación de ilustres personajes tudelanos, venidos de edades remotas. Los pintores supieron verlo así en su rostro, al tomarlo como modelo de sus retratos históricos. Los que tuvimos la suerte de callejear con él, sin rumbo, por el casco antiguo de la ciudad,

lo adivinábamos en la forma con que nos hacía sentir la emoción ante el misterio de los antiguos palacios, de las plazas y rincones del viejo Tudela.

Con él, lo que fue un archivo atestado de legajos y mamotretos, sometidos a las inclemencias del paso del tiempo, se convirtió en un moderno, aséptico e informatizado espacio, en el que duerme confortablemente nuestra Historia, bajo una rigurosa vigilancia de constantes de humedad y temperatura adecuadas, con la pretensión de que los documentos, así guardados, duren eternamente.

Pero, siendo muy importante toda esta actividad suya como archivero, lo que más nos conmueve, al evocar su recuerdo, es su calidad humana, el calor de su amistad, su permanente y contenida sonrisa, el magnífico tono vital, que contagiaba a sus colaboradores del archivo, su fidelidad de amigo, la finura con que era capaz de mostrar sus sentimientos hacia las personas, aún en las más adversas circunstancias.

Ahora que Julio ya forma parte de un pasado memorable, nos damos cuenta de que se ha convertido él mismo en un preciosísimo e ilustre documento de su propio archivo. Y somos nosotros los que, mientras vivamos, vamos a cuidar los grados de temperatura y humedad de nuestro afecto, para que, perfectamente conservado, su recuerdo nos alegre un poco la vida y nos consuele de su muerte

Personas jóvenes, que tal vez no lo conocieron, vendrán al Archivo a preguntar por trabajos suyos. Ya no será él quien busque, sino que él será el buscado. Sus escritos, saliendo del fondo de los anaqueles o en un parpadeo de la pantalla del ordenador, tendrán, para ese desconocido estudioso, el empaque, un poco envarado, característico de la letra impresa. Y será Don Julio Segura Moneo, archivero que fue de la ciudad de Tudela, quien lo ilustre sobre esto, lo otro y lo de más allá. ¡Don Julio!, riguroso conocedor de nuestro pasado, con su saber y su visión de nuestra historia, adquiridos tras minuciosas investigaciones y descubrimientos, celosamente atesorados en sus ficheros. Ilustre entre los Ilustres, Julio se ha convertido ya en autoridad. Las páginas escritas por él tendrán esa resonancia distante de lo erudito, pero ¿quién adivinará tras ellas su sonrisa, su humor travieso, la cordialidad de su gesto, la agudeza de sus ocurrencias? ¡Julio, Julio! Aquellas memorables cenas en el Lechuguero, el entusiasmo con que cantabas en el Coro de Tudela aquel coral de Bach, la finura de espíritu que te impulsó a escoger aquel “Adagio cantabile” de Beethoven, para celebrar tu boda con Ana en las Siervas de Burlada... ¿Quién podrá sospechar que, tras todo tu legado de Archivero laborioso, palpita tu humanidad cordial, tu humor, bueno entre los buenos, sometido al fin a la suprema prueba de tu última enfermedad? Yo quisiera dejar aquí estas líneas que te escribo, como quien deja una rosa entre las páginas de un libro precioso.

Una rosa blanca, como aquella del poeta cubano José Martí:

“Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca...”

Vaya pues, para el inolvidable amigo, este recuerdo mío, cultivado como esa “rosa blanca” del poema.

Julio Segura Pérez / Nuria García Landa

sus hijos

Te apetece escribir unas líneas sobre tu padre? Por supuesto, no hay día que no me acuerde de él.

Me vienen muchos recuerdos, momentos, experiencias, consejos, formas de actuar en las que yo me baso, para intentar parecerme un poquito a mi padre, a veces queriendo y otras sin darme cuenta.

Me vienen a la cabeza momentos, que aunque hubiera mucha gente, yo los sentía, como si solo estuviéramos viviéndolos mi padre y yo. Y otros en los que físicamente estábamos solos el y yo.

De los mejores recuerdos que tengo de él, y en el que creo que se refleja la verdadera personalidad de mi padre, en todos los aspectos, es el que tengo en mi memoria y que recuerdo con mas frecuencia.

Es el recuerdo de ir a montar a caballo los domingos por la mañana.

Yo tendría 12 años, y ese ratito de 9 a 12, era para nosotros dos.

Mi padre y yo salíamos a montar a caballo. Al principio me decía, “sujeta tu caballo que ahora vuelvo”. Le metía un taconazo repentino al caballo, y aquello era una locura, el caballo y él, arrancaban como una exhalación, salían a galope tendido, daba igual lo que tuviera por delante, subía y bajaba pequeños montículos, iba, venía, lo perdía de vista y de repente me aparecía por detrás. “estos dos están como un cencerro” pensaba yo.

Mi padre necesitaba expansionarse, y así lo fue toda su vida, necesitaba sus momentos, daba igual con el caballo, que con el coche por las Bardenas, que con el balón.

Después de expansionarse se ponía a mi lado y cuando cesaban los síntomas de fatiga de esos dos locos, el silencio era precioso, se oían las pisadas de los caballos y el silencio. Era el momento de reflexión de mi padre.

Después venía nuestro momento juntos, ese momento en el que yo, a mi edad, intentaba meterme un poquito en su mundo haciéndole preguntas de adulto, y él me preguntaba sobre mi vida, muchas veces por ver cómo estaba y otras veces por otras inquietudes.

Estos momentos que en la adolescencia se pierden, y vuelven cuando eres adulto. Son estos momentos los que más echo de menos.

Justo cuando hacía poquito que empezaba a conocer a mi padre a base de conversaciones largas, llamadas y preguntas, justo en ese momento..., se me fue.

Esta es otra de las virtudes de mi padre. Era un conversador excelente. Era de las personas que se ponen a hablar, y da gusto. No aprovechaba tu conversación para meter en medio sus hazañas o alardear de lo que había conseguido, sin venir a cuento. Hablaba de cualquier cosa, escuchaba con atención y generalmente, siempre tenía al final un enfoque cultural. De una conversación con mi padre, siempre se aprendía algo.

Una de las cosas que yo envidio de mi padre y que nunca tendré, es su nivel cultural. Mira que insistió, por que cabezoncico era, pero no lo consiguió. No se si es personal o generacional, pero yo creo que pocos tienen esa capacidad. Yo no necesitaba una enciclopedia, tenía a mi padre.

Yo solo he conocido a dos personas que tuvieran esa capacidad cultural y ese involucrarse por la sociedad, seguramente por la generación que les tocó vivir. Pero si hoy en día hubiera más gente como ellos...

Cuando hablaba, no era para arreglar el país, que también, era por que iba en su personalidad, le gustaba comentar todas las noticias del periódico.

Y no es que mi padre supiera de todo, es que estaba constantemente aprendiendo de todo. Mi padre me dijo una vez que hay que utilizar 6 sentidos, hay que empaparse de la vida, todo lo que se pueda y más. Desde su enfermedad, yo creo que usaba 10.

A nivel profesional, yo no lo conocía tanto, los de su entorno podrán hablar de él, pero lo que sí sé, es que aunque tuviera la oportunidad de publicar cosas, o llevarse medallas, no lo hacía. Se quedaba en un segundo plano y prestaba todos sus conocimientos a toda persona que los necesitara. El quería pasar inadvertido, trabajaba en la sombra.

Eso también me lo enseñó, aunque es difícil no esperar el reconocimiento a un trabajo bien hecho.

Otra faceta de mi padre y que poca gente sabrá es que era un romántico. Un día nos fuimos a Reinoso y visitamos el nacedero del Río Ebro en Fontibre, el agua sale de debajo de unas piedras, y hace un charquito que va empezando a caer por la ladera. Cual fue la sorpresa de mi madre, mi hermano y mía, cuando en un momento de despiste, le cazamos agachado en el charco, cogiendo agua con sus manos y llevándosela a la cara. Ninguno dijimos nada, fue un sentimiento que en el momento nos dio risa, pero que luego lo supimos interpretar. Y fue un momento que el quiso solo para él, lo hizo cuando nosotros ya pasamos de largo.

De todas maneras, recuerdos de mi padre tengo todos, pero ahí van unos cuantos a lo loco:

Era el hombre-agenda electrónica, qué risa, ya podías buscar cualquier teléfono, que te decía, “espera, espera, que ahora mismo te lo doy, que lo tengo en la agenda”, y al ratito decía “pues se ha debido borrar, lo tenía, eh, lo tenía”.

Le encantaban todos los adelantos técnicos, se compraba lo último en ordenadores y accesorios.

También le gustaba la juerga, como no, tocaba la guitarra y la bandurria, y era fenomenal para amenizar una noche de amigos, y dirigir canciones a capella haciendo en el centro del corro todo tipo de acrobacias y cosas extrañas, que terminaban por provocar la risa de todo el que estuviera alrededor.

Bromista también era, más de uno de los que le invitaban a cenar a su casa, ha llegado la hora de irse a dormir, y se ha encontrado dentro de la cama una sartén o cosas mas extrañas.

Por todo esto, ¿te apetece escribir unas líneas sobre tu padre? Por supuesto.

Nos vemos Julián.

Siempre

Por fin estoy ante un folio en blanco. He temido que llegara este momento. La razón no es otra que: ¿cómo plasmar en unas cuántas líneas la gran personalidad de Julio y el

efecto que provocaba a su paso sobre los demás, sobre todos lo que tuvimos la suerte de conocerlo en la cercanía?

Lo más fascinante de Julio era la pasión que dominaba sus actos, siempre ponía un trocito de su alma en cualquier aventura en la que se embarcaba; y así lograba arrastrar consigo a los de su alrededor. Esa misma pasión le llevó a convertirse en una especie de... legajo o papiro como los que él descifraba, en uno de esos libros antiguos que él conservó con tanto mimo, un libro primorosamente encuadernado con tapas duras de cuero, con hojas de pergamino, y con la letra espigada, esmerada a la par que ilegible para los no avezados, reservada su lectura sólo para unos pocos elegidos.

La cantidad de veces que, con el teléfono ya en la mano, he deseado llamarle para escuchar su voz pausada narrándome todas esas historias de grandes personajes, o de héroes anónimos, todos esos pequeños secretos y recovecos de la historia que conforman las entrañas de una ciudad.

Ante todo, Julio era un excelente narrador, un sublime conversador, que conseguía acercar la Historia a cualquier persona y que hacía, de compartir su sabiduría, todo un arte. Eso sí, sin alardes; pues era de naturaleza generosa, pero de una generosidad sincera.

A menudo lo recuerdo riéndose del mundo, de sí mismo. Recuerdo ese genial humor con sus bromas, con su bandurria, con su superagenda electrónica, con las chirigotas de Cádiz, con sus paseos por las Bardenas, con su (y nuestra) querida perra Neska, con sus despistes *–hoy me pongo un zapato de cada color, mañana me voy a la calle en zapatillas–*...

Quizás la idea que más me baila en la cabeza, y supongo que también en la de Ana y la de tus hijos, es que todo esto no lo hayas podido compartir con tus nietos. Sin embargo, estoy convencida de que tan vivo como estás en nuestra memoria, vivirás y permanecerás a través de ellos, de Irene, Daniel y Nicolás. Siempre.

PD: Me debes una visita por los tejados de Tudela. Siempre me la deberás.

Juan José Martinena Ruiz

Director jubilado del Archivo Real y General de Navarra

Julio Segura en mi recuerdo

El 5 de abril de 2009 fallecía en su querida Tudela mi amigo y compañero Julio Segura, archivero municipal de la ciudad ribera durante treinta y siete años. Conocí a Julio en 1973, cuando ambos iniciábamos nuestra andadura profesional, él en el que sería su lugar de trabajo durante el resto de su vida y yo en el Archivo General de Navarra, que entonces era más conocido como el Archivo de la Diputación y que en aquella época dirigía con toda competencia mi antecesor Florencio Idoate. Don Florencio había conocido y tratado al tío de Julio, que fue en su día canónigo archivero de la seo tudelana, y avalado por ese antecedente, él solía venir algunas veces por el Archivo, donde siempre fue bien recibido, a contarle cómo iba dando sus primeros pasos en la profesión y a consultarle algunas dudas. En una de aquellas visitas me lo presentó, y a partir de entonces, sobre todo desde que en 1985 le sucedí a Idoate en la dirección del

Archivo, mantuvimos siempre una excelente relación profesional y personal. Entre los proyectos en cuya gestión tuvimos ocasión de colaborar, cabría citar la instalación del Archivo Municipal en el rehabilitado palacio barroco que hoy le sirve de sede, y toda una serie de trabajos de organización de fondos documentales, impulsados por él, que se llevaron a cabo con la ayuda económica del Gobierno de Navarra.

Desde mi perspectiva de colega y compañero, solo puedo decir de Julio que en su larga trayectoria ha sido un archivero ejemplar. Tanto en todo lo referente a la organización y descripción de la rica y variada documentación confiada a su cuidado, como en la atención y asesoramiento a cuantos acudían al Archivo, cuya modernización se debe a su labor, constante y callada, y a su entrega profesional. Como escribió acertadamente Enrique Mateo, secretario del Ayuntamiento, en una sentida semblanza necrológica que publicó en Diario de Navarra, Julio “era una referencia en todo lo que tuviera que ver con la historia de su ciudad y los documentos en los que ésta se refleja, que él se cuidaba de mimar y conservar con la más sincera de las pasiones”.

Hay que decir que por ser bien conocidas su competencia y su laboriosidad, aparte de su cargo de archivero municipal, Julio desempeñó también con eficacia y acierto otros puestos de responsabilidad, como los de jefe del Área de Cultura del Ayuntamiento y director del Museo de Tudela.

Sencillo y trabajador, cordial y cercano, no olvidó esas buenas cualidades ni cuando fue designado jefe del gabinete de Javier Otano, el tiempo en que éste ocupó la Presidencia del Gobierno de Navarra. Por diversas circunstancias fue aquel un período más breve de lo que esperábamos; pero mientras duró, la puerta de su despacho la encontré siempre abierta y en todo momento me atendió con la mejor disposición. Sentí mucho su marcha, aparte de por el aprecio que le tenía en el plano personal, porque hubiéramos podido colaborar en unas cuantas cosas dentro del ámbito profesional. Una de las primeras de que hablamos entonces fue la de seguir la pista de los papeles que existen en la abadía de Silos, que pertenecieron al erudito monje benedictino P. Liciniano Sáez, quien a finales del siglo XVIII organizó el archivo de la antigua Cámara de Comptos, entre los cuáles sabíamos que había algunos de gran interés para el Archivo de Navarra.

En los últimos años volvimos a coincidir y a vernos más a menudo con motivo de la creación de la Asociación de Archiveros de Navarra. Desde el primer momento Julio se involucró en aquel proyecto y formó parte conmigo y con otros compañeros de la primera junta directiva, en la que aceptó la tarea de encargarse de la tesorería. En aquellas reuniones, a las que tenía que desplazarse desde Tudela, dejó acreditada una vez más su dedicación y su competencia.

Pero aparte de todo esto y de su ejemplar hoja de servicios, a mí personalmente me impresionó la enorme dignidad y entereza con que supo sobrellevar la enfermedad, incluso en los momentos más graves y dolorosos. Hasta los últimos días, mientras se lo permitió su precario estado de salud, acudió a atender su trabajo en el Archivo Municipal. Al final, cuando ya sabía y había aceptado la dura realidad de que lo suyo era irreversible, todavía se preocupó de dar a sus compañeros instrucciones precisas para proseguir las tareas que faltaban por terminar.

Generoso y amante de Tudela, de sus monumentos, de sus tradiciones y de sus gentes, poco antes de su muerte donó su valiosa biblioteca al Archivo Municipal. Una de

las cosas que hice en mi último año al frente del Archivo de Navarra fue ir a su casa para revisar algunos documentos y papeles que había ido adquiriendo a título particular, para aconsejar a Ana, su viuda, sobre su interés histórico y posible destino. Y me consta que ella, interpretando la voluntad de su marido, los cedió también al mismo archivo.

El funeral de Julio en la iglesia de los Jesuitas, de cuyo colegio había sido profesor, fue de los más concurridos que recuerdo. Allí asistimos a darle nuestra emocionada despedida en un último homenaje, numerosos archiveros, no sólo de nuestra Comunidad Foral –se puede decir que acudió el gremio entero–, sino también de otras provincias.

Para quienes fuimos sus compañeros y amigos, lo mismo que para todos los que tuvieron la suerte de conocerlo y tratarlo, Julio permanecerá siempre en nuestro corazón y en nuestro recuerdo.

José Luis Molins Muñeta

Archivero Municipal de Pamplona (1975-2010)

El fallecimiento de Julio Segura, ocurrido en Tudela, el domingo 5 de abril de 2009, daba ocasión a inmediatas manifestaciones orales o escritas, difundidas en medios de comunicación, en las que se aunaban el pesar por el desenlace –no por esperado menos triste–, con la ponderación de sus cualidades personales y realizaciones profesionales alcanzadas.

Una enumeración lacónica habría de incluir en su perfil, entre otros, los conceptos de fortaleza de espíritu –manifiesta siempre, pero singularmente al final–, alegría de carácter, benévola socarronería, humildad contrapuesta a cualquier vanidad, no aceptación de personas, generosa amistad... En lo profesional, y sin pretensión exhaustiva, la capacidad de esfuerzo para alcanzar metas, la curiosidad analítica y la apertura a mejoras y novedades tecnológicas.

Coincidimos, Julio y quien estas líneas suscribe, en formación académica, la antigua Filosofía y Letras, especialidad de Historia, cursada por él en la Universidad de Zaragoza, y por mí, en la de Navarra. También en el tiempo, pues éramos coetáneos, de 1945, con pocos meses de diferencia. Y sobre todo, en el oficio servido, archiveros municipales ambos, él en Tudela (1972) y yo en Pamplona (1975): en síntesis, una muestra en tono menor de vidas paralelas, Plutarco en versión foral de la Ribera y de la Cuenca.

En la Navarra de los años setenta del pasado siglo, el panorama archivístico era bastante malo, en lo que a dotación de personal técnico se refiere. El Archivo General constituía, como hoy, un centro de referencia, bajo la prestigiosa égida de Florencio Idoate, secundado por Javier Baleztena y Juan José Martinena, entre otros empleados. La presencia técnica del Estado se limitaba al Archivo de Hacienda, en la persona de la facultativa María Dolores de la Infiesta. Goñi Gaztambide –Don José– disfrutaba de un más que justificado y bien ganado reconocimiento al frente del Archivo de la Catedral de Pamplona. Faltaban por llegar don José Luis Sales y don Isidoro Ursúa al Diocesano; y ni el Parlamento ni la Universidad Pública de Navarra disponían de archivistas, por la simple razón de que ambas instituciones todavía no se habían fundado. El variopinto mundo municipal no contaba con otros archiveros que los de Pamplona y Tudela.

Alguna vez los del oficio hemos comparado aquel paisaje con el que ofrecen algunas poblaciones de la vieja Toscana. Caso, por ejemplo, de San Gimignano, población en la que varias y conspicuas torres, en tiempos propiedad de antiguos y belicosos linajes urbanos, todavía hoy parecen contemplarse unas a otras con ánimo receloso.

La creciente complejidad y volumen de los procesos administrativos, así como la implantación de nuevas tecnologías, han ido imponiendo la necesidad de emprender acciones racionales, científicamente consideradas, para la organización de los documentos. Sobre todo, en ayuntamientos y concejos, porque, dada la multiplicidad de trámites en la administración local, tan próxima al ciudadano, su consiguiente muy variada tipología documental, la perentoriedad de plazos y el acumulo de expedientes, los municipios constituyen la primera línea y la trinchera de la práctica archivística. Es evidente que estas actuaciones deben acometerse desde la cooperación intelectual de los implicados en los procedimientos. Julio Segura vio claro desde un primer momento esta urgencia y, en consecuencia, a lo largo de su andadura profesional ha venido estimulando y participando en todas y cada una de las diligencias que se han considerado convenientes. Así, la redacción colectiva del *Cuadro de Clasificación para los Archivos Municipales y Concejiles de Navarra*⁴⁴, editado por el Departamento de Administración Local del Gobierno de Navarra, en 2000. La creación de la Asociación de Archiveros de Navarra, de la que fue socio fundador y de cuya primera junta de gobierno formó parte como Tesorero (le recordamos “subiendo” a Pamplona para participar en las reuniones, en los últimos tiempos ya enfermo, siempre alegre y obsequioso). También, el impulso de la *Ley Foral de Archivos y Documentos*⁴⁵, marco legal imprescindible para la orientación del sistema.

Consciente de que resulta ineludible practicar una formación continua, Julio se integró hace años en la Mesa de Trabajo de Archivos de la Administración Local, prestigioso foro de análisis y debate para la posterior publicación de los resultados acordados, sobre los aspectos más apremiantes en trámites documentales de ayuntamientos y diputaciones.

En diferentes momentos utilizó la imprenta para difundir sus conocimientos técnicos así como las investigaciones de índole histórica que le ocupaban, a distintos niveles y sin desdeñar ediciones de alcance local, pulsando así tanto las teclas de la investigación como las de la difusión cultural, siempre necesaria. Unas veces en obras de señalado formato y autoría colectiva⁴⁶; otras, en colaboración reducida⁴⁷; y finalmente, algunas bajo responsa-

44. *Cuadro de Clasificación para los Archivos Municipales y Concejiles de Navarra* / Equipo redactor: Luis Javier Fortún, Ana Dolores Hueso, Juan José Martinena, José Luis Molins, María Carmen Munárriz, Javier Sáez de Jáuregui y Julio Ramón Segura.-Pamplona: Gobierno de Navarra, Departamento de Administración Local, 2000; (“Cuadernos de Administración Local”, 18)

45. *Ley Foral 12/2007, de 4 de abril, de Archivos y Documentos* (BON. 48, de 18 abril de 2007)

46. *Casas Consistoriales de Navarra* / Francisco Miranda, José Luis Molins, Julio Segura, Juan Cruz Labeaga, Emilio Castillejo. Pamplona Gobierno de Navarra, Departamento de Presidencia e Interior, 1988. *Gran Enciclopedia de Navarra* / autores:..., JRS-Segura, Julio R, ...-Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1990; (11 tomos)

47. *Inventario del Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Navarra* / Carlos Idoate Ezquieta, Julio Segura Monco. Pamplona: Gobierno de Navarra, Institución “Príncipe de Viana”, 1985; (“Fuentes para la Historia de Navarra”, 57)

bilidad estrictamente personal⁴⁸. En este sentido, se pueden traer a memoria sus colaboraciones en obras como *Casas Consistoriales de Navarra* y la *Gran Enciclopedia de Navarra*; la coautoría, con Carlos Idoate, del *Inventario del Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Navarra*; o la suscripción individual de los *Procesos, 1400-1886: Archivos Eclesiásticos de Tudela* y la del *Reglamento Archivo Municipal del Ayuntamiento de Tudela*.

Segura, que no desdeñó bajar a la palestra del compromiso político y que fue Jefe de Gabinete del Presidente del Gobierno de Navarra entre 1995 y 1996, destacó sobre todo por su entrega a la cultura de Tudela, tanto en la promoción de actividades como en la conservación de su patrimonio. Baste recordar su presencia durante diez años –1979-1989– al frente del Área de Cultura del Ayuntamiento, su papel como director del Museo de Tudela, su labor impulsora del Centro Cultural Castel Ruiz y del Conservatorio de Música.

Un tema que atrajo de manera singular su atención fue el de la presencia y manifestaciones de la cultura judía en Tudela, Navarra y España, durante la Edad Media. A este interés se debe la temprana incorporación fundacional del ayuntamiento tudelano a la Red de Juderías “Caminos de Sefarad”, en enero de 1995, y la posterior creación de las semanas sefardíes. Un interés que Julio vio además recompensado por un hallazgo, accidental y a la vez intuitivo. Ocurrió, creo recordar, en 1988, cuando, al consultar un registro de protocolos, apareció un pergamino donde se recopila diversos privilegios reales concedidos a los judíos tudelanos, en fechas comprendidas entre los siglos XII y XV. Curiosamente, muchos pergaminos y entre ellos los hebreos han ido apareciendo en las tapas de diferentes legajos. Es la curiosidad del archivero quién por ver el contenido: levantada la piel, aparecieron ocultos hasta un total de quince documentos hebreos, anteriores a la expulsión del pueblo mosaico, dispuesta por los reyes de Navarra en 1498. Se trataba de un “bet din”, es decir, procedimientos de tribunales rabínicos, en este caso de Tudela, fechados en 1467; y de “ketubahs”, o contratos matrimoniales habituales entre los judíos, de 1476 y 1486. Asimismo apareció una pieza documental de singular rareza en España: se trata de un fragmento del Éxodo, escrito en arameo, la lengua hablada por Jesús de Nazareth.

Este descubrimiento acicateó, más si cabe, a Julio Segura en su interés por el tema judaico y se siguieron actividades de recuperación de este aspecto del pasado histórico tudelano. En el verano de 2008 se celebraba en el palacio del marqués de Huarte de la capital ribera la exposición “Tudela en Sefarad”, básicamente con estas piezas y alguna más recuperada recientemente. Nada tiene de extraño y es bien oportuno que el busto de Benjamín de Tudela, emplazado en la plaza de la Judería de aquella ciudad, y que el retrato figurado del famoso viajero medieval, obra de Muñoz Sola, conservado en su Casa Consistorial, recuerden con verismo y para perpetua memoria los rasgos fisonómicos del archivero Julio Ramón Segura Moneo.

48. *Procesos, 1400-1886: Archivos Eclesiásticos de Tudela* / Julio R. Segura Moneo.- s.l.: Vidart Estudio Creativo, Espacegrafía, 2007; (“Archivos Eclesiásticos de Tudela”, Documental 1). *Reglamento Archivo Municipal Ayuntamiento de Tudela* / (redacción Julio Ramón Segura Moneo). Tudela: Ayuntamiento de Tudela, 2004

Ana Carmen Olivera Burgaleta
Administrativa Ayuntamiento de Tudela

Breve semblanza de un compañero ausente

Nunca pensé, cuando nos conocimos, que algún día habría de escribir tu necrológica. El destino, cuando decide ironizar, se empeña en jugarnos estas pasadas.

Sólo Dios sabe en qué rincón de su Reino descansas, Julio; pero yo, que tantos años te traté, tengo la profunda convicción de que te tiene sentado a su diestra, como a todas las buenas personas que han transitado por este mundo.

Quisiera, desde mi corazón triste y emocionado, referir brevemente, con sencillas palabras –no tengo otras–, aquellos años pasados contigo, noble amigo y mejor compañero de fatigas laborales.

Al principio, cuando recalé en la Casa Grande (Ayuntamiento), en los albores de aquel lejano año 1964, éramos “cuatro gatos mal contados” los que trabajábamos en sus dependencias. Pasaron los años y, poco a poco, fui adquiriendo la necesaria experiencia en los menesteres de la administración local, siempre rodeada de máquinas de escribir, de papeles de calco, de instancias y solicitudes de todas clases, de legajos, de resoluciones municipales y múltiples escritos en todos los formatos oficiales habidos y por haber. Siempre a las órdenes de quienes eran nuestros jefes y maestros y que nos tutelaban con férrea disposición burocrática.

Los años de experiencia, la edad, trajeron consigo también el desánimo: “Esto es la feria de Valverde, el que más pone, más pierde” nos decíamos, avisando, quejándonos del esfuerzo sin recompensa. Hasta que llegaste tú, Julio, con tus ilusiones de joven ávido y capaz, y que tu tío, D. Julio Segura Miranda, Canónigo Archivero de la S.I. Catedral de Tudela, supo inculcarte el amor a la investigación y al conocimiento de la historia de esta ciudad.

Fue en 1979, en pleno auge de la transición democrática, cuando se produciría la esperada renovación generacional del funcionariado adscrito al Ayuntamiento. Con el grueso de los jóvenes que se incorporarían a las tareas burocráticas de la administración consistorial, apareciste tú Julio, como agua de mayo. Qué grato me resulta rememorar aquellos tiempos felices. Los sábados almorzábamos toda la peña; la novedad de las personas recién llegadas y nuestra lozana juventud, hermanaba en la “Caseta del Soto” y nos perdíamos amablemente en largas y amenas sobremesas en las que, distendidos, opinábamos sin tregua sobre todo lo divino y lo humano. ¡Cómo sabías escuchar, Julio, amigo, y cuánto aprendimos de ti!

Recuerdo tu infinita paciencia, atendiendo mis quejas cuando los momentos no me eran favorables, tus consejos, tus rotundas afirmaciones que tanta paz y consuelo trajeron a mi cansado corazón. Con el tiempo, acabé adoptando tu fantástico sentido del humor. Y fue así, como me reí y nos reímos de todo.

Ahora, al final del camino, cuando más fuerte se hace la añoranza, y se intensifican los recuerdos, adivino tu divertida sonrisa instalada en medio del firmamento, mientras me haces un guiño de complicidad. De una cosa estoy convencida: sé que algún día volveremos a encontrarnos.

José María Frauca Jaén*Licenciado en Derecho y Presidente de la Real Sociedad de Amigos del País de Tudela*

Al cumplirse el segundo aniversario del fallecimiento de Julio Segura seguimos lamentando su ausencia. Con razón se ha escrito que era un referente en todo lo relacionado con la historia de Tudela y de sus Instituciones. Dejó un importante Archivo Municipal al que se dedicó generosamente y que completó con su apoyo al Archivo Diocesano en el Palacio Decanal.

Su faceta menos conocida la asumió como miembro de Amigos del País y es significativo este párrafo de una nota que envió a la Sociedad de fecha 23 de octubre de 2006.

“A comienzo de este mes de octubre me he incorporado de nuevo a mi puesto de trabajo en el Archivo después de causar baja por enfermedad en el mes de febrero. A mi regreso estoy atendiendo cartas retrasadas, y entre ellas una de Amigos del País respecto a su encuentro a celebrar en Badajoz. Probablemente enviarían otros con anterioridad”.

En la conmemoración de bicentenario de esta entidad celebrada el 14 de mayo de 1978 se recordó el patrocinio del Rey Carlos III, aprobando la misma.

También analizó la fundación de la Real Casa Misericordia, entidad benéfica particular en su origen, instituida por D^a María Ugarte y Francia, y regida por el Ayuntamiento de Tudela, Cabildo Catedralicio y Amigos del País, además del representante de la Casa Ugarte, de acuerdo con los dispuesto por la fundadora en su testamento de 9 de diciembre de 1771.

De su obituario en abril del 2009 recojo este párrafo “generoso y amante de Tudela y de sus gentes, donó todas su colección bibliográfica para que pudiera ser consultada en el que ha sido su lugar permanente de trabajo, el Archivo Municipal”.

Benjamin R. Gampel*Dina and Eli Field Family Chair in Jewish History The Jewish Theological Seminary of America*

I first met Julio Segura Moneo over thirty years ago when I was engaged in research for my dissertation on the last generation of Navarrese Jewry. During 1977 and 1978, I had spent many months living in Pamplona and studying the documents in the various local archives, especially those in the Archivo General de Navarra. When I had exhausted the materials in Pamplona, I knew that I had to travel to Tudela and examine the collections in the local municipal and cathedral archives.

So off I went to Tudela on early morning bus rides from Pamplona to investigate medieval documentation in that historically significant southern Navarrese city. Upon my arrival, I immediately went to the municipal archives and it was there I met Julio. I was startled by my initial impression of him. I had been used to the archives in Pamplona where the people who helped me and with whom I consulted were venerable gentleman, many years my senior. And they dressed the part as well. Here when I entered the archive, I beheld someone behind a desk who may have been slightly older

than me but decidedly young. He presented an image of a Spanish archivist that I had not confronted until that moment.

Day after day I returned to the archive and slowly I began to make Julio's acquaintance. We began to chat. When I expressed some exasperation with the short hours that the cathedral archive was open to the public – I remember Don Santiago Portero, the archivist telling me about his other parish duties, Julio spoke to Don Santiago and made arrangements whereby some of the materials could be transferred to the municipal archive so I could examine the sources there.

After exhausting the relevant material, Julio surprised me with the information that many notarial volumes had recently been found in the city, and that they were soon to be transferred to the municipal archive. That news insured that I would continue to return to Tudela and would afford me the opportunity to deepen our budding friendship.

While I worked, Julio asked me questions about my research. He clearly was fascinated by the history of the Jews in his city. He would tell me what he had learned from others, and I remember him looking through the fichas of his uncle to see if he could find leads for some of the information that he had just shared.

Not long thereafter, Julio invited me to his home (decidedly a new type of archivist) and there I remember meeting his wife Ana, whose graciousness and friendliness I still recall, and his son Alfonso. Other times, I went with him to a restaurant, where Julio was concerned that, since I kept kosher (the Jewish dietary laws), I would have something to eat. I still have a dim memory of a large and expensive plate filled with espárragos blancos for which Julio insisted he would pay.

There were conversations I had with Julio which I remember so clearly. We spoke about politics and I was impressed with Julio's honesty. He explained that, since he did not grow up or was educated in a democratic society, there were many things about which he simply did not know nor had he as yet perfected the necessary tools to analyze what had occurred in the recent Spanish past. He was starting to learn, he said, what it was that he should believe. Julio exhibited that same openness when we discussed matters about religion, both his and mine. His lack of preconceived notions and his willingness to entertain all sorts of notions were truly breathtaking.

Throughout the late spring and summer of 1978, I spent time with the notarial documents – filled with information about the Tudelan Jewish community, which now belonged as Julio explained to the newly created Archivo de Protocolos de Tudela. As I was excited by what I found, so was Julio.

I returned home to the United States, finished my dissertation, and found my way back to Spain in 1985 with my wife Miriam and our daughter Hannah. As soon as I arrived in Navarre, I went straight to see Julio whose archives had now moved in to new and renovated quarters. There Julio, archivist but every bit the historian, excitedly told me how he had found a series of ketubbot – Jewish matrimonial contracts written in Hebrew, from the 15th century. He explained how he was in contact with José Luis Lacave of the Instituto Arias Montano in Madrid and that Lacave was to publish this new documentary treasure trove.

I remember leaving Tudela soon thereafter and returning to Madrid. And I recall having difficulty getting our luggage (and our daughter and her stroller) off the train

and, suddenly, by our side was Julio who had happened to be on the same train and immediately came to our aid.

The next time I traveled to Tudela was in November 1995. My book, *The Last Jews on Iberian Soil* had been published (soon to appear as *Los últimos judíos en suelo ibérico*) and I had been invited to deliver a paper at the conference entitled *Segundos Encuentros Judaicos de Tudela, Los caminos del exilio*. At a public session the night before the conference officially opened, Julio and Ana were in the audience. Three of the presenters including myself were on the stage delivering casual remarks about our research and taking questions from the those assembled. One question addressed to me was whether late 15th century Navarrese society was more friendly and welcoming to Jews than were their counterparts in the other Iberian Christian kingdoms. I spoke briefly about the months in 1492 after Fernando of Aragon and Isabel of Castile had issued their edict of expulsion to their Jewish communities, and how many Castilian and Aragonese Jews living near the Navarrese border crossed into the kingdom and specifically took up residence in the city of Tudela. I then said that I did not know if the Navarrese then were kinder to the Jews but I did know that the people now in Tudela, and those in the audience (and here I looked at Julio in Ana) definitely were gracious and hospitable.

The conference would be the last time that I would see Julio. Just as I had become a professional academic, so too had Julio advanced in his chosen profession. Now Julio (like myself) was wearing a suit and he now told me he was working for the provincial government. A number of times during the conference we had a chance to talk. I could see that out of the corner of his eye he still looked out for me, made sure I was comfortable, and that I was being treated nicely.

In the last number of years, I have moved on in my research interests. Recently, I have been writing a book on the riots and forced conversions, which befell the Castilian and Aragonese Jewish communities during the years 1391-1392. This time my research has taken me again to royal archives, this time to Barcelona, and to municipal archives in Girona, Tortosa and Valencia.

Nevertheless, I still remain sensitive to issues surrounding Tudela and Navarre and the question that was asked me in Tudela over 15 years ago still resonates in my mind: Were the Navarrese Christians of the middle ages kinder and more hospitable to the Jews than other Iberian inhabitants?

When the riots against the Jews broke out in the Crown of Aragon, first in Valencia on July 9 of 1391, King Joan and Queen Iolant unsuccessfully attempted to contain the unrest throughout their kingdoms. Throughout the month of July and through early August, royal letters were sent to many Aragonese communities, which bordered the kingdom of Navarre to ensure the safety of their Jews.

On August 4 Iolant declared to the alcayt and baile of the village of Borja and to the bailes of Magallón and Tauste how she had been fully informed that some Jews of these three villages, secretly and without royal license, had been passing daily with all of their property to settle, “por tener sus casas”, in the kingdom of Navarre. Such a migration would result in the depopulation of these aljamas and would be harmful to her, “e redunden en grant perjuicio nuestro”. The queen therefore directed these

officials to capture any Jew or group of Jews from these aljamas who were immigrating to Navarre. Their property should be seized and inventoried, and the Jews imprisoned until further orders were received. Iolant directed the officials to announce publicly that no one, of whatever estate, from these villages would be allowed to help the Jews transport clothing, money or jewels on their animals to the kingdom of Navarre without permission of the local authorities under penalty of the loss of their animals and all their gear. (Archivo de la Corona de Aragon, Cancillería Real, Registro 2050, folios 52v-53r.)

So here again, one hundred years before Tudela and other southern Navarrese cities were perceived by Jews in 1492 as a refuge from the persecutions of their native kingdom, Jews living in northwest Aragon looked to the kingdom of Navarre as a safe haven from threatened destruction. I still cannot answer the question whether all of Navarrese or Tudelan Jewry welcomed these refugees but it is clear, that southern Navarre was perceived as some sort of sanctuary.

I am sure my friend Julio Segura would have been happy to learn of my discovery. And his happiness would have derived from his general fascination with history, from his specific interest in the lives of medieval Tudelans and Navarrese generally, and with the treatment of Jews in his native city and land. It was precisely Julio's concern about others, both those who dwelled in the past and also those who lived in the present, which made him the extraordinary man that he was.

May his memory serve as a blessing.

M^a Rosario Lazcano Martínez de Morentin / Carlos Idoate Ezquieta
Jefa del Negociado de Protección del Patrimonio / Director de Servicio de Archivos y Patrimonio Documental

El día 5 de abril de 2009 fallecía, en su querida Tudela, Julio Segura Moneo.

Julio es el nombre que le dieron sus padres. Por Julico le conocían la multitud de amigos que tenía. Por sus obras y el trabajo que hizo por su querida Tudela, se le debería recordar como Don Julio, aunque, casi seguro, que a él no le haría mucha gracia.

Nacido en Tudela el 4 de febrero de 1945, sus padres eran Bernardino y Mercedes. Estudió en el colegio Jesuitas de Tudela prosiguiendo sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza. Su formación era sólida y le permitió realizar una vida profesional amplia y eficaz en el campo de la historia, a la que se dedicó a lo largo de su vida en los campos de la docencia y la archivística.

Por la docencia comenzó, dando clases en el mismo colegio donde había estudiado. Aquí desarrollaba una de las facetas que más le gustó durante toda su vida y lo hacía realmente bien. Enseñar le gustaba y lo hacía con el arte de los maestros, como sin darse importancia, a pesar de la amplitud de sus conocimientos, y sin tener en cuenta el nivel de sus interlocutores.

Esa sencillez de carácter, unida a una claridad de ideas y amenidad conversadora hacen que sea muy difícil encontrar a alguien de características similares en la vida cotidiana. Por eso, y por otras cosas, Julio ha dejado un gran vacío. Tal vez, a Julico se

le conozca más por su trabajo en el Archivo Municipal de Tudela, donde obtuvo su plaza en noviembre de 1972. No había documento que se le escapara, dentro y fuera del Archivo Municipal. La investigación le debe a Julio grandes trabajos en cantidad de temas, desconocidos anteriormente. A los trabajos publicados hay que añadir un buen número de artículos, que tenía preparados o a medio preparar y que no llegó a publicar por falta de tiempo.

¿Falta de tiempo? Julico fue algo más que un archivero municipal de Tudela. Su implicación en la vida cultural de la ciudad, el impulso que dio a proyectos, que parecían imposibles, la visión de un desarrollo cultural de su ciudad en términos elevados y de calidad, como diríamos hoy, fueron decisivos para la ciudad. Pero, todos esos proyectos se realizaron con el aporte generoso de su persona y de su tiempo.

Y a él, le faltó tiempo. Pero, ahí está su obra, a veces visible y otras con su intervención casi anónima, pero ahí está.

Para lo que no le faltó tiempo fue para dedicar a su esposa e hijos todos los elogios que era capaz de decir. Con Ana Pérez Zabalza (Anica), se casó al mes siguiente de obtener su plaza de archivero y ella, junto con sus hijos, se convirtieron en el gran pilar de su vida.

Julico tenía una formación tradicional. Los avances de la informática en el mundo archivístico no fueron un impedimento para que avanzara en un terreno desconocido. Al revés, se convirtió en un reto y quería ser el primero en conocer y poner en práctica, en su querido archivo de Tudela, cualquier nuevo sistema que facilitara la consulta de los fondos y la transmisión del saber a las generaciones actuales y futuras.

Estas facetas profesionales son importantes, pero seguro que Julico valoraba más los reconocimientos que tuvo, en respuesta a su labor, a los favores que hacía, a su trabajo silencioso y generoso. Siempre estaba dispuesto a facilitar toda clase de datos a cualquiera que fuera a consultarle y acabó siendo una referencia para todos los que nos ocupábamos de temas relacionados con Tudela, en la seguridad de que íbamos a encontrar la solución al problema. Hombre de gran humildad, cuando se le pedía ayuda sobre cualquier problema técnico, artístico o particular, se ponía a la altura de su interlocutor y, con su buen hacer, indicaba su pensamiento de forma coloquial, sin pretender imponer su criterio, pero convenciendo siempre.

En el plano personal, viajar y conocer otras tierras era una de sus debilidades; todo lo quería ver, visitar, enterarse de su historia y su devenir. Además, su espíritu se recomfortaba en sus visitas a diferentes monasterios, preferentemente a La Oliva y al de Santo Domingo de Silos, que eran citas que no se quiso perder nunca.

También de forma callada, desarrolló otras aficiones personales, entre las que destaca su amor hacia los libros, todo tipo de libros, de los que era gran coleccionista, desde los más antiguos hasta las últimas novedades, ésta era su afición, para conocer todo y de todo.

Punto y aparte merece su pasión por la música, que nunca abandonó.

Los que conocimos a Julio Segura (Julico), sabemos que, desde el punto de vista humano era un hombre de delicada sensibilidad, bueno, sencillito, cariñoso y gran amante de su familia.

Los que tuvimos oportunidad de vivir los últimos días de su vida sufrimos impresiones fuertes, porque él sabía lo que venía y tomó la decisión de ir despidiéndose como

había vivido, así, como sin darle importancia. Su fortaleza y su integridad te hacían ver un futuro fácil, un paso sencillo. Al final de la conversación, decía, inclinando un poco la cabeza, “Ana se lo está pasando peor”.

Sus amigos, que nunca le olvidaremos, guardamos un recuerdo entrañable de él.

Javier Otano Cid

Profesor de lengua y literatura de Instituto de Enseñanza Media

“Te quiero para olvidarte
para quererte te olvido”

Antonio Machado

Qué importantes son a veces los detalles, los momentos, las circunstancias y, en ocasiones, sobre todo por su inesperado resultado. Cuando allá por el año 1972 solicité al Ayuntamiento de nuestra ciudad ocupar la plaza de archivero municipal, tuve como “contrincante” en aquellas “típicas oposiciones” a un tal Julio Segura, a quien no conocía y del que sólo sabía que era sobrino del canónigo del mismo nombre. Ganó la “oposición” él y ganó Tudela un gran profesional y un eminente investigador. Aunque, a fuerza de ser sincero, quien ganó, y mucho, fui yo cuando al cabo de unos pocos años comencé mi relación con quien sería mi amigo íntimo. Porque fue en 1979, cuando tuve el honor de ser concejal de Educación y Cultura, el comienzo de nuestra andadura en común que habría de durar 30 años. Años de mucha felicidad, incluso cuando las cosas parecían un poco torcidas, porque fueron años de mucha complicidad, tanta que en ocasiones con solo la mirada descubrimos el pensamiento.

¿Qué fue lo primero que me enamoró de Julio? No sé, pero si al cariño le acompaña la admiración puedo decir que la entrega de su tiempo me cautivó. Quizás hoy no tanto, porque hemos logrado una sociedad individualista, egoísta y consumista, pero en aquella época dar de lo tuyo y, sobre todo a tu gente, no era muy difícil. Sin embargo, conceder tu tiempo a cambio de nada, por pura filantropía, solo de las almas santas es privilegio. Y Julio lo hacía con toda naturalidad, se lo daba a cualquier tipo de persona (sobre todo a los más humildes), en cualquier momento del día o de la noche y siempre con la palabra adecuada y la sonrisa abierta.

La filantropía es la base de la santidad machadiana y fue la razón de vida de mi amigo. Porque, si grande fue el cariño por Ana, Julio y Alfonso, tan grande fue su fe en los demás. ¿Cuántas veces leíamos al poeta andaluz y comentábamos aquellos versos que dedicó a don Francisco Giner de los Ríos?

“Vivid, la vida sigue,
Los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad; enmudeced campanas”

No hay mejores palabras que las del nuestro sevillano para resumir el testamento de Julio. Es difícil encontrar una mejor definición del espíritu humanista que gobernó

toda su vida. Por eso, poco tiempo antes de morir quiso rendir homenaje a quien fue su mentor, a quien consideraba un santo civil. Y una mañana salimos en dirección a Collioure pero con escala obligada en la ciudad de Girona (con toda su simbología judía). Allí en Francia, y ante la tumba de don Antonio, Julio agradecía al poeta los valores que había aprendido de él, su actitud vital y los muy buenos ratos que le había proporcionado la lectura de sus poemas.

Esa bondad machadiana, ese interés por la vida, ese cariño en las cosas me hicieron soñar con una vejez que se ha truncado miserablemente. Habíamos dibujado un retiro con nuestra gente, nuestros viejos libros, ante una vieja chimenea y medicados con algún viejo vino. Y siempre con el debate en los labios, el repaso a la actualidad y en un ambiente tertuliano cargado de sensibilidad y de sencillez. Pero no fue posible. Como él decía le tocó apagar la luz.

Una luz diáfana que manaba con naturalidad de su forma de hacer, que irradiaba seguridad, placidez y, sobre todo, generosidad. Cuando en ocasiones le alertaba de mis sospechas sobre alguien, siempre me decía: “Javier, no te preocupes, yo tengo todo lo que doy”. Cierto es, y somos testigos de lo “muchísimo” que tenía Julio porque muchísimo se dio. El tiempo otra vez ¡Qué difícil es dar tu tiempo!

Cuando ya se encontraba muy enfermo, fuimos un día a dar un paseo por El Buste. Mientras Ana y Teresa se dedicaban a coger flores, vi cómo Julio se perdía entre el verdor de los árboles, como si desbrozara el camino de un archivo de esperanza.

La última salida quiso aprovecharla para visitar las balsas, sin salir del coche, y enchufado al oxígeno. En ellas me volvía a explicar las características administrativas de dichos embalses, pero, sobre todo, noté su identificación con la profundidad del agua y vi su espíritu en la nieve primaveral del Moncayo. Julio se iba y, en su última lucidez, me decía adiós en uno de sus escenarios más queridos.

M^a Pilar Pisonero

Religiosa del Convento de Santa Caridad de Tulebras (Navarra)

Me habéis pedido escribir algo sobre Julio Segura.

Quisiera escribiros una carta sobre un amigo irrepentible... Las lágrimas me impiden seguir escribiendo...

Desde el día que él se nos fue a la otra orilla y no está entre nosotros, algo de mi ser profundo se niega a entablar diálogo con Julio, aun sabiendo que él vive, aunque de otra forma distinta a la nuestra.

Me cuesta demasiado saber que ya no está aquí, cercano, siempre a punto de escuchar, ayudar, apoyar o animar.

Hace muchos años, cuando su hijo pequeño iba a hacer la primera comunión, vino toda la familia al monasterio y estuvimos un grupo de monjas charlando con ellos. Casi todas las preguntas iban para el pequeño que se preparaba para la comunión, y nos contaba de los dibujos tan bonitos que hacía.

Alguien le dijo: “Ahora vas a poder pintar a Dios”

Él contestó con mucha vivacidad: “A Dios no se le pinta, a Dios se le experimenta”.

Seguro que a través de los años, creciendo y haciéndose “un hombre”, continuó experimentando a Dios; especialmente, porque vivía tan cerca de esos iconos vivos de Dios que han sido sus padres: Ana y Julio han ofrecido a sus hijos la mejor imagen de Dios que se puede experimentar en la tierra.

Ahora Julio ha pasado a otra experiencia, y me alegro por él; sólo por él.

En los últimos años nos hemos visto en contadas ocasiones; y en las últimas conversaciones hemos hablado de la vida después de esta vida. Siempre se asombraba de mí osadía para afrontar el tema del más allá. Puede que la experiencia que tuve en un grave accidente, en que me fui y volví de la otra orilla, me ha hecho tener confianza y tranquilidad en estos temas.

Él, Julio, también afrontaba esta realidad con tranquilidad y confianza, no exentas de curiosidad e interés por lo desconocido. Luchó por la vida con toda su inteligencia y capacidad y al mismo tiempo, aceptó el proceso. Creo que alcanzó a ganar un tiempo precioso para seguir con nosotros. La sabiduría de los olivos milenarios y otros milagros secretos de la naturaleza, conspiraban con nosotros para retenerlo.

Pero llegó la hora.

Supongo que os pasará a todos los que queréis a Julio, que al hablar de él, todas las palabras se quedan tan cortas... Quizá porque no son las palabras las que mejor pueden decir de él.

¿Entonces?

(Vuelvo a llorar... Puede que sea como un regalo de Julio. En los últimos tiempos míos, necesitaba llorar, ahora él me ayuda a soltar las lágrimas).

Hace unos 40 años que lo conozco y desde hace muchos años lo he considerado como “el icono del hermano universal”. La persona capaz de identificarse con cada uno, de enriquecer a cada uno desde su propia verdad; sacando la mejor luz del que tenía a su lado.

Siempre pensé que con personas como Julio, la “fraternidad universal” no era una utopía, era una realidad viva.

Muchos sabréis decir mejor que yo de su capacidad de trabajo: ¡incansable! De su efectividad, tan discreta como intensa: ¡lo daba todo y no te dabas cuenta hasta que te encontrabas con la perfección terminada!

Durante mucho tiempo, creo que desde el año 1972, Julio nos encargaba trabajos de encuadernación para el archivo. Cuántas ocasiones para apreciar su cultura real, su conocimiento sobre cualquier tema, su delicadeza para corregir, su prudente exigencia. Podía ponerse manos a la obra si el trabajo era urgente, con una especial sensibilidad para el arte y la belleza.

Era y sigue siendo mi amigo.

A la vez fue y es amigo del monasterio, amigo de cada monja.

Todas lo quieren, todas guardan un recuerdo entrañable de su cercanía y discreción.

Todas le estamos muy agradecidas por su aportación en el descubrimiento de nuestra historia; su colaboración en desentrañar viejísimos documentos. Y esto, hasta el final.

En sus últimos días, siguió transcribiendo documentos, como todos sabéis. Los que se referían a nuestro monasterio nos los entregaba, de la forma más fácil para poder seguir nosotras teniendo acceso a ellos. Casi con mimo ha estado trabajando para dejarnos esos regalos.

Él mejor que nadie, sabía el valor que tienen y que su trabajo era de una importancia incalculable.

Las dos últimas veces que pasó por el monasterio, tenía el plan de visitar un antiguo asentamiento romano de la zona. El primer día de los que hablo, cuando iban a salir empezó una fuerte lluvia; tan fuerte y tan larga que no fue posible realizar el plan. Y no dejó de hacer una gran tarea en nuestro archivo.

Hace años que en nuestra zona, la lluvia es escasa y es una bendición cuando viene.

Esa bendición estuvo como signo en las últimas visitas de Julio al Monasterio. La otra de sus visitas, sí fue posible ir al asentamiento romano y recorrerlo un poco y hasta encontrar una teja romana, que una monja de las que íbamos le regaló para que él la llevara. Hacía felices a los que participábamos de su entusiasmo: comenzaron a caer allí mismo unas gotas de lluvia y pronto tuvimos que correr al coche para no empaparnos. Siguió lloviendo con tal fuerza... que sólo en los escasos 2 metros que separaban el coche del portón, quedamos empapados. Ya no pudimos salir del porche en mucho tiempo por la fuerza de la lluvia.

Llamamos a su casa para que no se preocuparan. Él no manifestó el más mínimo contratiempo, ni molestia, ni dolor. Sonreía, como siempre.

Hablé con él por teléfono alguna otra vez; pero YA NO VOLVÍ A VERLE.

Por grande que sea la esperanza en la otra vida. Por intensa que sea la fe, nadie puede apartar al corazón de sus sentimientos.

Mientras sigamos siendo seres humanos evolucionados; capaces de amar con verdad y pureza de corazón, nadie podrá separarnos de algunos sentimientos que, como perlas, duele el arrancarlos de su hábitat: sí, duele amar desde aquí a alguien que, aunque vivo, no está visible, ni es posible encontrarlo.

Comprendo, aprecio y valoro a Ana que va llevando su recuerdo, tan intenso y tan bello como una rosa roja siempre recién abierta. Es el mejor regalo que la vida sigue ofreciéndole a Julio, sobre todo en Ana y en sus hijos.

También yo me uno a su familia y amigos, a sus alumnos y compañeros y con toda mi comunidad queremos también dejarle nuestra rosa. Gracias Julio, gracias de corazón por tantas cosas.

José Javier Alfaro Calvo

Maestro, licenciado en Filología española y escritor

Una luz en la sombra

Eso era Julio: una luz en la sombra. El hombre generoso que iluminaba a todo el mundo cuando se trataba de conocer o descubrir cualquier mínimo rincón de la Historia de Tudela; pero que, luego, prefería permanecer en la sombra.

Personalmente tengo que decir que Julio me contagió su amor, entre otras cosas, a la cultura hebrea, que tanto peso tuvo en Tudela. Se había encargado no sólo de rescatar los pergaminos hebreos que se habían usado del revés para forrar otros libros, sino también por adquirir para el archivo todas aquellas obras, muchas ya descatalogadas, en donde aparecían aquellos judíos que en Tudela habían tenido puntual presencia. Tuvo

mucho del viajero, a la manera Benjamín de Tudela y también de poeta, como Yehudá ha Levi, a quien descubrí gracias a él.

El archivo fue su *locus amoenus*, su “paraíso”, en donde pasaba horas y horas, igual en días laborales que festivos, descubriendo, ordenando y catalogando el ingente material que en él se conserva.

Pero, junto a su enorme pasión y profesionalidad, es su perfil humano lo que nunca podré olvidar: junto al timbre inequívoco de su voz, queda el recuerdo indeleble de su bonhomía, de su amistad sincera, de su predisposición para todo aquello que le solicitase y de su especial sentido del humor que contagiaba a todo el mundo.

Desde que llegué a Tudela en 1974, han sido muchos los buenos momentos compartidos con Julio, tanto en lo referente al archivo como con nuestras familias, viendo crecer a nuestros hijos, hablando de alguna pena y de muchas alegrías y disfrutando de no pocas excursiones, donde nos descubría, con su mirada apasionada, tantas maravillas cercanas que desconocíamos.

Pasó los últimos meses como despidiéndose de todo cuanto amó en vida. A veces uno nota que no encuentra las palabras oportunas para hacerte justicia; pero quede en su recuerdo esta “Carta post mortem” que escribí a vuelapluma al poco de su fallecimiento, recordando a modo de flash algunos de los momentos convividos y que leí en la Iglesia de San Juan en su aniversario:

Querido amigo Julio:

La memoria es el poso de la vida. Lo que queda
después de que el todo sea nada. Por eso, cuando ahora
recorremos los lugares comunes que un día compartimos,
apareces ahí. ¿Cómo no recordarte tocado con kippá
entre los laberintos sin sol de los archivos
–tu territorio, tu *locus amoenus*, que dirían los clásicos–
para desentrañar la nostalgia hecha Historia de Tudela?

Igual que los efímeros narcisos silvestres de la sierra de El Buste
o que el geranio humilde sobre la tumba de Machado, allá en Collioure,
o que el “mudo ciprés en el fervor de Silos”
ibas tú por la vida, siempre gozando del gozo de los otros,
compartiendo la luz de tus descubrimientos
con los ojos sobrados de esa infantil sorpresa de la reiteración,
al modo del viajero Benjamín –tu *alter ego*–
que busca en su mirada el horizonte encinto de los sueños.

A vuelapluma vienen

un paseo de vértigo y belleza sobre la catedral, a vista de cigüeña,
aquella merienda multiplicada de hijos cerca de Los Bañales,
el yantar en figones de Arévalo y Sepúlveda, con la fórmula mágica
que siempre utilizabas –“yo, lo que pida Pepe”– por no leer la carta
y una penúltima conversación entre olivos con fondo de Bardenas.

Y como, después de aquella conversación, no nos perdonarías que a estas alturas mostrásemos siquiera un signo de tristeza, queden algunas anécdotas que entonces recordaste, siempre asociadas a tu mundo tan cercano a la infancia: la del descubrimiento de que Cristóbal Colón nació en Tudela, la de aquella perrica que aprendió a sonreír o la de los topillos hiperactivos de Horcajo de la Sierra que, por cierto, aún siguen preguntando por el hombre que, tras la lectura de cada página de un libro, jugaba con ellos en el jardín al escondite.

Es esa tu memoria, amigo Julio.
Una vida de trabajo generoso, desbordante de pasión y cariño,
de quien quiso estar siempre en un segundo plano,
de quien siempre trató de poblar de sonrisas nuestras vidas.

Manuel Blasco Blanco

Licenciado en arquitectura por la Universidad de Navarra

Glosando a un amigo

A veces, la distancia en el tiempo ayuda a tener la cabeza más clara, los ojos más secos y la pluma menos afectada.

Escribir hoy acerca de la relación humana con Julio es recordar con menos dolor y a la vez con la objetividad de una relación serena e intensa acerca de la historia de Tudela.

Cuando conocí a Julio de un modo profesional, me di cuenta del valor de su figura en el Ayuntamiento de Tudela, en la que no había en el cuerpo técnico un Arquitecto que se encargase de los proyectos referidos al patrimonio histórico, y sin embargo sí que existía la figura de un archivero que velara, ordenase todos los acontecimientos relativos a la historia.

Esta tradición en la ciudad de Tudela era igualmente histórica, y la escuela de archiveros se autoalimentaba en un alto grado de prestigio profesional, los nombres de Castro, Fuentes, Juan Antonio Fernández, Julio Segura, eran antecedentes que con seguridad hicieron del puesto un anhelado lugar de trabajo.

Si a todo esto, uno piensa en un hombre entregado vocacionalmente al mantenimiento de una historia y en una persona que fue una continua fuente de información y ayuda, nos da el ambiente y el humor de una relación que inevitablemente se iba más allá, mucho más allá de la estrictamente profesional.

Glosar es recordar los momentos en los que gozosamente íbamos encontrando las razones y los porqués de aquellas incógnitas que los edificios no nos desvelaban.

Por esto es importante Julio, porque para un arquitecto que tenga que intervenir en la arquitectura histórica el análisis inicial siempre se plantea en dos campos, uno el de la investigación matérica sobre el estado inicial del edificio, con investigación arqueológica incluida, y un segundo campo es el de la investigación histórica.

Aquí siempre estaba Julio, tomando el mismo interés y haciéndose corresponsable de los asuntos de la ciudad y desde luego muy por encima de su tiempo oficial de dedicación como siempre, su vocación le hacía ir hasta el fondo de sus posibilidades.

Trabajar así, codo con codo, contagiado de su entusiasmo, las cosas se hacían fáciles y por supuesto excitantes. Empezamos a buscar cosas en las excavaciones del Paseo del Castillo, a partir de ahí, fueron unos años de contacto diario, y así nació una relación más allá de la profesional, y en lo profesional me encontré con la persona generosa, atenta y dispuesta a estar siempre preocupado por la gente de su alrededor.

Un edificio es una historia construida, o un conjunto de obras, reformas y contrarreformas de las distintas funciones y gestos de las épocas que ha vivido.

La discusión siempre estaba entre el rigor del dato defendido por Julio y la interpretación consecuente desde la imaginación de los acontecimientos. Al final siempre teníamos que llegar a la conclusión, un poco mixtificadas y de que ambas eran necesarias: una la de la investigación histórica deducida de los archivos, otra la de la interpretación de los hechos construidos. Y de esta conclusión se derivaban los principios básicos de la intervención.

Así Castel Ruiz, o el Marqués de San Adrián fueron algo más que personajes de un pasado, estaban con nosotros y con el deán Villalón en el Balcón de Pilatos mientras discutíamos, si lo más importante era la calle, el edificio o las personas que vivían en el casco viejo, Julio guardó, ordenó, descubrió nuestro pasado, en él nos emborrachamos en supuestos increíbles, y ahí salieron nuestras ideas para el futuro.

(Qué importante es tener en orden nuestra historia, qué importante fue Julio Segura.)

Javier Labarga Alava

*Catedrático de Matemáticas del Instituto “Benjamín de Tudela”,
Concejal del Ayuntamiento de Tudela (1983-1987)*

Julio tenía algo de Don Quijote. Más bien seco de carnes y enjuto de rostro, como describe Cervantes, era también gran amigo de la lectura, caballeroso e idealista. Hombre de palabra y sentido del deber, capaz de esfuerzos y sacrificios como el instalar su lugar de trabajo, el archivo, en la casa abandonada del administrador del Marqués de San Adrián, sin comodidades ni condiciones mínimas de habitabilidad, para proteger del vandalismo el palacio recientemente adquirido por su querida ciudad.

De carácter sociable y jovial, estrechamente vinculado a sus amigos, que no eran pocos, nada de Tudela le era ajeno. La historia, el arte, la arquitectura, las tradiciones, pero también las dotaciones, el patrimonio, los servicios, el comercio, las fiestas, las personas...

La lista de sus intervenciones en favor de estudios y proyectos, de la conservación, del buen funcionamiento, de la puesta en marcha, sería imposible de enumerar. Y no me refiero a sus tareas como archivero. Era un funcionario público, pero también y sobre todo un ilustrado que no podía dejar pasar ninguna oportunidad de actuar. Sus gestiones y mediaciones eran cautelosas pero insistentes. No le recuerdo dándose por

vencido ni tirando la toalla. Pero tampoco empujando para salir en la foto. Prefería actuar en la penumbra de las bambalinas dejando que los políticos ocupasen la primera fila.

Su pasión por no desaprovechar oportunidades le hizo tropezar en alguna ocasión con los inacabables procedimientos administrativos, pero su hombría de bien y su tesón le ayudaron a superar obstáculos sin perder sus metas.

Sus últimos días son la mejor prueba de su perfil, trabajando en el archivo hasta no poder más. No le olvidaremos.

Patxi Sanjuan Calvo

*Secretario Confederal de Industria e Innovación de UGT,
Concejal Ayuntamiento de Tudela (1983-1987)*

“!!!!!!!!!!!!!!CACHIIIIIIIIIIIII Que nos hemos perdido!!!!!!!!!!!!!!”

Y así empezaba la mañana del domingo a través del teléfono. Era tu grito de guerra cuando íbamos a almorzar.

“Cachi” por supuesto se ponía a despotricar, llamándote de todo menos bonito.

Aunque este grito de guerra era muy tuyo, no voy a seguir por este camino puesto que un amigo común ya ha escrito sobre ello y todavía queda mucho por decir sobre ti.

Tu buen humor siempre nos ha acompañado, como decimos en el pueblo eras un “culo inquieto” que no dejaba en paz a nadie.

Aunque nos conocíamos desde hacía años, solo fue en los últimos tiempos cuando más relación tuvimos. Tú conocías mi afición y preocupación por la naturaleza y el medio ambiente por eso después de los almuerzos del domingo hacíamos unos sorprendentes recorridos a lo largo del río en los que me enseñabas tus últimos descubrimientos. “El huerto del gitano” dentro del Soto de la Remonta, los árboles a la orilla del Ebro en La Mejana donde se posaban las garcillas blancas como si fuesen bolas de algodón o lo asombroso de ver cormoranes que subían desde el mediterráneo hasta el pueblo. Y siguiendo mirando al cielo, al ver volar las grullas, no perdías oportunidad para decirme con cierta guasa “... ahí van tus compañeras de la larga marcha con un poco de suerte terminarán por llegar algún día...”.

Siempre me has apoyado en mi época de concejal aportándome información siempre útil como ese día que llegaste con un documento de más de 500 años de antigüedad sobre el Soto de Vergara en el que se hacía referencia a la caza mayor que el Rey de Navarra practicaba demostrando así la importancia de la arboleda de ese Soto prácticamente desaparecido hoy en día.

Durante todas las conversaciones que mantuvimos siempre has aportado ideas interesantes como la puesta en marcha de la emisora municipal en la que más de 500 jóvenes pudieron participar y en la que tú alguna que otra vez has colaborado en el programa de medio ambiente que tuve. Pero eso sí, siempre igual a ti mismo, metiéndote en todo aunque no supieras, volviendo loca a la periodista municipal, Inma, para que buscara un culpable por el desaguisado de sus discos cuando tu habías sido el responsable.

Siempre preocupado por la información y la cultura no dudaste en participar en la revista *Mercadal* aportando tus amplios conocimientos históricos sobre todo lo que hubiese ocurrido en el pueblo.

Bueno esto son solo algunas anécdotas de momentos que hemos compartido pero que creo que te definen y que me gusta recordar.

Hasta siempre.

Edurne Juanarena Apesteguía

Trabajadora Social del Ayuntamiento de Tudela

La ilusión de un Jefe

En octubre de 1983 comencé a trabajar en el Ayuntamiento de Tudela como asistente social. Mi jefe era Julio Segura. No se presentó como tal. Era un compañero más en una incipiente estructura, prácticamente sin nombre, que comenzaba a aglutinar servicios de atención a la ciudadanía y a recibir a jóvenes novatos que iniciábamos nuestro itinerario laboral.

Comenzaba la segunda legislatura de la democracia y con ella un esfuerzo firme de puesta en marcha de servicios. La antigua "Gobernación" del Ayuntamiento se unía a Sanidad, Servicios Sociales, Deportes, Cultural, Medio Ambiente... y al frente de todo ello estaba Julio Segura, el archivero municipal,

Los recursos humanos comenzaban a crecer, había que dotarse de una estructura organizativa, de unos contenidos que dieran forma a unos servicios y atenciones, las referencias y apoyos externos eran escasas... pero la ilusión, el compromiso y la tenacidad eran importantes.

El archivero estaba de lleno metido en este proyecto municipal. Su compromiso personal con la democracia, con la institución municipal, con su Tudela y con las personas de la ciudad le hacían participar sin dudar en ello aunque sacrificara parte del gozo que le proporcionaba trabajar en viejos edificios, por entonces casi ruinosos, rodeado de documentos, trastos y motas de polvo.

Su trato cercano, humano, recurrente, su alegría y espíritu de trabajo marcaron la pauta de la actividad y del compromiso de todos aquellos que en la década de los ochenta trabajamos con él y fuimos haciendo "ayuntamiento".

No fueron años fáciles, si fructíferos y gratificantes.

Julio no escatimó esfuerzos, puso todo su empeño personal en avanzar y conseguir servicios, en crear y consolidar equipos de trabajo, en mantenerse siempre cercano a las personas. El trato que dispensaba a los ciudadanos y ciudadanas siempre tenía una calidad notable, por su proximidad, por su escucha, por su empatía. Era difícil que no se esforzara por atender a alguien y darle una respuesta. Este proceder lo definiríamos actualmente como una buena práctica de aproximación de la entidad local a la población.

En relación a lo que me toca de cara, los servicios Sociales, señalar que en los 7-8 años en los que prácticamente él fue el máximo responsable, se consiguieron unas cotas de desarrollo importantes y sin lugar a dudas próximas y en sintonía a las de otros Ayuntamientos de Navarra y del Estado.

Su responsabilidad fue encomiable para conseguir cada metro de despacho, cada técnico o técnica a contratar y a mantener, la transformación de la Beneficencia Municipal en prestaciones de derecho a través de la primera Ordenanza Municipal de Servicios Sociales, la recepción y adaptación municipal de las transferencias de la Guardería Santa Ana, del Centro de Servicios Sociales del INSERSO, del Servicio de Ayuda a Domicilio del Gobierno de Navarra, la puesta en marcha de un Servicio Comarcal de Atención a Minusválidas hasta que se descentralizaran servicios desde otras administraciones...

Tareas complejas, en las que juntos vivimos fuertes sensaciones y de las que salimos airoso y creo que reforzados para continuar cada uno con nuestras tareas más específicas.

Julio Segura, exponente de ilusión, compromiso y tenacidad en el trabajo, valiente para asumir retos y humano con sus muchos aciertos y algunos desaciertos.

Un buen servidor de la ciudadanía. Una suerte haber trabajado con él. Un lujo tenerlo cerca en mi inmersión en la administración municipal. Un ejemplo a seguir.

Belén Esparza Estaún

Licenciada en arquitectura por la Universidad de Navarra

Yo tenía la imagen de la figura del Archivero como una persona que se mueve entre libros, ordenando, descifrando legajos y viviendo en su limbo bastante fuera de la realidad diaria.

Probablemente es un cliché en gran parte fomentado por los libros o películas que han tratado la figura, pero en el fondo creo que todos hemos conocido archiveros con ese perfil.

Por ello fue tan singular la figura de Julio Segura, archivero de Tudela y referente durante muchos años de todo lo que fuera historia y arte para sus ciudadanos.

No recuerdo como conocí a Julio, vine a Tudela en el año 1974, y en mis recuerdos siempre está presente.

En el año 1984 me correspondió participar en un equipo bastante plural que desarrolló la redacción del primer planeamiento específico del Casco Antiguo. Allí estábamos arquitectos, historiadores, sociólogos, y Julio.

No era un personaje entre sus libros, y la verdad es que el archivo de Tudela se prestaba a ello por su tradición y riqueza, pero Julio se volcó desde el principio en facilitar la historia de Tudela a los que en el presente nos tocaba seguir escribiéndola. Se implicó de manera vocacional y altruista, como lo siguió haciendo a lo largo de toda su vida, en facilitar todo su saber, su capacidad de investigación y su tiempo, para que el pasado fuera un fluir hacia el presente y para el futuro.

Se incorporó al equipo como uno más trabajando en su campo con entusiasmo, y transmitiendo al trabajo su habitual jovialidad.

Pero ese fue solo el inicio. La actividad profesional me ha colocado habitualmente en trabajos relacionados con el patrimonio y la historia.

Durante los 13 años que dirigí la Oficina de Rehabilitación, que tenía competencias en el Casco Antiguo, pude constatar que Julio era un referente en el pueblo para todo aquello que tuviera que ver con el arte y la historia para los ciudadanos y para sus dirigentes. Si en una casa aparecía una piedra singular, los propietarios se dirigían a Julio, al archivo para depositarla, si se encontraban una carta antigua, querían saber algo de sus ancestros, o tenían una curiosidad sobre historias de su pueblo, siempre era Julio el referente.

Cuantas veces en tertulias en la calle, sentías como se encendía el hilo de la historia ante cualquier comentario fortuito que alguien hacía en su presencia.

Era un personaje reconocido popularmente, y eso partiendo de la profesión de archivero ya es, en sí mismo, singular.

Pocos temas que rozaran, aunque fuese tangencialmente la historia y el arte, se desarrollaban en Tudela sin que el estuviese implicado.

Atento a la historia peleaba el presente, y ha sido motor de muchos de los logros de conservación, propagación, publicidad, muestra, enseñanza, y divulgación de Tudela en su faceta artística e histórica. Las jornadas Judías, las exposiciones en la catedral, el cuidado del patrimonio religioso en la ciudad...

Recuerdo igualmente con qué ilusión trabajamos con la primera cartografía levantada por Tracasa con rigor técnico para el desarrollo del PEPRI en el año 1985, superponiéndola con los planos históricos que el tenía localizados en el Archivo, buscando en las líneas de las parcelas las huellas de las murallas, antiguos trazados de calles, desarrollos de la ciudad. En estas cuitas le alcanzó la enfermedad y el trabajo quedó inacabado, hasta el último aliento mantuvo su entusiasmo, su afán y su espíritu inquieto por desentrañar la maraña del pasado tejiendo el hilo conductor de la historia de su ciudad.

Ignacio Gómez Martínez

*Profesor de inglés en el Instituto "Valle del Ebro",
Concejal del Ayuntamiento de Tudela (1987-1991)*

¡Recuerdos!

Cuando hace un tiempo se me pidió que escribiera estas líneas recordando a Julio no lo dudé. Era un momento de mostrar mi gratitud a ese amigo y compañero del que disfruté, sobre todo, en el periodo que compartimos, él como jefe de área y yo como concejal responsable del área de Educación. Al mismo tiempo, también me invadió la duda, el no saber si en tan pocas líneas sería capaz de expresar todas mis vivencias con él compartidas y mis sentimientos hacia su persona. Tras unos momentos de duda, decidí que éste era el momento, ahora o nunca, así pues, decidí hurgar en ese baúl de los recuerdos que siempre tenemos a nuestro lado y recuperar lo mucho en que Julio estaba presente.

Obviamente, como muchos tudelanos y tudelanas, ya lo conocía en su faceta de Archivero y, tenida en cuenta mi profesión, maestro, también como el responsable del Ayuntamiento en todo lo que en algún modo tenía que ver con la educación. No obstante, fue casi a mediados de 1987, tras las elecciones municipales, al ser elegido concejal y nombrado responsable del área de Educación, cuando empecé a conocerle en su verdadera dimensión.

Era concejal y había que comenzar a andar, no voy a decir que el camino era difícil, pero sí incierto y sobre todo desconocido para mí, pues jamás había tenido experiencia política alguna. Muchas ideas rondaban por mi cabeza, unas factibles, otras no tanto, pero sí totalmente desordenadas... Ahí aparece Julio, mi primer golpe de suerte, había encontrado mi gran apoyo, la persona dispuesta a ayudarme y, lo que es realmente importante, a animarme en los momentos complicados o como se suele decir de bajón, que fueron bastantes, pues cuatro años dan para ello.

Fueron muchas las horas de reuniones y proyectos que compartimos, tantas, que siempre había un momento para hablar de cosas personales, íntimas, que me permitieron adentrarme en su persona y conocerlo un poco más y con ello su valía profesional y personal. Pero ahora, de la misma manera que se van sacando del baúl que tenemos en el desván los vestidos en su día arrinconados, sin tener en cuenta cuándo ni por qué entraron en desuso, únicamente atraído su gran valor sentimental y afectivo, voy a ir aflorando algunos recuerdos de esos proyectos que *juntos* afrontamos; unos arribaron a buen puerto, otros no lo hicieron y quedaron en el olvido; en palabras de Julio fueron tiempos de “logros y colmos”, hoy, con la perspectiva que nos ofrece el paso de los años, entrañables.

Recuerdo nuestra primera actuación, poner en marcha la Ludoteca Municipal, justo cuando acababa de estrenarme, cuando casi no éramos ni equipo (“Espero, Julio, no faltarte al decir que llegamos a formar un equipo y aquí quiero incluir a Bea, pues sería injusto no nombrarle”). Seguidamente el gimnasio de Griseras, obra que pareció que jamás acabaría. Las obras menores, mejoras anuales que se realizaban en los diferentes colegios públicos; cómo estirábamos los presupuestos para poder llevarlas a cabo. Conseguir la ampliación del parvulario de San Julián, algo que parecía que no iba llegar, pero... ahí está y en pleno rendimiento, con ocupación total desde su inauguración (“Tú ya entiendes lo que quiero decir, otros no lo creían). Dejar proyectado el gimnasio de San Julián, que se construiría en la siguiente legislatura.

Algo que nos llevó tiempo y con lo que disfrutamos, la Escuela Taller “El Molinar” donde jóvenes aprendieron los oficios de carpintería y albañilería al tiempo que rehabilitaban el antiguo molino. Una pena que no se consolidase la 2ª fase, rehabilitación de la maquinaria del antiguo molino y la Escuela de hostelería. (“¿Recuerdas cuando, en nuestras mentes, ya veíamos restaurado el molino y lo habíamos transformado en museo, al tiempo que comedor servido por los alumnos de la escuela de hostelería? ¡Dime que no éramos ilusos!”)

Vivimos las llegadas a Tudela de la Escuela de Idiomas, inicialmente instalada en el C.P. Elvira España, y de la U.N.E.D., provisionalmente ubicada en la Plaza de San Juan, en la Antigua ETI. Fuiste, junto a mí, participe en las gestiones llevadas a cabo para ampliar la ETI, de cara a una ampliación de la oferta educativa en formación profesional, donde se instaló la rama Administrativa, embrión del actual instituto “Valle del Ebro”.

Hay otras cosas que no llegaron, pero lo harían posteriormente (“Seguro que te sientes feliz por ello”). Quizá no era el momento, hablo de la Universidad Pública de Navarra, entonces recién creada, en periodo de consolidación, necesitada de acallar unas voces que machaconamente repetían, “Para qué otra, si ya tenemos una”.

Ya sé que para desarrollar estas tareas que he revivido, había algo que le costaba, y no era otra que abandonar la tarea de Archivero, pues en el fondo era eso lo que era y realmente le gustaba. Por ello no quiero dejar pasar sus desvelos para lograr la incorporación al patrimonio municipal del Archivo del Marqués de San Adrián, así como la custodia del Archivo Catedralicio en tanto en cuanto se llevaran a cabo las obras de restauración de la catedral.

Seguiría sacando ropajes del baúl, pero todavía quedan demasiados en su interior, tantos que llenaríamos hojas y más hojas. Pienso, que he de dejarlo, pues ha llegado el momento de agradecerle todo lo que para mí fuiste y en nombre del pueblo de Tudela, como representante del mismo que fui, agradecerle también los desvelos y dedicación que tuvo hacia la ciudad que te vio nacer y a la que se dedicó en cuerpo y alma desde sus puestos de responsabilidad en el Ayuntamiento y por encima de todo desde el de Archivero, reconociendo su contribución a la conservación de nuestro legado histórico y tradiciones.

“Gracias Julio por tu apoyo y, sobre todo, por haberme permitido conocerte y haber podido gozar de tu amistad”.

Jesús Jiménez Moracho / Pilartxo Durán Arregui

Director del Taller Escuela “El Castillo” / Dependienta

¡Hola Julio!

Desde mi sencilla forma de relatar por escrito los sentimientos hacia una persona, deseo transcribir unas letras que evocan las últimas “andanzas” que compartimos en distintos momentos de la vida, vivencias con diferentes compañeros, y que pasado ya un tiempo de tu partida; me remiten a reflexionar sobre ellos y colocar en la memoria el esfuerzo, la alegría y el afán que trasmitías para poner en marcha diversas ideas que pudieran aglutinar otros tantos grupos de personas que compartían las mismas ganas y alegrías; y que ha dejado una huella tan bien marcada, que ha servido para mantenerlos.

Quiero empezar recordándote en mi ambiente familiar, ya que nos unía también un lejano lazo por parte de mi madre y que mantenías vivo ese saber “cómo se encuentran” los familiares más longevos y más lejanos. Ni que decir tiene que también en tus relatos y conversaciones ponías en orden y traías al recuerdo los parientes que en mi memoria ya se habían “escapado” y que como buen archivero todavía los guardabas en la tuya, ¡Qué de personajes salían a relucir, y que de anécdotas podías relatar!

Por su lejanía y porque todavía, a pesar de los años transcurridos, estoy trabajando en ese mundo, voy a comenzar allá por los años 80, ese afán (me imagino que junto a otras personas de tu entorno) puso en marcha una experiencia nueva para trabajar con jóvenes desescolarizados y sin trabajo en el edificio de la Obra (la primera vez que en ese edificio se llevaba a cabo una obra educativa, y que sirvió para que posteriormente se fueran sucediendo las diferentes escuelas-taller en las que tú también estabas relacionado de alguna manera). Todavía están vivos los recuerdos de esas reuniones con

ese gran objetivo y esa jardinería juvenil incipiente. Esa huella todavía está marcada en el grupo de trabajadores entre los que me encuentro (manteniendo esa amistad y todavía trabajando la mayoría de nosotros en ese mundo educativo relacionado con estos jóvenes); y también, en alguna medida, con los jóvenes que por aquellos años pasaron por esa experiencia.

Me voy a acercar más en el tiempo para recordar dos entornos de ocio en los que también, como se dice ahora, tú “has estado allí”.

En primer lugar en ese grupo que por tu ahínco formamos los jóvenes y no tan jóvenes y que jugábamos esas “pachangas” de fútbol en el campo del Cerro; con las alegrías y risas de los diferentes comentarios en los comienzos del juego, en el campo (vaya carreras que te hacías), en la refrescante piscina posterior...; y que han mantenido unas amistades en ese grupo a la vez tan diverso. Esas llamadas por teléfono que nos hacías para mantener esas mañanas de domingo en esa organización “desorganizada” que este grupo nos mantenía y todos esos recuerdos que también evocábamos entre padres, hijos y amigos. Con los años los no tan jóvenes ya nos hemos retirado pero que sepas que todavía te hemos recordado en un “partidillo” con ese grupo magnífico que formaste, y que en muchas jugadas que a nuestro estilo hicimos y por los comentarios que se oían entre los que ahí estábamos, también tú “estabas jugando”.

En segundo lugar, con este grupo que también formé parte gracias a tu voluntad de convocatoria, y que comenzaba por reunirnos en la puerta de tu casa para ir al campo (al principio hasta realizábamos un pequeño paseo por los alrededores, que te servía para poner nervioso al cocinero con tus llamadas telefónicas contando alguna “mentirijilla”) y luego sentarnos alrededor de una chimenea en invierno o en el sombrero en verano, de una caseta solitaria pero también con enorme calor humano. Allí degustábamos un almuerzo, que previamente había obtenido el consenso de todos, no sin antes provocando a los comensales con tus breves y jocosos comentarios que nos servían para mantener la risa y alegría.

Este grupo tan diverso y sencillo, en el que nos deleitabas con los continuos recuerdos de los personajes tudelanos que habían dejado huella en tu archivo memorístico y que servían para intervenir a las diferentes personas que por sus años guardaban también sus recuerdos, sirviendo todo esto para una grata conversación y manera de entrelazar familias y familias de la sociedad tudelana, muchas veces entroncada con nuestro linaje; evocando también un vocabulario tudelano que también dominabas y algunos de los comensales podían contribuir e incluso revocar, con lo que las discusiones que organizabas nos servían para una grata tertulia llena de carcajadas. (por mi parte, que no tengo tu archivo, me arrepiento de no grabar esas conversaciones que incitabas; ¡qué ratos tan agradables!).

Este grupo nos juntamos todavía de vez en cuando (aunque mermado porque también te han acompañado algunos de ellos y que seguro, estés donde estés les continuarás provocando), seguimos con esos almuerzos, falta esas charlas, hay otras diferentes; pero nos sirven para recordar esos momentos compartidos.

Vayan pues estas líneas para decirte que mientras continúe tu recuerdo, seguiremos estando.

Javier Suescun Molinat

Profesor titular de Geografía e Historia en la Universidad Pública de Navarra

Conocí a Julio cuando niños. Hijos ambos de compañeros maestros y amigos, compartimos, si bien en distintos cursos, escuela y después bachiller. Posteriormente mantuvimos, siempre, una relación amistosa y muy cordial.

Con ocasión de mi tesina de Licenciatura en Bellas Artes, tuve necesidad de acudir a él para que me orientara acerca de la documentación municipal y protocolaria que pudiese existir sobre la Capilla de Santa Ana, objeto de mi estudio. Su entrega fue total, facilitándome los textos conocidos, no todos publicados, y ayudándome a encontrar bastantes otros hasta entonces inéditos. Sucedió lo mismo, años más tarde, cuando inicié mi proyecto de Tesis Doctoral. Siempre atento, me dedicó muchas horas de su tiempo personal, fuera de las jornadas de trabajo.

Lo recuerdo amable y solícito, generoso; un magnífico profesional. Fue un buen amigo y una mejor persona.

Emilio Majuelo Gil

Profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad Pública de Navarra

Recuerdo afectuoso de Julio Segura

Antes de mi dedicación a la investigación histórica, iniciada a finales de 1980, y de coincidir con él frecuentemente por este motivo, ya había oído hablar de Julio Segura en los ambientes de la izquierda antifascista de Tudela. No tanto por su militancia directa en alguna de las numerosas agrupaciones clandestinas de los últimos años del franquismo sino por la colaboración que, en momentos puntuales pero importantes, había prestado a alguna organización que entonces quedaba ubicada en la extrema izquierda. A ese tipo de detalles que lo hacía ante mis ojos persona cercana y de confianza se añadía la generalizada consideración que hablaba de él como hombre honrado. De este modo, cuando hube de visitarlo con motivo de haber iniciado mi primer trabajo de investigación sobre los problemas agrarios en la ribera tudelana, no me pareció alguien extraño sino un hombre cercano que además transmitía sosiego y calidez humana en el trato. Esas cualidades que atisbé en su persona hace más de treinta años, honradez y cercanía, las pude corroborar semana tras semana, año tras año, mientras, acabado aquel mi primer trabajo, continué con otros sucesivos hasta la actualidad.

Podría ahora, pasado tanto tiempo desde nuestros primeros contactos, dudar de mi propia percepción sobre él, por particular, por tener quizás mis impresiones poco alcance, o por el propio afecto que le tuve (lo que en ocasiones resulta instrumento engañoso cuando se impone al juicio). Mis sensaciones, en ese caso, podrían haber puesto en candelero mi primera afirmación elogiosa hacia él, de no mediar a favor de ésta la experiencia abundante, externa, múltiple y heterogénea, de tantos y tantos otros que como yo lo trataron sin conocerlo previamente de nada, solamente de haberlo visitado, demandado, solicitado, de haber sido atendidos por el Archivero de nuestra ciudad. Todos esos testimonios certifican un juicio unánime: Julio fue querido y respetado más allá de

su círculo de amistades por quienes le trataron humana y profesionalmente. Con qué tranquilidad podía yo, en Pamplona donde resido, afirmar y ufanarme ante cualquier compañero de la universidad pública o de la asociación de historiadores “Gerónimo de Uztariz”, cuando preguntaban, ante su primera visita al archivo histórico de Tudela, si había que hacer algún trámite especial o había que andar con cuidado por el talante del archivero. Yo jugaba con ventaja en mi respuesta pues sabía que vendrían bien satisfechos del trato y de la disposición a ayudar que recibirían por parte de Julio Segura.

Esa profesionalidad, mantenida a capa y espada a pesar de las limitaciones presupuestarias y la multiplicidad de tareas asignadas a su cargo, no era en aquellos tiempos, y hasta hace bien poco si se quiere, moco de pavo ni moneda corriente entre los archiveros. Quiero decir que lo frecuente en muchos archivos, no digamos en los privados sino también y especialmente en los públicos, era encontrar mansedumbre, incompetencia, dilaciones, por no decir, en ocasiones, torpedeo, pérdida inmisericorde de tiempo y un campo duro de trato que mediaba entre la frustración y la desesperación del investigador. Algunos de aquellos responsables de los archivos podrían haber sido objeto de un estudio específico del comportamiento humano, que habría conducido sin duda a la obtención por parte del autor de algún galardón o grado de excelencia, al subrayar su especificidad inimaginable para complicar la vida y el trabajo de los historiadores. Con Julio la “cosa” era exactamente lo contrario de lo que veíamos a diario en nuestras pesquisas documentales. Todavía guardo en la memoria mis primeras visitas al archivo municipal, provisionalmente ubicado durante un tiempo en el palacio de San Adrián, como una etapa plena de rendimiento y sentidas emociones: la profesionalidad y bonhomía de nuestro archivero aportaban a ese disfrute más que lo esperable del ejercicio de su cargo. En aquella soledad estética, de tranquilidad plena (entonces apenas había investigadores ni visitas al archivo), en medio de aquella arquitectura acogedora, podía, quien allá acudía, dedicarse al estudio intenso y fructífero. Ese fue un gran regalo, inimaginable en otras circunstancias y con otro personal, que agradecido disfruté cuando me iniciaba en el mundo de la investigación histórica.

Con el tiempo y el paso de los años comprobé que la profesionalidad de Julio no era meramente algo que me había tocado de cerca y que yo bien agradecía. Observé siempre en él una cualidad que ojalá hubiera podido comprobar en tantos otros hombres y mujeres de su oficio: el amor por el espacio urbano natal. En Julio Segura la curiosidad y atención por el patrimonio histórico-artístico y por el desarrollo urbanístico de la ciudad de Tudela fueron notables, en especial por el devenir y transformación de su caso histórico. Cuántas veces estuvo a pie de obra cuando una casa iba a ser remodelada o simplemente derruida para tratar de poner remedio antes de que ocurriera la irreparable pérdida de documentación importante. En unos casos, no en todos, sus desvelos fueron premiados con la suerte y su encomio por la protección del patrimonio documental nos ha permitido disponer de fuentes sobre nuestro pasado que celosamente guardaba tras salvarla de una destrucción segura. O cuando se trataba de hacer los necesarios traslados de la documentación depositada o perteneciente a una institución desaparecida o en vías de reforma, quedaba ahí vigilante ante el desorden que imponen siempre los traslados, ¡terrible vía de desaparición de documentos! esgrimida (¿en cuántas ocasiones hemos escuchado lo mismo?) para justificar la pérdida

de legajos, documentos, libros... Mientras en algún que otro archivo se han visto en la necesidad de hacer lo posible o lo imposible por recuperar parte de esa documentación (profesionalmente ¡suya!, pero perdida por negligencia), he recordado en más de una ocasión el proceder de Julio que tanto de bueno aportó al archivo municipal de Tudela.

Es esa profesionalidad y ese gusto por su trabajo (a pesar de que no pudo dedicar toda su actividad como funcionario de manera exclusiva al archivo histórico), su atención y su disponibilidad para comentar con cualquier interesado posibles datos requeridos, distintas vías para acceder a su consulta, su placer inmenso por la historia de nuestra ciudad, la grata imagen con la que recuerdo a Julio Segura. Su enfermedad me cogió de improviso. Su recuperación posterior me alegró y tranquilizó. En esa temporada no entraba en mis obligaciones visitar los fondos del archivo tudelano, andaba trabajando en otro tipo de temas y poco contacto volví a tener con él. Fue una pena terrible no haber disfrutado más de su buen trato y quehacer. Con ella me he quedado de modo irremediable.

Francisco Miranda Rubio

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Pública de Navarra

Conocí a Julio cuando éramos estudiantes de la Universidad de Zaragoza, él de un curso anterior al mío, guardo un magnífico recuerdo de entonces. Años después lo encontré en el Archivo Municipal de Tudela, él como titular del archivo y yo de usuario. A partir de ese momento nuestros encuentros aumentaron por razones profesionales y nuestra amistad se hizo más sólida. Como investigador siempre he contado con su asesoramiento, no sólo me facilitaba la documentación, cuyo conocimiento y dominio del archivo era evidente, sino que me aportaba certeras explicaciones. La preocupación por mejorar del servicio estuvo siempre en su punto de mira y le llevó a impulsar innovaciones como la digitalización de las Actas Municipales y de otros documentos, sin embargo, las limitaciones económicas le obligaron a asumir la cruda realidad. Todavía guardo un par de CD's con las actas municipales durante la Guerra de la Independencia. Es un recuerdo material y como tal fungible, pero mi recuerdo personal y humano hacía él será indeleble.

Reyes Berruezo Albéniz

Catedrática de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad Pública de Navarra

Las personas que, como yo, hemos trabajado en Historia de la Educación en Navarra sobre todo en el siglo XIX, sabíamos de la singularidad educativa de Tudela. Hubo proyectos y realidades que la convierten en objeto de estudio. En ambos casos, la guía de Julio era imprescindible. Su temprana Memoria de Licenciatura sobre *La Sociedad Tudelana de los Deseos del Bien Público* nos descubrió y perfiló los ambiciosos proyectos educativos de este grupo de ilustrados. Muchos años más tarde –en el 2004– todavía me prestó generosamente las fichas que había elaborado, cuando yo investigaba sobre

la primera escuela técnica de agricultura que funcionó en Navarra y que estuvo ubicada en Tudela. Sus consejos bibliográficos, su ayuda a localizar fondos de archivo y la lectura minuciosa de los originales, hacia que el resultado final facilitara conocer mejor la historia de Tudela.

Ángel García-Sanz Marcotegui

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Pública de Navarra

Como usuario del Archivo Municipal de Tudela me es grato señalar que Julio Segura atendió siempre mis requerimientos con amabilidad y presteza. Gracias a él pude consultar documentos desconocidos de Secciones tales como la amplísima de “Memoriales de alcaldía”, que fueron claves en varios de mis trabajos sobre la historia contemporánea de Navarra. Incluso, en algún caso, su elaboración fue posible por el hallazgo de esas fuentes.

Además, acogió con interés mi propuesta para colaborar en un dossier sobre Archivos del número 7 (2000) de la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, y participó con el artículo “El Archivo Municipal y los Archivos Eclesiásticos de Tudela”. En el dio pruebas de su gran conocimiento de los archivos de la capital de la Ribera.

Por todo ello desde estas líneas me sumo a todos aquellos cuyos testimonios revelan el buen hacer de nuestro desaparecido archivero.

Luis Javier Fortún Pérez de Ciriza

Archivero-Bibliotecario del Parlamento de Navarra

Unas espigas para hacer gavilla

Amigos y colegas hemos sido convocados para plasmar algunas facetas de la rica personalidad de Julio Segura. Las personas no somos dibujos trazados sobre un único plano, sólo visible desde una perspectiva, sino que construimos, a lo largo de nuestra existencia, poliedros complejos y afacetados de múltiples caras, que reflejan de forma diferente la luz de la realidad. A su vez, la percepción del poliedro varía mucho en función de la posición desde la que otra persona lo contempla. Esto no es un problema, porque las visiones distintas no confunden la imagen que se tiene de una persona, sino que la enriquecen y tamizan con matices y facetas complementarias.

Desde esta perspectiva quiero glosar la figura de Julio. Soy consciente de que, en esta gavilla de opiniones que entre todos vamos a reunir, habrá visiones más próximas, más ricas y profundas, mejor matizadas que la mía, pero yo la apporto consciente de que todas las espigas acaban siendo útiles en la gavilla. No me corresponde a mí hacer una visión panorámica de la persona y la vida de Julio, porque otros pueden acometerla con mayor proximidad y mejor conocimiento de causa que yo. Por eso me limitaré a recordar y glosar tan sólo algunos trazos que yo percibí con nitidez, fruto de una relación surgida en torno a los archivos, pero enriquecida por otros aspectos que aportó Julio de forma generosa.

Hay quien recibe herencias existenciales y las perpetúa; hay quien las rechaza como un pesado fardo; y hay también quien las renueva y les da mayor vigor, al compás de los nuevos tiempos y de las nuevas circunstancias. A este tercer y último grupo creo que pertenece Julio. Recibió nombre y vocación a la archivística de su tío Julio, pero fue suya la decisión de responder a esa llamada y de hacerlo con modernidad, dando mayor consistencia y enjundia a los precedentes que le proporcionó el linaje. Demostró, en la configuración básica de su trayectoria profesional, que la mera continuidad no basta y que, para hacerla válida, es preciso llenarla de aportaciones nuevas.

Sin duda, la principal aportación de Julio Segura a la archivística ha sido la ubicación del Archivo y la Biblioteca Municipales de Tudela en el palacio de Huarte, en el centro del paseo de Herrerías. Al ambicionar y conseguir un edificio emblemático, de suntuosa arquitectura dieciochesca, Julio no cometió una desmesura, sino que hizo profesión de fe en la importancia de las instituciones culturales de una ciudad, especialmente de su archivo y su biblioteca, y en la consecuyente necesidad y conveniencia de dotarlas de un ámbito condigno. El primer requisito para el éxito de un profesional es la autoestima de su propio quehacer (que no hay que confundir con la vanidad personal) y Julio la tuvo. Esa fe, amasada con constancia y habilidad para las relaciones con los ámbitos administrativos y políticos, dio como resultado la espléndida restauración de un edificio y su uso como Archivo y Biblioteca. Conviene resaltar esa habilidad para las relaciones, porque muchas veces los profesionales de los archivos se mueven entre la erudición intelectual de corte historicista y el irredentismo maximalista de quien, so capa de rigorismo (que no rigor) profesional, todo lo critica. Julio supo engrasar sus objetivos con el bálsamo de la habilidad, hasta lograr llegar a puerto.

Un edificio no es, por sí mismo, un archivo, por más que le proporcione un asiento y acomodo. Unos fondos documentales requieren una organización y un tratamiento constantes, nacidos de una definición de objetivos y una planificación, para poder decir que constituyen un verdadero archivo. Sería injusto si redujéramos la vida profesional de Julio como archivero a la rehabilitación y adecuación de un edificio, ciertamente subyugante en sus formas, como Archivo y Biblioteca. No se durmió en los laureles, sino que rellenó ese edificio con el trabajo de un buen equipo de profesionales, dio forma y trazabilidad a los fondos, los organizó, garantizó su conservación en adecuadas condiciones, impulsó su descripción y fomentó el acceso de los investigadores y de todos los ciudadanos a sus contenidos, a la par que daba sustento con su información a la propia institución generadora del archivo, el Ayuntamiento de Tudela, en sus tareas cotidianas. Lo mismo puede decirse de la Biblioteca, cuya incidencia social se percibe más fácilmente e impregna a un mayor ámbito social. Y además, Julio fue un archivero abierto a la modernidad, sin ningún complejo ante la llegada de las nuevas tecnologías que han revolucionado el quehacer profesional. En todo momento auscultó las innovaciones y las persiguió para implantarlas en el Archivo que dirigía, consiguiendo hacer realidad la implantación de programas informáticos de digitalización, descripción, vaciado de actas, etc.

No era Julio un archivero encerrado en su archivo, sino que se sentía parte de un todo, el sistema de archivos de Navarra, al que procuró aportar sus conocimientos, su experiencia y su ecuánime opinión. Recuerdo alguna comida mano a mano, en la que

suscitó temas de hondo calado, que afectaban a los fundamentos del sistema y al diseño de la política archivística de Navarra. Intuía el trasfondo de actuaciones y situaciones, y advertía serenamente de las disfunciones que podrían general en el futuro. No tenía miedo a plantear estas cuestiones, quizás porque lo hacía con mesura y ánimo constructivo, buscando, más que el mero placer de la crítica, la mejora de las situaciones y la prevención de los errores.

En el contexto cultural de Tudela no se limitó a ejercer como archivero, sino que fue acumulando a lo largo de su vida un amplio conocimiento de toda la historia y el patrimonio cultural y artístico de la ciudad. Se convirtió así en referente vivo para cualquier consulta o para cualquier actuación en el rico patrimonio tudelano. Lejos de reservarse ese acervo, lo ponía en circulación, para beneficio de quien se lo pedía y, en última instancia, de toda su ciudad, a la que entendía servir de esta manera, consciente de que el conocimiento del pasado o el acceso al mismo era una forma de entender el presente y enriquecerlo.

Su condición de funcionario municipal le permitió conocer con exactitud este ámbito político y administrativo, más allá de su concreción tudelana, y la importancia que el municipio y la administración local ha tenido en la historia como primer ámbito de la *res publica*, como núcleo básico de la convivencia y la vida política. Y se esforzó en plasmar la importancia del municipio navarro en un libro que recogiera su historia y su rica diversidad, auscultada a través de las *Casas consistoriales de Navarra*. El empeño no resultó fácil, por la dispersión de la información y la complejidad del tema, pero supo vertebrar un elenco de colaboradores y dar feliz término a un libro que, a la vez que transmitía un amplio caudal de información, servía para reclamar la importancia de la vida municipal en Navarra. Fue una forma de recordar a las instituciones centrales del Viejo Reino que, sin mengua de su preeminencia, descansaban en un denso tejido municipal que no podía perderse de vista a la hora de entender Navarra.

Descendiendo al terreno de las relaciones personales, que no por menudas son menos importantes, he de decir que Julio fue un hombre cordial y que acogía tanto a las personas como a las peticiones que esas personas le planteábamos. Cada vez que paso ante la copia del privilegio de ciudad de Tudela, recuerdo sus gestiones para que en el Parlamento de Navarra volviera a estar presente e impoluto lo que el azar había estropeado. Dispensaba a los colegas de profesión un trato exquisito cuando, por cualquier tarea o misión, recalábamos en el Archivo Municipal, tanto de forma individual como en grupo o comisión, y siempre procuraba que al trabajo siguiera una mesa bien aparejada, donde la verdura de la Mejana era una nueva forma de recordar la excelencia de Tudela, en perfecta continuidad con las cuitas archivísticas previas.

Julio Segura era y se sentía tudelano y, como tudelano de pro, siempre contribuyó a que su ciudad estuviera presente en la cresta de la ola de la vida navarra, aportando a ese objetivo su trabajo y sus saberes. Esa pauta de comportamiento, que podríamos identificar casi con un imperativo categórico kantiano, y la amistad con quien se lo pidió le llevaron a abandonar por un tiempo sus tareas profesionales y asumir un singular y delicado puesto en el Gobierno de Navarra, el de jefe de gabinete de su Presidente. No conozco su actuación, porque ningún tema o cuestión me exigió recurrir a él, pero es presumible que en todo momento su trabajo copioso estuviera

aderezado con la habilidad y la discreción habituales en él. Sólo diré que me impresionó su entrega final, cuando, desprovisto de anclajes y de objetivos por los avatares de la política, supo mantener el timón y la dedicación a su puesto más allá de las aciagas circunstancias que vivió durante un largo verano, hasta entregar el testigo al relevo que le sustituyó. Yo estoy seguro de que quien le confirió el cargo supo valorar ese derroche de profesionalidad y amistad, que hizo bueno el adagio latino: *amicus certus in re incerta cernitur*.

M^a Ángeles Coloma de Granda / M^a Pilar Jiménez Zamora
Bibliotecarias de Tudela

Julio, nos han invitado a escribir algunas líneas sobre tu semblanza personal y nos está resultando un auténtico reto, no tanto por exponer tus virtudes, definir la gran persona que eras y lo fácil que resultaba trabajar contigo, sino por la nostalgia y tristeza que nos invade al recordar que ya no podemos seguir compartiendo actividades. También, por todo lo que no vayamos a saber expresar con palabras...

Cuando leemos en la prensa tu trayectoria profesional, docente, literaria, investigadora y política, nos damos cuenta que no se hace referencia a la mejor de tus cualidades, la tremenda humanidad que irradiabas y que disfrutamos todos los que tuvimos la suerte de estar cerca de ti.

De todas formas, agradecemos las aportaciones en cada una de las facetas que constituyeron tu campo de actuación profesional:

Archivística, por la organización documental del Archivo y la adaptación del mismo a nuevas tecnologías.

Docente, de todos es conocida la buena formación y el excelente recuerdo que dejaste en los alumnos que instruías.

Literaria, en los libros que escribiste se constatan profundos conocimientos sobre historia, geografía y arte navarro, así como en cultura judía.

Investigadora, por el interés en descubrir el contenido de los numerosos escritos que te rodeaban y la accesibilidad a los documentos, que proporcionaste a todo el mundo que tuvo necesidad o, simplemente, curiosidad en ellos...

Cierto es que eras un hombre culto y discreto, alegre y divertido, un enamorado de los legajos y documentos con los que trabajabas, conocías a la perfección su contenido y lo difundías con sencillez y humildad.

Pero sobre todo eras un gran amigo y compañero, una de las personas más queridas y respetadas de nuestro entorno. Sabías escuchar, intentabas comprender y valorabas las cualidades de las personas que te rodeaban en su justa medida. Alegre y mordaz, diligente y eficaz, cariñoso y con un sutil sentido del humor.

Te adelantabas a nuestras necesidades, que sabías detectar antes que nosotros mismos. Hacías fácil lo difícil, lo arduo cómodo, e incluso, lo imposible probable. Gran embaucador, en el sentido positivo de la palabra, pues siempre estabas dispuesto a emprender alguna actividad cultural; la preparabas y presentabas de tal forma, que era imposible negarte nuestra participación.

Siempre valiente y realista con la gravedad de tú enfermedad, la asumías con tanta entereza y naturalidad, que en alguna ocasión, tuviste que animar a los que no pudimos aceptarla como tú...

Nunca te dejaste abatir por ella y el tiempo de convalecencia no dejabas nada al azar, sino que redoblaste esfuerzos para organizar todas y cada uno de los asuntos que tenías entre manos, tanto profesionales como personales, sentando las bases de su funcionamiento futuro, con el único fin de evitarnos inconvenientes y problemas.

A pesar de que hace algún tiempo que no estás entre nosotros, aún esperamos verte subir las escaleras a la carrera, de dos en dos (tan típico en ti) y aparecer por la puerta de la biblioteca para compartir con nosotras alguna acción relativa a la cultura, hacernos partícipes de alguna exposición o simplemente para realizar una visita de cortesía..., por si necesitábamos algo... ¿Como olvidar a alguien así...?

Solo los grandes hombres, los elegidos, tienen la virtud de ser recordados a través de sus obras y, además, los que tienen un corazón inmenso como tú nunca se marchan, permanecen para siempre con nosotros sin que puedan ser reemplazados.

En fin, que estamos orgullosos de que la vida nos haya premiado con la compañía de un hombre de tu categoría personal y profesional. Esperamos estar a la altura de las circunstancias, ya que has dejado el listón muy alto y continuar tu obra, con la misma dedicación y entusiasmo que tú. Ha sido un auténtico placer trabajar contigo...

Joaquim Llansó Sanjuan

Presidente de la Asociación de Archiveros de Navarra. AAN (2007-2011)

Mi amistad con Julio nacía hace más de 20 años, cuando acompañaba con regularidad a la que luego sería mi mujer a investigar para su tesis doctoral en el Archivo Municipal de Tudela.

Desde un inicio me percaté de que Julio no era un archivero común. Siempre ilusionado y apasionado en su trabajo (largas, intensas y fructuosas fueron las conversaciones sobre la Real Sociedad Económica Tudelana de Amigos del País). Julio mostraba un profundo conocimiento de los archivos familiares (así como de las propias familias) y de la historia de la Ribera de Navarra. Recuerdo que en su cabeza bullían constantemente proyectos de difusión cultural que más tarde se materializaban en exposiciones y otros actos de innegable relevancia social.

Julio era un enamorado de su ciudad. En no pocas ocasiones se nos brindó como cicero en los más interesantes recorridos por las calles de Tudela y, fundamentalmente, sus edificios más notables, que describía con erudición y esmero. También era, según pudimos comprobar, un entendido en gastronomía.

Julio era una persona generosa. Deseoso de ayudar al investigador en su tarea de pesquisa de fuentes y datos, no dudaba en poner a disposición de quien lo precisara su biblioteca personal y prestar gustosamente libros a quien lo precisara, inclusive sin que mediara un gran conocimiento personal. Entendía, y así me lo manifestó directamente cuando le agradecí años más tarde estos detalles, que siempre haría cuanto estuviese en su mano para facilitar la difusión de la historia de su ciudad y de la Ribera: quería

contribuir (modestamente, agregaba él) de este modo a un mayor conocimiento de los documentos y de la historia, de modo que trascendiera a la sociedad.

Julio tenía confianza en las personas. Presumía de la honestidad del investigador, lo que probablemente debió reportarle no pocos desengaños, aunque nunca le oí pronunciar una sola queja en este sentido: no iba a cambiar su visión de la vida por unas pocas malas experiencias, que no eran nada para él en comparación con las puertas que podrían abrir las personas que le correspondieran lealmente, en justicia.

Una vez que me asenté profesionalmente en Navarra, a finales de los años 90, completé el conocimiento de su personalidad gracias al trato frecuente como colega. Entonces pude percatarme de su gran cultura (rica y diversa, podría calificarse de humanista), su sentido de la responsabilidad y entereza profesional, su orgullo de servir como archivero a su ciudad, su compañerismo y su disposición a colaborar en el bien común del colectivo profesional en Navarra. Nada más crearse la Asociación de Archiveros de Navarra, de la que fue destacado promotor y socio fundador, asumió con determinación las funciones de Tesorero, cargo del que tuvo que dimitir cuando la enfermedad se manifestó en toda su crudeza.

Como profesional tenía una amplia visión de qué eran y en qué debían progresar los archivos. Como muestra de ello, vale decir que, según me consta, fue el primer archivero navarro en apostar por la informática aplicada al trabajo archivístico, de modo que no sorprende que llegara a intuir, con la finura en que lo hizo, cómo la administración electrónica cambiaría, a ojos de los ciudadanos, la visión tradicional de los archivos. Años antes de que la función social de los archivos fuera un tema de atención importante en nuestro sector profesional, él impulsaba cuantas actuaciones podía para hacer evidente la utilidad de los archivos y los documentos ante la sociedad tudelana.

Buen conversador, aunque discreto y sabio, siempre respetuoso, su actitud le predisponía a la confianza y al consejo. Su opinión de las cosas constituía siempre para mí un referente para temas de interés del Consejo Navarro de Cultura (en especial los tratados en la Comisión de Archivos y Bibliotecas) y para otros de rabiosa actualidad, como por ejemplo la implantación de estudios universitarios en Tudela con la extensión de la Universidad Pública de Navarra, organización a la que, según pude observar en repetidas ocasiones, se sentía unido de alguna forma y le inspiraba una especial sensibilidad.

En nuestro trato, constantemente me sorprendía con algo nuevo, una visión distinta, moderna, que completaba, en su modestia, con un consejo prudente. No existía cuestión en la que él no hubiera reflexionado previamente, gracias a su extensa experiencia profesional, a su perspicacia e intuición, y su conocimiento.

Completamente ajeno a las vanidades del mundo, siempre aprendí de él, en lo humano y en lo profesional. El suyo fue un extraordinario magisterio.

Por sus virtudes humanas, conocimiento y méritos profesionales, tengo la convicción de que Julio hubiera sido un magnífico Presidente de la Asociación de Archiveros de Navarra.

Augusto Pérez-Coca / M^a Luisa Roselló

Notario en Alicante / Su mujer

Charlar... hasta de trompetas

Maurice André, el gran trompetista francés, sonaba en el salón de nuestra casa en Tudela y Julio se interesó por lo que estábamos oyendo. Era un concierto de Hummel. Hablamos sobre este compositor y sobre la música de trompeta en general y le enseñé varios discos que tenía. Le intrigó mi interés por ese instrumento y charlamos sobre ello, sobre la capacidad de la trompeta para llegar en la escala donde no llegan las voces humanas y de cómo se utilizaba por los compositores para completar grandes coros, para llenar con sus agudos los vacíos que las voces, limitadas, dejan en la masa coral.

Y es que charlar con Julio no era precisamente difícil. Casi desde el primer momento, sin apenas conocerle, sabía escucharte atentamente, con pausa, sentías que lo que decías era respetado y apreciado, que tu opinión era importante, sobre cualquier tema, aunque tú fueras apenas un chaval que empezaba su vida profesional y acababa de salir de la casa paterna y él fuera un erudito en tantas cosas. Sabía darte confianza y te sentías querido. Y cuando era él el que hablaba aun era mejor. Profundo saber en casi todo, sabio escepticismo en las cuestiones mundanas, ironía y, siempre, mucho sentido del humor. Escucharle igual a divertirse y aprender, ¡cómo si fuera fácil!

Algún tiempo después conseguí dos de mis discos de trompeta favoritos y se los regalé. Ello nos dio ocasión de volver a hablar sobre el tema varias veces. Desde entonces esa música siempre la relacioné con Julio. Tantas veces la escucho, tantas veces lo recuerdo. Echamos de menos a ese gran amigo que tanto nos dio.

Mientras escribo estas líneas suena una y otra vez ese concierto y me emociono pensando en el amigo. Una vez más, donde no llega la voz llega la trompeta, donde ya no llega la voz de Julio llega la música que nos trae su recuerdo. Y es un recuerdo genial, como Julio.

Era un hombre bueno, de verdad. Un hombre simpático, servicial, jovial, siempre sonriente y siempre dispuesto a hacer un favor a quien se lo pidiera. Amigo de sus amigos, sin excepción. Capaz de transmitir entusiasmo por las cosas que le gustaban... ¡Qué eran muchas! Sobre todo cuando tenían que ver con Tudela, su amada Tudela. He pasado ratos inolvidables con él, con sus bromas y su gran sentido del humor, disfrutando de su cultura y de lo bien que explicaba las cosas, porque sólo el que conoce y quiere mucho algo es capaz de transmitir ese conocimiento y ese amor. Consiguió que yo también me sintiera un poco tudelana.

Era un hombre cariñoso, no sólo conmigo sino también con toda mi familia. Quería a mi hija antes de que naciera, y la llamaba con un apelativo tan bonito que todavía hoy recuerdo: “la princesita”. Siempre estuvo cuando le necesitamos. En el fondo de mi ser siento que nunca le di, y desgraciadamente ya no puedo darle, ni la mitad de lo que él me dio.

Cuando hablamos o escribimos de alguien que ya no está entre nosotros parece obligado mencionar sólo lo bueno y olvidar lo malo. Yo no quiero caer en esto, pero... Tengo en la cabeza muchas cosas, muchos recuerdos y ¡Todos buenos! Supongo que tendría sus defectos, aunque yo no recuerdo ninguno.

No es fácil olvidar a una persona como él. No puedo ni quiero. Cuantos más años pasan y más gente conozco, más me doy cuenta de lo grande que era.

Julio, ¡Qué suerte haberte conocido!

Luis Casado Oliver

Alcalde del M.I. Ayuntamiento de Tudela

Julio Segura Moneo: “un gran amante de su trabajo”

Conocía a Julio Segura desde hacía tiempo por sus publicaciones, su trabajo como archivero y su faceta de docente en el colegio San Francisco Javier. Creo que resultaría difícil encontrar a un tudelano que no conociese a Julio.

Pero fue a partir de mi entrada en el Ayuntamiento allá por el año 1991 y más especialmente cuando accedí a la Alcaldía en 2003, cuando el contacto se hizo mucho más cercano y directo.

Natural de Tudela e hijo de tudelanos, Julio dedicó su vida a la difusión y recuperación de nuestro pasado y nuestra historia además de ejercer como un archivero ejemplar desde su incorporación en 1972.

Cuando tenía claro sus objetivos y deseaba desarrollar un proyecto, lo defendía con tal pasión que era imposible no compartirlo y no quedaba otra opción que apoyarlo e intentar llevarlo a cabo.

Recuerdo que tenía en su mente un auténtico archivo. Sin mirar papeles era capaz de recordarlo casi todo, ya fueran hechos o fechas. Igual te hablaba de historia, de la iglesia, de términos antiguos de Tudela y sus campos, de masones o de judíos, y si le preguntabas por el año que nevó el día del Ángel, o sobre las riadas, no tenía que consultar nada, te daba todos los detalles.

Gracias a su trabajo y profesionalidad, el Archivo Municipal de Tudela ha sido y es un referente a nivel nacional. Julio siempre llevó a su propio archivo las más pioneras directrices y sistemas en la práctica archivística propuestas en la Mesa Nacional de Archivos Municipales o Asociación Archiveros de Navarra.

Resulta imposible no recordar a Julio entre sus legajos y pergaminos, entre cajas o papeles. No obstante, siempre imprimió a su trabajo una gran visión de futuro. No dudó nunca en la aplicación de las nuevas tecnología y puso todo su empeño en convertir el archivo en un servicio eficiente y moderno. Julio dejó un importante legado y una labor documental que perdurará eternamente en nuestra ciudad.

Siempre estuvo disponible para cualquier consulta o informe que se solicitaba, buscando persistentemente los antecedentes que pudieran garantizar una buena gestión municipal. De igual manera, con el mismo mimo y tesón, estoy seguro, atendía la solicitud de ciudadanos e investigadores, sobre todo, si iban a servir para la difusión de nuestra cultura e historia, para ensalzar el nombre de Tudela.

El Ayuntamiento ha realizado en los últimos años un gran esfuerzo en la reproducción documental a través de las técnicas de microfilmación y digitalización, especialmente desde 1998 hasta el 2008. No exagero al afirmar que fue él, quien con su fuerte convicción y tenacidad, consiguió y llevó a cabo esa gran actividad que perdurará para siempre.

Siendo yo todavía concejal responsable del área de urbanismo, allá por julio de 1995, se gestionó la restauración del Palacio Decanal de Tudela con una colaboración muy personal y activa en esta obra. Ya más tarde, en el año 2000, una vez finalizadas las obras, con Julio Segura y Vicente Ilzarbe como gestores conscientes de su responsabilidad, se creó el Museo de Tudela.

Meses después comenzaría a gestarse también con el apoyo y colaboración de Julio, el Museo Muñoz Sola. Por cierto que a ambos les unía una muy buena amistad, tanto es así que el pintor tomó como modelo a nuestro archivero para representar el cuadro de Benjamín de Tudela, para quien prestó su imagen y sobretodo sus manos.

Quiénes hemos conocido a Julio podemos hablar de su carácter alegre, su falta de vanidad y de una personalidad carismática que se quedaba grabada. Fue un hombre de una gran generosidad que, entre otras cosas, se testimonió en la donación de su biblioteca al Ayuntamiento de Tudela, actualmente custodiada en el Archivo Municipal, e iniciada por él mismo en 2008 y ampliada posteriormente por su familia el pasado 2010. Quiero detenerme aquí, antes de finalizar, para hacer un agradecimiento muy sentido a la familia de Julio y más concretamente a Ana Carmen Pérez, su esposa, por su generosidad e interés en que todo ese importante legado quede a buen recaudo en nuestra ciudad.

Se nos fue una persona honesta y generosa, pero sobretodo un gran amante de su trabajo. Siempre decía que había tenido la suerte de trabajar en algo que le apasionaba. Y con esa pasión recordará siempre Tudela a su Archivero Municipal, Julio Segura Moneo.

Vicente Ilzarbe Gorosquieta⁴⁹,
Director del Palacio Decanal de Tudela,
canónigo-archivero de la Catedral de Tudela

Cuando me eligieron mis compañeros de Cabildo como responsable del Archivo Catedralicio y el Sr. Arzobispo me nombró Archivero me hizo una ilusión tremenda porque había conseguido uno de los sueños más caros para mí. Siempre había pensado con poder estar en medio de papeles viejos y poder ordenarlos, ponerlos al servicio de los investigadores y gozar viéndolos cada uno en su sitio. No tuve ocasión de estudiar ni de ir a la Universidad. Dada mi falta de preparación técnica, o sea mi falta de estudios académicos, tenía un miedo grandísimo de no saber qué hacer en el batiburrillo en el que me había metido aceptando ser archivero.

Llegó la hora de hacerme cargo del Archivo catedralicio. Por un lado me encontré una habitación en el trastero de la catedral donde estaba ubicado el archivo que realmente daba pena. Decir que la carcoma, el polvo y la falta de medios para realizar mínimamente el trabajo eran una realidad palmaria. Encogía el ánimo. Lo primero que se me ocurrió fue limpiar aquella habitación. Para ello con mascarillas y con la ayuda

49. Recientemente fallecido, el día 28 de junio de 2011.

precisa hicimos una primera pasada limpiando lo más imprescindible. Y me puse a trabajar sin saber muy bien ni lo que quería ni lo que debía hacer. En un primer tiempo me parecía que el criterio óptimo era el cronológico, para pasar después al temático y acabar sin saber qué hacer. Es entonces cuando aparece mi ángel de la guarda, mi mentor y maestro, Julio R. Segura Moneo, Archivero Municipal de Tudela, quien muy habilidosamente supo ganar mi confianza y entusiasmarme con el trabajo que íbamos a compartir. Él me fue guiando para que yo me aclarara en lo que podía ser mi tarea. Con él empezamos por recoger todos los pergaminos, doblados y manchados, que se guardaban en cajones. Lo hicimos despacio, con paciencia y estudiando uno por uno todos los pergaminos, indicando sus características, sus deficiencias y su necesidad de restauración. Lo recogimos en un memorial que se presentó con toda clase de detalles al Cabildo que quedó encantado por el trabajo realizado. Se decidió restaurar algunos, pocos, que lo necesitaban con urgencia, otros fueron estirados, la mayoría fueron con esmero sufriendo una tarea de limpieza que era urgente. Así se llevo a efecto. Restaurados unos, limpios otros, ordenados todos los depositamos en unos hermosos armarios en los que, estirados y limpios, hoy se guardan para que las futuras generaciones puedan investigarlos y estudiarlos.

Mi sorpresa fue mayúscula al abrir un armario que se encontraba cerrado y encontrarme allí con las partituras musicales, casi todas ellas hechas a mano, que habían sido compuestas por los distintos maestros de Capilla de esta Catedral y otros autores tudelanos. Con ímpetu juvenil me puse a quitarles el polvo, que era abundante, ordenarlas y ponerlas en su lugar respectivo. Encontré otro maestro que ha sido mi guía en este mundo de la música Don Antonio Ezquerro Esteban, director de RIMS-España, con residencia en Barcelona. Tuvo la amabilidad de trasladarse hasta nuestra ciudad y acompañarme durante diez días, residiendo en Tudela, para que yo me pusiera un tanto al día en la informatización de las distintas fichas musicales, ya que carecía de conocimientos musicales. Sus ánimos constantes, su presencia lejana, su discreción y eficacia han sido para mí un alivio y un acicate que me han ayudado enormemente. Trabajo que lo tengo muy avanzado ya que he pasado al ordenador las 2.500 fichas que se compone al Archivo Musical de la Catedral, guardo los incipit musicales de cada una de ellas hechas a mano, tengo impreso un listado de cada una de las obras indicando el título, autor, año, voces y designación litúrgica (antifonas, magnificat, misas etc. etc.). Estoy recogiendo e informatizando aquellas partituras, no originales, sino copias multicopiadas que han venido a parar a este archivo. Es mi intención seguir con las composiciones que las diversas parroquias de la ciudad han tenido a bien entregarme para que se las guarde, archive y clasifique. Es para mí todo un honor.

El lugar no era precisamente el mejor, teníamos que encontrar un sitio digno donde colocar tanto el archivo de la catedral con toda su documentación como el archivo musical con toda su riqueza. No sé si serán importantes ni si tendrán un gran valor pero son las partituras de música de nuestros Maestros de Capilla, Organistas y músicos que compusieron sus mejores cantares sobre todo a Nuestra Patrona Santa Ana así como lo necesario para acompañar las funciones litúrgicas. Sin olvidar los libros tanto litúrgicos como de espiritualidad que en ella se encontraban.

Restauración del Palacio Decanal – Casa de la Iglesia

No fui yo quien descubrió ni el sitio ni la manera como abordar el problema. Me encontré que había un deseo muy generalizado, a mí me lo hizo patente Julio, de tratar de conseguir que el Palacio, llamado Decanal, por haber sido realizado por D. Pedro Villalón, eminente Deán de esta Catedral, fuese rehabilitado para este fin. El edificio había sido usado para toda clase de actividades realmente importantes de la ciudad, allí tuvo acogida cariñosa toda la juventud tudelana en tiempos en los que no era fácil encontrar sitio para reunirse y divertirse. No pocos tudelanos guardan un grato recuerdo de aquellos tiempos.

Fueron múltiples y arduos los contactos que se programaron para poner de acuerdo a la Institución Príncipe de Viana, al Ayuntamiento y al Arzobispado para encontrar una solución de cómo llevar a cabo la restauración y a qué se iba a dedicar.

Dada luz verde al proyecto, se encargó a D. Manuel Blasco Blanco, arquitecto de esta ciudad la ejecución de la obra. Se lució en la restauración con gran complacencia de todos. Una extraordinaria visión de cómo ha quedado el Palacio es la lectura de la publicación del libro que el Gobierno de Navarra, a través de su Dirección General de Cultura –Institución Príncipe de Viana–, ha puesto al servicio del público donde autores eminentes nos dan cuenta de sus estudios e investigaciones para un mayor conocimiento del edificio.

La división del edificio está hecha por sectores: Librería Diocesana, Zona pastoral y Conferencias, Museo de Tudela, Archivos Eclesiásticos, subdivididos en Archivo Diocesano de Tudela, Archivo Catedralicio y Archivos Parroquiales.

Y aquí encajamos el Archivo Catedralicio. Fue toda una hermosa experiencia su traslado. Después de los sinsabores, estrecheces y frío que habíamos pasado en el trasero de la Catedral casi nos era imposible imaginarnos lo bien que se estaba en el recién inaugurado Palacio con toda clase de comodidades. Tanto el edificio como su mobiliario y todo lo necesario para una buena informatización, así como para un buen servicio a los investigadores es nuestro orgullo y alegría.

Juan-Cruz Alli Aranguren

*Doctor en derecho y político navarro*⁵⁰

“De cuando Julio Segura se convirtió en Benjamín de Tudela”

En la historia de Navarra y de la cultura judía es conocida la importancia de la aljama de Tudela durante la Edad Media. En ella vivieron personajes tal relevantes como Yehuda ha-Leví (1071-1141), Abraham ben Meir ibn Ezra (1089-1164) y Benjamín de Tudela (1130-1173). Años después, antes de instalarse definitivamente en Toledo, residió entre 1325 y 1331 el judío estellés Menahem ben Zerah (1310-1385)⁵¹, siendo

50. Presidente del Gobierno de Navarra desde 1991 hasta 1995, entre otros muchos cargos públicos.

51. Fue víctima de la persecución del franciscano Pedro de Ollogoyen en el pogrom de la noche del 5 al 6 de marzo de 1328, pereciendo toda su familia. Su padre el rabino Aarón ben Zerah había huido

discípulo en la madrasa tudelana del rabinio Yoshuá ibn Shuaib, que lo había sido del más importante de la época, el cabalista y antimaimonista Salomón ibn Adret autor de *Derashot-Sermones*.

La importancia de la aljama tudelana se basó en el fuero de Nájera otorgado por Alfonso el Batallador tras conquistar la ciudad en 1119, convirtiéndose en un centro económico, social y religioso de la comunidad judía del Reino de Navarra. El fuero fue confirmado por Sancho el Sabio en 1170, quien dispuso el traslado de la judería junto al castillo con la obligación de custodiar y reparar sus muros. Amplió los derechos religiosos, patrimoniales y jurídicos de la población judía, que fueron limitados por los monarcas de la casa de Champaña⁵².

Benjamín bar Yonah nació en la aljama tudelana destacando su viaje por el mediterráneo hasta Jerusalén, narrado en su Séfer Masa'ot-Libro de viajes⁵³. Recoge todas las impresiones, descripciones y observaciones muy variadas que le sugiere el viaje iniciado en Tudela entre 1165-1166, regresando en 1172-1173, correspondiente al año 4933 de la era judía.

Se considera que la introducción no es suya, sino de otro autor, respondiendo al dicho rabínico de que “libro sin introducción es cuerpo sin respiración”. De este modo hemos podido conocer datos sobre su persona y familia. El autor anónimo lo describió como “hombre inteligente e ilustrado, versado en la Torah y en la Halakhah”, que “marchó y fue a muchos países lejanos (...) en cada lugar que entró escribió todas las cosas que vio y oyó de boca de hombres veraces, que no habían sido oídas en tierras de España. De este modo hace mención de algunos sabios y príncipes de cada lugar”. El prologuista afirmó que “todas las cosas verificadas para comprobar sus palabras fueron encontradas correctas, exactas e irrefutables, pues él (era) hombre veraz”.

Su relato demuestra un conocimiento de la Biblia, la historia y las culturas judías y clásica, así como en las condiciones de su propia época. Utilizó un lenguaje influido

del Reino de Francia tras la expulsión decretada por Felipe IV el Hermoso (1285-1314) en 1306. Se trasladó a Tudela para realizar sus estudios del Talmud y la Cábala, pasó a Castilla, falleciendo en Toledo en 1368 donde fue rabino principal. Escribió el *Tzedá la-Derek-Provisión para el camino* (1373) con una introducción-*ha-haqdamah* biográfica de la que proceden los datos expuestos. RODRÍGUEZ OCHOA, J. M., *Menahem ben Zerah, rabino estellés (1310-1385). Aproximación a una cultura que floreció en Sefarad*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2011. FREIMANN, A., “Menachen ben Zerah”, en *Anuario di Studi Ebraici*, 1, 1934, pp. 147-167. DEL VALLE RODRÍGUEZ, C., “Fuentes hebreas de la historia de España, II, Los relatos de Menahem ben Zerah (1308-1385)”, en *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, XL, 2004, pp. 65-76.

52. CARRASCO, J., *Navarra Judaica*, I, Pamplona. Gobierno de Navarra, documentos números 69 y ss; “Las primera migraciones judías en el Reino de Navarra (1076-1328)”, en *Terceros encuentros judaicos de Tudela 1998*, Pamplona: Gobierno de Navarra, 2000; “Las otras ‘gentes del Libro’: judíos y moros”, en MARTÍN DUQUE, A. (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra*, I, Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1996, pp. 207-234.

53. ARIAS MONTANO, B., *Itinerarium Beniamini Tudelensis*, Amberes, 1575. DÍAZ BRAVO, J. V., *Memorias históricas de Tudela*, Pamplona, 1956, p. 277. BUSI, G., *Binyamin de Tudela, Itinerario (Sefer massa'ot)*, Rimini, 1988. GONZÁLEZ LLUBERA, I., *Viajes de Benjamín de Tudela 1160-1173*, Madrid, 1918. MAGDALENA NOM DE DEU, J. R., *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, Barcelona, 1982. BENJAMÍN DE TUDELA, *Libro de Viajes*, Gobierno de Navarra: Pamplona, 1994, el texto corresponde a la versión del autor anterior.

por los textos sagrados, que es “un modelo en su género, de naturalidad compatible con cierta fantasía que así alcanza a colorear cuanto percibe, como repele cuanto tiende a desfigurar o deformar la visión de la realidad”. Se le ha considerado un “observador sagaz y entendido”, que “comunica a la narración un carácter marcadamente objetivo y racional, de aquí la exactitud de las informaciones”, porque “no toma nota de todo cuanto, sino solamente de lo que dice relación a su fin; y lo demás que menciona es siempre lo que tiene mayor interés para el lector de todos los tiempos; está muy lejos, por su formación intelectual y moral, del espíritu particularista de la Edad Media”⁵⁴. Julio Caro Baroja lo consideró el “clásico tipo del judío errante”, cuyo libro “es muy seco. Las tierras no son casi nada para nuestro buen hebreo; las juderías, los ghettos lo son todo”⁵⁵.

El contenido y razón de ser de su obra lo expuse en la “Introducción” a la edición del *Séfer Masa’ot-Libro de Viajes* realizada por el Gobierno de Navarra en 1994, sosteniendo su carácter religioso para mejorar el conocimiento de las comunidades judías y el estado de la ciudad Santa-Jerusalén. Al final de la obra se lee: “Fortaleceos en la religión de Moisés. Los que llevan luto por Sión y los que llevan luto por Jerusalén pedirán misericordia ante Dios, y los que visten ropajes negros suplicarán por sus méritos”. En algunos detalles de su exposición hay un gran contenido bíblico de afirmación del hecho religioso, incluido el dolor por el estado de Jerusalén en manos de los seguidores de “aquel Hombre, al que acuden todos los peregrinos”, que habían profanado la ciudad santa. Como expresó el poeta tudelano Yehuda ha-Leví “se encuentra en manos perversas e incircuncisas”, pidiendo que “de la morada de la paz ahuyenta a los cachorros del león, que acuden a devorar la miserable oveja exigua de linaje”. En su descripción de la Ciudad lo hace como un nuevo Jeremías, porque “nuestra heredad ha pasado a manos extrañas, nuestra casa a poder de desconocidos”, ya que “somos perseguidos, llevamos yugo sobre la cerviz, estamos agotados, no hay para nosotros descanso” (Lamentaciones 5,1 y 5).

Julio Segura fue un docto historiador, experto en la historia y vida de su ciudad. Su afán de rescatar la vida histórica de Tudela le llevó a investigar en la documentación del archivo municipal al que tanto empeño dedicó. Uno de sus propósitos fue documentar la presencia judía.

Recuerdo como en una de mis visitas, después de hablar de muchas cosas de la actualidad local, me comunicó con gran entusiasmo sus últimos descubrimientos de documentos judía. Se trataba de textos de la Biblia, del Tárgum y de contratos en pergamino, que habían sido reutilizados como tapas de los libros de cuentas, acuerdos y otros documentos. El descubrimiento de uno de ellos le llevó a revisar todos los libros para comprobar si en la parte interior de la cubierta y bajo una hoja de papel pegada existían o no otros documentos de este tipo. De este modo logró descubrir varios que acrecentaron el fondo hebraico tudelano, confirmando la importancia de la aljama y de

54. GONZÁLEZ LLUBERA, I., *Viajes...*, *cit.*, pp. 49, 20 y 27.

55. CARO BAROJA, J., *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, 1961, p. 37.

sus vecinos, así como su vida interna en cuanto se acreditaban contratos matrimoniales y de compraventa de bienes⁵⁶.

A partir de esa conversación entramos a dialogar sobre la importancia de Tudela en la cultura judía, llegando al personaje de Benjamín, al que me había asomado tempranamente con motivo del VIII centenario del inicio del viaje, publicando un artículo sobre el mismo⁵⁷. Con este motivo se habían editado postales y sellos conmemorativos que reproducían un cuadro del pintor tudelano César Muñoz Sola. Cuando los conocí el personaje del cuadro no era para mí sino una figuración que el artista había realizado, quizá tomando como modelo algún hortelano de la Mejana amigo suyo. Este supuesto “retrato” sirvió posteriormente para el busto que se instaló en el monumento que le dedicó el Ayuntamiento.

En un momento de la conversación, fijándome en sus rasgos me vino a la memoria el retrato de la postal, en el que adiviné a mi interlocutor y ya amigo. Le pedí que se quitara las gafas para comprobar si mi recuerdo de la imagen coincidía. Discretamente lo examiné de frente, de perfil y lo ví claro. El Benjamín de Tudela figurado no era otro que Julio Segura, transmutado en el rabino Benjamín, con kippá, cayado y cuaderno, con un fondo de Tudela y el Ebro. ¡Acababa de descubrir al autor del Viaje, como personaje de carne y hueso! Así se lo transmití, confirmándome que había posado a petición de César, pero que era un hecho prácticamente desconocido en su ciudad. Me llevó al lugar donde colgaba el cuadro y pudimos comprobarlo: era Julio con unos años menos, y otra vestimenta, pero con la misma mirada profunda, perspicaz y serena que le caracterizaba, con su frente despejada y una sensación de búsqueda del conocimiento y la verdad.

A partir de ese momento Benjamín de Tudela fue para mí algo más que el autor de una obra importante, sobre la que había estudiado y redactado un artículo periodístico de juventud y otro de madurez. Tenía una fisonomía, que me permitió transmitir a Julio las similitudes que, en lo que suponía había sido la trayectoria vital e intelectual de rabino medieval, había con su propia vida e inquietudes intelectuales. Si hacia 1960 Julio se había transmutado en Benjamín, este lo había hecho en aquél. Por eso, muy a menudo, cuando coincidíamos, no le llamaba Julio, sino Benjamín, porque para mí eran la misma persona en momentos y roles sociales distintos. Era como si se hubiera producido una reencarnación de uno en el otro. Todo esto no le disgustaba a Julio Segura porque era un gran conocedor y admirador de la vida y obra de Benjamín.

En otros momentos de coincidencia hablamos de otros personajes tudelanos, de aquella época y posteriores. Aunque los conocía no observé el mismo afecto, salvo respecto a Yanguas y Miranda, cuya labor como secretario municipal iba indagando en la documentación municipal con la idea de completar la biografía que había escrito don José

56. LACAVE, J. L., “Importante hallazgo de documentos hebreos en Tudela”, en *Sefarad*, 43, 1983, pp. 177-179. GARCÍA ARENAL, M. y LEROY, B., *Moros y judíos en Navarra en la Baja Edad Media*, Madrid: Hiperion, 1984, p. 146, se refieren a rollos sinagogales. Sobre documentos de esta naturaleza, principalmente rollos de la Torá del Archivo Real y General de Navarra y de los archivos municipales de Tafalla y Olite: RODRÍGUEZ OCHOA, J. M., “Fragmentos de rollos sinagogales en Navarra. Descubrimientos recientes de Tafalla, I Congreso General de Historia de Navarra. 3. Comunicaciones Edad Media, en *Príncipe de Viana*, 8, 1988, pp. 615-623.

57. ALLI ARANGUREN, J.-C., “VIII centenario de Benjamín de Tudela”, en *El Pensamiento Navarro*, 11 de febrero de 1960, reproducido en *La Voz de la Ribera*, 17 de diciembre de 1960.

Ramón Castro Álava. El personaje se lo merecía por su gran aportación al conocimiento de la historia de Navarra y al momento de la transformación del Reino en provincia foral tras la revolución liberal y el constitucionalismo. Su papel en la negociación de la Ley de 1841 fue decisivo y exigiría un mejor conocimiento de cómo un liberal progresista fue capaz de contribuir a mantener restos del sistema de autogobierno del Antiguo Régimen frente al uniformismo del centralismo liberal, una vez desaparecido el Reino de Navarra.

Participar en este *Liber amicorum* me agrada, pero hubiese preferido no hacerlo y seguir departiendo con él en su despacho del archivo municipal. Como no es posible, sirvan estas palabras de recuerdo al humanista tudelano, al hombre culto y bueno, al amigo que nos dejó en un momento de plenitud personal e intelectual, que nos recuerda lo que dijo el poeta Gil de Biedma en “No volveré a ser joven”:

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde,
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos,
envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

En este momento rememoro el poema de amistad que el poeta tudelano Yehuda Ha Leví dedicó a su amigo Mose Ibn Ezra cuando este se hallaba en el destierro, que podemos hacer nuestro cuantos tuvimos la fortuna de ser amigos de Julio:

¿Cómo he de hallar reposo tras tu partida?
Al irte tú, mi corazón se fue contigo.
Si no esperaran los corazones que tú volvieras,
la muerte nos habría llegado al separarnos.

Mira, los montes de Beter dan testimonio de que la lluvia,
del cielo es tan avara como generosas mis lágrimas.

Candela de Poniente, ¡vuelve tus ojos a Occidente!,
Sirve de sello para los corazones y los brazos!
¡Lengua escogida! ¿Qué tienes en común con tartamudos?
¿Qué hace el rocío de Hermón en el Gilboa?⁵⁸

58. YEHUDA HA-LEVÍ, *Poemas*, traducción y notas de Ángel Sáenz-Badillos y Judit Targarona Borrás, Madrid: Alfabeta, 1994, p. 201.

En la lápida sepulcral de Julio Segura se podía escribir el epitafio que, presumiblemente, en sus propias palabras había dejado el rabino estellés, que pasó una parte de su juventud en Tudela, Menahem ben Zerah (1310-1385), autor del *Tzedá la-Derek* o *Provisión para el camino*:

Ángeles y mortales asieron del féretro del varón carísimo,
De quien se dicen cosas magníficas,
grande, maestro, eminente,
que fue mecido y alzado
por adalid de su ciudad.

[...] Quedó así conquistada la ciudad del libro,
que emitía dichos hermosos
y despertaba el corazón de los adormecidos.

[...] Alza, ¡oh hombre!, la vista y contempla:
¿dónde está el poeta?, ¿dónde el escritor?,
¿dónde el caminante?, ¿dónde el rey?

El recuerdo de ellos se ha vuelto máximas de ceniza.
Quien siembra justicia cosecha gracia,
Quien da rescate por su alma se mantendrá al fin de los días
Con todos los inscritos para la vida en el Libro.
¡Oh tierra, tierra, tierra!
Escucha tú que me dices: ¡yace conmigo!
Mi espíritu volverá a Dios,
Mi cuerpo dormirá hasta el momento de mi resurrección.

Como despedida al amigo que nos dejó en plena madurez vital e intelectual, vuelvo a invocar a Yehuda Ha-Leví:

El canto del hermano separado es en mi corazón llama;
Canta como la doncella que tiene el corazón inquieto,
porque es su tiempo y no llega el amado:
“benid la paska ã yo on sin el(l)u
¡com’penad mio qoragon por el(l)u”⁵⁹.

59. Esta última parte recoge en castellano antiguo: “Viene la Pascua, y yo aún sin él/¡como sufre mi corazón por él!”: YEHUDA HA-LEVÍ, *Poemas...*, p. 205

Clemente Serna

Abad del Monasterio de Silos

PAX

Inolvidable Julio, ese buen hombre que fue tan cercano a la par que eficaz, de una ejemplar modestia y sencillez, siempre dispuesto a sacar jugo a todo lo que pudiera ser verdaderamente válido y enriquecedor para los demás, tanto humana como amigablemente. Inolvidable.

Cuántos miércoles santos, y qué pocos, pude disfrutar de su compañía, cuando, acompañados por Javier, hablábamos de lo divino y de lo humano en aquellos tan ricos diálogos, siempre acertados y cargados de entrañable sapientia, reflejados en una sencillez que envolvía numerosas y muy ricas capas capaces de brillar fuertemente en su bella dicción, tan suave y firme como su contenido.

Por lo mismo, sin duda alguna tengo la impresión de que, por mucho que nos esforcemos, nuestro buen Julio se agotará en el tintero, y menos en el olvido, pues es su buen saber y estar siempre nos dará la nota apropiada. Sus recursos son tales, sus temas para el diálogo son tantos que jamás se agotará la mina de su saber, de su rica e inagotable dicción. En efecto, una mina que en Julio surgía con enorme fuerza y siempre arropada por su sencillez, para de ese modo poder mejor paladear un día si y otro también su inexhaustible vida intelectual, tan efectiva y tan cercana.

Por todo ello, amigos del alma, hago votos para que su presencia espiritual y cultural permanezca siempre con quienes tuvimos la inmensa suerte de convivir con él, con quienes nos aprovechamos en tantas ocasiones de aquellas valiosas perlas de humanidad y bonhomía, que manaban espontáneamente de su buen hacer y de su admirable sencillez. Por supuesto, todo ello tan humano a la par que trascendente, propio de esa trascendencia que para de fluir en nuestros vivos recuerdos de amistad y de cercanía con nuestro buen Julio.

Pedro Burillo López

Catedrático de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial de la Universidad Pública de Navarra⁶⁰.

Dicen que el tiempo lo borra todo: que incluso desdibuja la imagen y difumina el recuerdo de los seres queridos que ya no nos acompañan. En el caso de Julio Segura esto es del todo incorrecto.

Conocí a Julio allá por el año 1995, compartiendo tareas públicas por un breve período de tiempo. Para los dos era una incursión ilusionante en la vida política y mi inexperiencia en el desarrollo de mis funciones quedó enseguida suplida por sus acertados y generosos consejos. Sabía, sin que se notara, hacerse cómplice en el diagnóstico de los problemas, cómplice en sus soluciones, y destilaba esa bonhomía que adorna a los

60. Rector de la Universidad Pública de Navarra entre 2003 y 2007, entre otros cargos públicos.

espíritus sensibles y que hoy nos hace recordarle con cariño y emoción, desde la amistad. Porque Julio nos obsequió a muchos con mucho, pero sobre todo con su amistad, que aun perdura.

En lo personal, Julio tenía una forma de ser especial. Manifestaba interés por todo, por la cosa pública, por la ciencia, el progreso, la cultura, el deporte. Nada de lo humano le era ajeno. Escuchador nato, preguntaba, siempre ávido de conocer más y mejor. Siempre reconocí en él su pasión por el debate serio, sano, libre, debate que su extensa cultura propiciaba y en el que frecuentemente empleaba sutiles e inteligentes mecanismos dialécticos para exponer y convencer de sus opiniones. Julio siempre mostró especial interés por los jóvenes –siempre lo fue– y compartimos charlas sobre los jóvenes universitarios, su preparación, sus esfuerzos, sus conocimientos, sus formas de afrontar nuevos retos, su inserción laboral, sus ocios, el botellón, las discotecas, y todo ello a la luz, también, de las comparaciones con ese recuerdo perenne de nuestros propios años de mocedad.

En lo profesional, estaba enamorado de su trabajo, de sus amigos los libros a quienes adoraba y leía, leía y leía. El archivo de Tudela seguro que fue testigo de sus emociones al localizar un documento antiguo, al catalogar un libro viejo, al registrar uno nuevo o al preparar un documentado artículo para su publicación.

De aspecto aparentemente serio y reservado, Julio poseía sin embargo un sutil y fino sentido del humor. Ejercía y enseñaba una de las facetas más importantes del humor: reírse de uno mismo. Relativizaba por ello lo que a veces nos parecía profundo y trascendente, transmitiendo una visión distinta y acertada para enjuiciar los problemas, los éxitos y hasta las vanidades consustanciales al ser humano. Adoraba a su familia, se enriquecía con sus aspiraciones y sus logros.

Dicen que Séneca decía que cualquiera puede quitarle la vida a un hombre, pero que nadie puede quitarle la muerte. Por eso Julio eligió morir como vivió, de una forma suave, de puntillas, enseñando además cómo soportar con dignidad una grave enfermedad. Por eso nos invade la pena, pero en nuestra balanza más que la amargura y la desesperación, pesan el recuerdo y el cariño. Julio no ha desaparecido del todo, su gran familia lo sabe. Julio no murió, se fue un rato. Nos enseñó con su vida, que el mejor homenaje que podemos darle es vivir nuestra vida más intensamente. Y nos volveremos a encontrar, sabiendo que la muerte causa menos sufrimiento que la espera de la muerte. Porque

Morir solo es morir, morir se acaba
Es culminar una etapa de la vida
Es leer un gran libro a la deriva
Y saber lo que tanto se anhelaba.

Mercedes Terrén Miramón

Archivera de los Archivos Eclesiásticos de Tudela

Conocí a Julio en el verano de 1995, cuando comencé mis prácticas en el Archivo Municipal de Tudela. En aquellos momentos Julio se encontraba en el Gobierno, con Otano,

pero seguía al tanto del Archivo. Más tarde, me incorporé a un grupo de trabajo que acometía la catalogación de las Bibliotecas de fondo antiguo del Palacio Decanal de Tudela y del Marqués de San Adrián y tuve la oportunidad de trabajar, mano a mano, con él en el Palacio de Huarte. Posteriormente, en el desempeño de mi trabajo como técnico de los Archivos Eclesiásticos de Tudela, tuve la oportunidad y el honor de disfrutar y aprender de sus conocimientos en la gestación y puesta en marcha del Palacio Decanal.

Mi amistad con Julio se fraguó en el trabajo diario, en el amor a la investigación y a la cultura. La nuestra fue una relación primero de maestro a alumno, más tarde de amigo entrañable a amigo fraternal. Nada logró empañar nuestra amistad que se prolongó por más de catorce años y que sólo terminó con su partida.

Catorce largos años de recuerdos, de vivencias acumuladas, experiencias más buenas que malas. Uno de sus rasgos más llamativos era su capacidad para dirigir un equipo de trabajo sin dar una orden. Se hacía querer y era una persona entrañable para todo el mundo. Hombre cultivado. Podía conversar tranquilamente con él de los asuntos más dispares. Su saber no tenía fin.

Siempre mantuvimos una comunicación permanente y fructífera y colaboramos en numerosos proyectos. Y ésta fue la actividad que mantuvo en sus últimos momentos a pesar de los tratamientos a los que estuvo sometido, jamás claudicó, jamás se rindió, por el contrario parecía que una fuerza interior lo fortalecía para mantener viva y activa esta capacidad de trabajo y de comunicación constantes.

Julio, siempre extrañaré tu abrazo, tu carácter afable, tus bromas, tu entrega desinteresada, tu inteligencia sutil y tu curiosidad insaciable. Siempre.

Margarita Remacha González

Hija del compositor Fernando Remacha

Mi enlace cultural con Tudela

Julio Segura era un personaje auténticamente tudelano, con esa nobleza de la tierra, sin doblez, sin palabras superfluas, enjuto, de gesto nervioso a la vez que mesurado, de perfil aguileño, digno modelo para el retrato de Benjamín de Tudela.

Para mí fue sobre todo un buen amigo, una gran persona y, durante años, mi “enlace cultural” con Tudela. Cuando pasaba por mi patria chica me acercaba a conversar un rato con él, y siempre me recibía y atendía con la máxima cordialidad. Era un verdadero placer charlar con el tudelano culto y respetuoso de las tradiciones que era.

Conoció bien a mi padre y cuando, siguiendo su voluntad, depositamos en Tudela sus cosas, Julio me garantizó que permanecerían delante de “su” archivo y perfectamente custodiadas hasta que tuvieran un lugar definitivo. Y así ha sido.

Ya enfermo de gravedad me llamó y me comunicó su intención de montar una exposición con motivo del 25 aniversario de la muerte de Fernando Remacha. Su intención última era “mover” materialmente las cosas y así influir en que, por fin, se les destinase un hueco. Me emociona pensar que fue uno de sus últimos trabajos.

Con los objetos del estudio del compositor, fotografías recopiladas por él, documentos del archivo, publicaciones y alguna partitura organizó una exposición muy completa

y muy vistosa. Sé que le supuso un gran esfuerzo, debilitado por la enfermedad como estaba, pero lo hizo encantado y el día de la inauguración estaba muy satisfecho del resultado. Para ese momento cuidó todos los detalles, se preocupó de que sonase la música de Remacha en su piano y de que el Coro cantase cosas suyas. Y en la presentación emocionada que hizo en la sala, pudimos comprobar su satisfacción por el trabajo acabado. Al terminar me dijo que él ya había hecho lo que podía, que ahora me tocaba a mí.

Su desaparición fue una gran pérdida, no sólo para su familia y para todos sus amigos, sino para la vida cultural de su pueblo que nunca podrá llenar el hueco de un tudelano íntegro, gran trabajador y profundamente culto como él era.

Fermín Pérez-Nievas Borderas

Periodista del Diario de Noticias en Tudela

Cuando pienso en Julio Segura vienen a mi mente tres imágenes, tres estampas intrínsecamente unidas a su pasión por Tudela. Por un lado, recuerdo mis primeras expediciones al Archivo cuando empecé a trabajar como periodista; por otro, su estilizada figura atravesando la plaza de Los Fueros y por último, su rostro dando vida a Benjamín de Tudela en un cuadro que muchos reconocen como el verdadero semblante del viajero judío.

La primera imagen retrata a un Julio intrahistórico cuya obsesión era difundir la historia de Tudela con dos objetivos claros, democratizar y modernizar un archivo que conocía como la palma de su mano. Pero su intención no era sólo dar a conocer los grandes capítulos que conformaron el devenir de su ciudad, sino los pequeños actos, los grandes personajes tudelanos nunca reconocidos y los episodios que habían pasado desapercibidos. Para Julio la denominada intrahistoria era algo fundamental para el conocimiento real de su ciudad y una de sus pasiones era tratar de difundirla de todas las formas posibles. Julio había asumido, desde que entró en aquel vetusto archivo en 1972, que su trabajo iba a ser de difusión de un patrimonio que poca gente conocía. Su labor docente, a medio camino entre el trabajo de un maestro y de un archivero, se dejaba entrever cuando narraba un capítulo de la historia de Tudela con la intención de traspasarte sus vivencias y conocimientos; porque con Julio, no sólo había conversaciones, eran lecciones. La Guerra Civil, la Batalla de Tudela, la huella judía, los edificios emblemáticos de Tudela, los personajes más destacados de su ciudad o la Transición eran auténticas pasiones para Julio, sin olvidar la catedral. En uno de los homenajes que se le ha realizado, y de los que él tanto hubiera huido, amante como era del anonimato, su mujer, Ana Carmen, recordaba que “cuando terminaron la restauración, la enseñaba como si hubiera sido él mismo quien la hubiera restaurado”. No en vano, desde entonces rondaba ya por su cabeza la creación de la recién nacida Asociación de Amigos de la Catedral de Tudela con la intención, ante todo, de salvaguardar para los tudelanos la riqueza, historia, cultura y arte que posee entre sus muros la seo, ante el temor de que algún día pudiera desaparecer, como ya ocurriera con la iglesia de San Nicolás, algo que siempre lamentó.

Su obstinación y trabajo ha quedado plasmado en numerosas huellas y trabajos, algunos publicados y otros en pequeños detalles como parte de la decoración de la Casa del Almirante (testimonio de un notario del siglo XVI encontrado por Julio en los archivos), la creación de un rincón museístico sobre Fernando Remacha, el Archivo Diocesano o la narración de la historia del Palacio Decanal. Para conocer un poco su forma de pensar, uno de los puntos que más le llamó la atención de la historia de este edificio era una pequeña anécdota de cómo un sastre tudelano le hizo un traje al general Serrano cuando éste, en 1874 en plena Tercera Guerra Carlista, tuvo que salir huyendo de Tudela porque la República había acabado y llegaba el recién nombrado rey Alfonso XII.

Siempre estaba atento para las necesidades o dudas de aquel que quisiera indagar en algún extremo de la historia de Tudela. Porque si algo destilaba Julio era pasión, pasión por su trabajo, por su ciudad y por la historia que le rodeaba y de la que se rodeaba. Nunca decía que no a la hora de recibir documentos, libros o donaciones para el archivo de Tudela porque sabía que el conocimiento y la riqueza cultural de la ciudad puede venir de muy diversos extremos y también de su difusión. La última vez que me llamó para que hiciera un reportaje era para dar a conocer un sencillo capítulo, el estreno en Tudela de la obra *La Bajada del Ángel* de Fernando Remacha. Un instante que para cualquier otro hubiera pasado desapercibido y que resumía la confluencia de la biografía de Remacha, de la política de la Transición y de la historia, la intrahistoria de Tudela. Aquel despacho del archivo era como su *sancta sanctorum*, como el corazón de la cultura de la ciudad y al entrar en él, se entrecortaba la respiración, en un choque entre el respeto y la admiración a su figura. Una figura que asocio siempre a una bata blanca arrastrando un carrito lleno de periódicos encuadernados y que Julio trataba con inusitada delicadeza, consciente de la fragilidad de los soportes de la cultura. Por eso una de sus máximas preocupaciones era la digitalización, porque sabía que era fundamental para el universal conocimiento de la historia de Tudela. En esos días en que yo disfrutaba buceando en el archivo, descubría con admiración la atención que dedicaba a todos los que realizaban alguna tesis sobre capítulos o rincones de la historia de Tudela.

La segunda imagen que viene a mi mente cuando pienso en Julio es una fotografía de la plaza de Los Fueros que realicé apenas dos meses antes de su muerte. Sólo cuando vi la fotografía me di cuenta que en ella aparecía él atravesando una plaza casi vacía, llevando una bolsa del archivo. “Tres de los emblemas de Tudela”, pensé; la casa del Reloj, la plaza de Los Fueros y Julio Segura. Porque su nombre constituía, como dijo su amigo Enrique Mateo en su obituario, “un referente en todo lo que tuviera que ver con la historia de su ciudad” y permanecerá en ella, como lo han hecho los de José Ramón Castro, Mariano Sáinz o el de su propio tío Julio Segura. Con esa misma intención de difusión no dudó en poner su rostro al retrato de Benjamín de Tudela; su tercera imagen.

Licenciado en Filosofía y Letras, responsable del área de Cultura de Tudela durante 10 años (1979-1989), jefe de gabinete del presidente del Gobierno foral, Javier Otano (1995-1996), fue también director del Museo de Tudela y del Museo Muñoz Sola durante su gestación y dedicó muchos esfuerzos a impulsar el conservatorio y el

centro cultural Castel Ruiz. Pero sin duda su mejor legado es su recuerdo y la memoria de su trabajo. Cómo decía su compañera y amiga Beatriz Pérez, archivera de Tudela, “es curioso que, siendo una persona a quién no le gustaba el protagonismo, dejara una huella tan profunda en quienes tuvimos la suerte de conocerle”.

Alfonso Segura Pérez

su hijo

Mi Padre

Me despierto pronto por la mañana y sigo el pasillo hasta el final. Veo una luz fina y suave que sale por debajo de la puerta del despacho. Abro la puerta y ahí está él, sentado en una silla con la mesa llena de libros y papeles viejos, trabajando silenciosamente.

Me acerco a él y le doy un beso de buenos días notando su piel suave y recién afeitada, como siempre.

Desde la mesa entre plato y plato escucho la puerta de casa que se cierra y aparece él lleno de energía, de vitalidad y se acerca por detrás, con una mano me da una palmada en una mejilla y me da un beso en la otra.

En todo momento se notan sus ganas por vivir, por aprovechar el día de principio a fin...

Sentado, cruza la pierna y con el pulgar se toca la barbilla y con el índice se toca el labio inferior de lado a lado y así empieza una sobremesa larga, constructiva y respetuosa sobre historia, economía, religión política... es un placer verle hablar.

Resúmenes, esquemas y paseos extensos por Bardenas resumiéndome los grandes acontecimientos históricos oralmente como si de cuentos se tratase, para un examen que tenía al día siguiente y yo no sabía ni que temas me entraban. Y simplemente una coletilla porque ya poco se podía hacer, que decía: “Que puñetero eres...”

“Alfonso, hay tiempo para todo a lo largo del día, para ver la televisión, para estar con los amigos, para estudiar...”

Cientos de vinilos dando vueltas en el tocadiscos del despacho, con sonido cuadrfónico, y ahí estabas con un silbido que no se iba ni una nota y que cuadraba perfectamente con los diferentes tempos de los grandes de la música clásica de todos los tiempos.

Noche de verano. Tú y yo acompañados de millones de estrellas.

“Hijo, elige una estrella para ti. Pero no elijas una grande y muy brillante, que la elige mucha gente.

Elige una pequeñita que no la escogerá nadie”.

Fuerza, frialdad y templanza, mirada directa a los ojos y dos palabras para decirlo todo: “ya está...”

Estas dos palabras seguidas de frases que nunca querría haber oído y que nunca se me olvidarán, lo decían todo.

Ya me ha llegado la hora, yo sé que estoy muy mal, puede pasar en cualquier momento, quiero que lo sepas...

He dejado todo preparado.

Tu madre sabe todo lo que tiene que hacer cuando ocurra, estoy preparado, hay que asumirlo, debemos ser fuertes...

Quiero que sigáis hacia delante con vuestras vidas y que recordéis los mejores momentos y no estos finales que quedan que van a ser muy duros...

Lo que más me preocupa de todo esto es tu madre...

Estas palabras te rompen todos los esquemas de tu vida, te dejan petrificado, le miras a los ojos con valentía pero con tristeza y solamente puedes pensar, como me puedes decir esto así...como puede ser esto verdad...

Palabras que dan una última lección de una persona generosa, dialogante, predispuesta a todo, cariñosa, amable, alegre, apasionado, trabajador, entusiasta, feliz, honrado, enamorado, sincero, divertido, soñador...

Julio Ramón Segura Moneo. MI PADRE.